

RÍOS DE LA MONTAÑA

Cartas de David Berg



ÍNDICE DE “RÍOS DE LA MONTAÑA”

<i>ARTÍCULO</i>	<i>PÁGINA</i>
Cambia el Mundo	3
¿Carne o Espíritu?	7
El Amor Nunca Falla	9
Con Suavidad, Sin Prisas	11
Diamantes de Polvo	13
Gloria en Lugar de Ceniza	14
Don Quijote	15
Guerra Entre Dos Mundos	19
La Eficacia de la Oración	21
La Fe	23
La Operadora	25
La Palabra	27
Liberación del Temor	31
Luchadores	33
Montañeses	35
Nuestra Declaración de Amor	39
Para, Mira y Escucha	41
Pobre de Mí	43
¿Se Equivocó Dios?	49
Sí Hay Verdades Absolutas	53
Todo Cambia, pero Jesús Nunca	55
Los Planícolas	56
Tommy	59
Vive Feliz	61
Y Si No...	63



¡CAMBIA EL MUNDO!

David Brandt Berg

Esta mañana, mientras escuchaba la radio, oí una breve charla dada por el director de programas religiosos de la emisora, para invitar a la reflexión. Contó un relato muy interesante que no creo que vaya a olvidar jamás, ya que se aplica muy bien a la labor que realizamos diariamente sirviendo al Señor.

Era la historia de un joven de unos veinte años que recorría a pie la región de Provenza, en el sur de Francia, allá por 1913. Iba con mochila y saco de dormir por zonas apartadas y poco pobladas. Por lo general tomaba senderos y caminos secundarios y pernoctaba en pequeños campings, albergues juveniles o en casa de algún campesino hospitalario.

En aquel tiempo, Provenza era una región netamente rural, muy yerma y abandonada, pues había quedado prácticamente devastada por la explotación forestal y agrícola desmedida.

Para que la tierra produzca en abundancia es necesario que haya árboles, ya que éstos retienen la humedad del suelo y lo resguardan del sol que lo reseca. Asimismo lo asientan y reducen los efectos de la erosión. En regiones donde escasean los árboles, es frecuente que las lluvias arrastren el suelo ocasionando inundaciones, y en poco tiempo el terreno se vuelve estéril, tal como sucedió durante la Gran Depresión de los años treinta en una región del sudoeste de los Estados Unidos que llegó a ser conocida por sus tormentas de polvo.

Los bosques de aquella región del sur de Francia habían quedado prácticamente asolados a causa de la explotación abusiva del suelo, que luego fue desgastado por las lluvias por carecer de árboles que lo asentaran. Toda la zona se había tornado árida y estéril, y se cultivaba muy poco. Incluso la fauna había emigrado porque los animales necesitan de lugares resguardados donde construir sus moradas, es decir, maleza que les proporcione protección. Sin árboles no hay maleza. Además necesitan alimentarse, pero no había follaje que preservara sus recursos alimenticios. Y desde luego les hace falta agua; pero cuando se ha desmontado el terreno y el suelo ya no retiene el agua, quedan muy pocos arroyos donde abastecerse de la misma.

Aquel joven efectuaba un recorrido a pie por aquella región tan deshabitada y baldía. Debido al mal estado del terreno, ya no se cultivaba mucho allí. Los pueblos estaban en estado decadente y ruinoso. Las casas se veían deterioradas, y casi todos los aldeanos habían emigrado a la ciudad.

El muchacho pasó una noche en la humilde cabaña de un pastor, que a pesar de sus canas y sus cincuenta y tantos años, se conservaba muy robusto y fornido. Si bien la cabaña era pequeña y el mobiliario muy modesto, estaba bien mantenida. El joven se acogió a la hospitalidad del amable pastor. Pasó la noche allí y terminó quedándose varios días. Observó con curiosidad que cada noche su anfitrión pasaba varias horas a la luz de una lámpara clasificando diversos tipos de frutas secas,

entre ellas bellotas, avellanas y castañas. Con gran concentración y paciencia las examinaba minuciosamente, las iba colocando en hileras, las comparaba y separaba las que a su juicio estaban en mal estado y no servían. Terminada su tarea, guardaba las seleccionadas en su morral.

Por la mañana llevaba a sus ovejas a pastar e iba sembrando las semillas por el camino. Tomaba su cayado y, sin perder de vista el rebaño, recorría un buen trecho en línea recta. Caminaba varios pasos e, hincando con firmeza en el suelo la punta de su vara, hacía un hueco de varios centímetros de profundidad. Dejaba caer en él una semilla y lo cubría de tierra con los pies. Luego daba algunos pasos más, volvía a clavar el cayado en el suelo y dejaba caer otra semilla. A lo largo del día recorría varios kilómetros de aquella comarca de Provenza mientras apacentaba sus ovejas. Cada jornada recorría una zona diferente —todas ellas prácticamente despobladas de árboles— y a su paso sembraba bellotas, avellanas, castañas y nueces.

El joven forastero observaba al pastor sin comprender qué se proponía. Finalmente le preguntó:

—¿Qué hace?

—Como verá, jovencito, estoy sembrando árboles —repuso el pastor.

El muchacho volvió a inquirir:

—Pero... ¿para qué? ¡Esos árboles tardarán muchísimos años en crecer lo suficiente para serle de algún provecho a usted! ¡Puede que ni viva lo suficiente para verlos!

—Ya sé —respondió el pastor—, pero algún día serán de provecho para alguien, y contribuirán a devolverle a la tierra su fertilidad. Quizás no lo vea yo, pero mis hijos sí.

El joven se maravilló de la previsión, el desinterés y la iniciativa que mostraba el pastor al preparar el terreno para generaciones venideras sin tener la certeza de llegar a ver o segar para sí mismo el fruto de su labor. Las semillas que sembraba se convertirían con el tiempo en árboles que conservarían la tierra para el futuro.

Veinte años después, aquel excursionista —ya de cuarenta y tantos años de edad— volvió a visitar la misma región y se quedó boquiabierto ante lo que vio: un extenso valle totalmente cubierto por un bellissimo bosque natural en el que había árboles de todas las variedades. Naturalmente, eran árboles jóvenes que no medirían más de unos siete metros, pero al fin y al cabo eran árboles.

¡El valle entero había revivido! La hierba había recobrado su verdor. La fauna volvía a poblar la zona, la maleza había crecido y el suelo había recuperado la humedad. Los agricultores labraban nuevamente la tierra. En contraste con la aridez y la desolación que había visto veinte años atrás, toda la comarca florecía.

El viajero sintió curiosidad por saber qué habría sido del anciano pastor, y se quedó sorprendido al descubrir que aún vivía. A un joven de veinte años puede parecerle que a los cincuenta y tantos se está en el ocaso de la vida y no queda mucho tiempo por delante. Sin embargo, el viejo pastor —ya de unos setenta y cinco años— seguía vivo y fuerte como un roble. Aún residía en su cabañita y no había abandonado su costumbre vespertina de clasificar semillas. El visitante se enteró además de que poco tiempo antes había llegado de París una comisión del parlamento para ver aquella región floreciente. Pensaban que el surgimiento de aquel bosque en una tierra tan estéril era algo excepcional. Luego averiguaron que había sido producto de la perseverancia de un solitario pastor, quien diariamente, por años, había sembrado bellotas, avellanas, castañas y otras semillas mientras apacentaba sus ovejas. Gracias a ello, todo el valle y la comarca se habían cubierto de vegetación y de árboles jóvenes que formaban un paisaje de gran belleza. ¡Los parlamentarios se quedaron tan impresionados que cuando regresaron a París votaron en la Cámara de Diputados para que se le otorgara una pensión extraordinaria en señal de agradecimiento por haber repoblado de árboles toda aquella región sin ayuda de nadie!

El visitante manifestó su sorpresa por la transformación que se había producido: además de los magníficos árboles, había resurgido la agricultura, la fauna había regresado y la flora se veía exuberante.

Las chacras pequeñas prosperaban, y la actividad había vuelto a las aldeas. Con renovadas esperanzas los campesinos habían reconstruido y pintado sus cabañas, lo cual contrastaba enormemente con el cuadro de ruina y abandono que había visto aquel viajero veinte años antes.

Gracias a la previsión, la diligencia, la paciencia, la abnegación y la constancia de un solo hombre, que por años, día tras día perseveró haciendo lo que estaba a su alcance, la prosperidad había vuelto a aquella región. El hombre que a los veinte años visitó por primera vez al pastor se enteró de que en aquel entonces éste ya llevaba varios años sembrando pacientemente las semillas que dos décadas después se convertirían en árboles de regular tamaño, que ya superaban los siete metros de altura. Un solo hombre había repoblado de árboles aquella región, devolviéndole así la vida y la belleza. Como consecuencia de ello se reactivaron la economía y la agricultura, la fauna volvió a habitar la zona, se recuperó el suelo, nuevamente hubo agua en abundancia y las aldeas volvieron a poblarse; ¡todo ello, gracias a las semillas que había sembrado aquel pastor!

De modo que si a veces te sientes impotente al ver la situación en que se encuentra el mundo, ¡no te dejes vencer! Por lo que leemos en diversas fuentes de información, suelen ser los grandes imperios, los gobiernos, los ejércitos y las guerras los que producen alteraciones en el curso de la historia y cambian la faz de la tierra. De ahí que a veces nos deprimamos y pensemos que no somos nada o que no podemos hacer nada. La situación nos parece irremediable y caemos en la desesperanza. Nos da la impresión de que una sola persona nada puede hacer para mejorar las cosas, y terminamos creyendo que ni vale la pena intentarlo, que de nada sirve malgas-

tar esfuerzos. Nos vemos tentados a desistir y dejar que el mundo se vaya al infierno, lo cual al parecer se merece.

Pero como demostró al cabo de varios años aquel humilde pastor, ¡un solo hombre puede transformar el mundo! Tal vez uno no pueda cambiar el mundo entero, pero al menos es posible modificar el ámbito en que vive. ¡Sin ayuda de nadie y esforzándose abnegada y perseverantemente día tras día, año tras año, aquel pastor renovó por completo una comarca del sur de Francia y le devolvió la vida!

Me recuerda lo que nos dijeron a mi esposa y a mí hace algunos años cuando nos fuimos a vivir a cierto país. Un matrimonio de mediana edad que residía en la localidad había oído hablar de nuestra fe y del deseo que teníamos de pregonar el amor de Dios y ayudar a la gente del país al que acabábamos de llegar. Dado que la gente de ese país era de mentalidad sumamente conservadora y de tradiciones profundamente arraigadas desde hacía siglos, no parecía haber forma de hacerla cambiar.

Un día, la señora nos preguntó: «¿No les parece absurdo intentar cambiar la idiosincrasia de la gente de aquí? ¡Hace siglos que tiene la misma mentalidad! Jamás conseguirán que la gente de esta ciudad cambie de actitud. Este país seguirá siempre igual, ¡jamás cambiará! ¡La gente seguirá actuando de la misma manera! ¡Lo que se proponen es imposible! ¡Es tan cerrada y conserva-

dora, y sus tradiciones tienen raíces tan profundas, que nunca cambiará! ¡No lo lograrán! ¡Es una locura intentarlo siquiera!»

Yo repuse: «Es posible que no lleguemos a transformar todo el país, tal vez ni siquiera esta ciudad, y desde luego jamás conseguiremos hacer cambiar a todos sus habitantes. Pero de lo que no me cabe duda es que cada día, poco a poco, estamos logrando que cambien unos cuantos. Todos los días sembramos las semillas de la Ver-

dad, del Amor de Dios y de Su Palabra en el corazón de la gente, ¡y es inevitable que de algunas de ellas brote nueva vida!

»¿Quién sabe si algún día no habrá aquí todo un “bosque” de vidas nuevas que llegarán a transformar por completo esta ciudad! Puede que para entonces nos hayamos marchado, o ya no estemos con vida para verlo y disfrutar de sus beneficios; ¡pero tal vez el día de mañana nuestros hijos o nietos lo disfruten, y su ciudad y su país! Aunque no se beneficie más que una pequeña parte de la provincia o no lleguemos a cambiar la ciudad o el país en su totalidad, ¡al menos habremos cambiado una parte!»

Amigo, si se transforma una vida, se ha cambiado parte del mundo, ¡y con ello queda demostrado que hay esperanzas de cambiarlo todo! Si se puede transformar una vida, es indudable que se puede hacer lo mismo con muchísimas otras. Es posible regenerar regiones enteras hasta transformar el mundo por completo, todo a partir de una sola persona... que tal vez seas tú.

Desde que mi esposa y yo llegamos aquí hace algunos años hemos transformado muchas vidas. En algunas ocasiones el proceso ha sido muy lento, arduo y penoso, y el fruto de nuestros esfuerzos muy escaso, pero gracias a la cantidad de semillas que plantamos, esas vidas se han transformado. Quizás digas que no estamos cambiando el mundo. Sin embargo, cuando llegamos aquí, si bien no éramos más que dos personas, por lo menos comenzamos a transformar la parte del mundo en que vivimos.

Y hemos conquistado para Cristo a cientos de almas que ahora dan testimonio de Él, y a su vez siembran semillas de las que un día crecerán más árboles. ¡Todo el mundo habla de nosotros, y de cómo vivimos, de nuestra obra, creencias y enseñanzas!

¿Qué pueden hacer, pues, una o dos personas? ¿Cómo puede un solo matrimonio llevar a cabo una obra misionera en un país de una idiosincrasia tan rígida, insensible y cerrada, cuyos habitantes se encuentran sujetos a una cultura, costumbres y religión que desde hace siglos se oponen a toda reforma? ¡Al principio parecía una empresa imposible! No obstante, comenzamos a sembrar las semillas de la Verdad contenidas en la Palabra de Dios —el Evangelio— y el Amor de Cristo en el corazón de los que nos rodeaban, y así se transformaron cientos de personas que a su vez contribuyeron a cambiar a otras. ¡Nuestra labor de cambiar vidas se ha multiplicado colosalmente! No intentamos convertirlas todas de una vez; ¡no hubiéramos podido hacerlo! Más bien emprendimos con paciencia y detenimiento la labor de renovar uno a uno los corazones y las vidas de los que nos rodeaban. Sembramos una semilla a la vez, llenando así el vacío interior de aquellas personas. Día tras día, año tras año, las atendimos con ternura, cuidado y desvelo.

Ahora todos comentan que los resultados son evidentes, ¡y ellos mismos están cambiando! Un destacado médico que se mostraba bastante escéptico ante los esfuerzos que hacíamos por ayudar a la gente a llevar a cabo una transformación espiritual en su vida, reconoció que ejercemos una influencia muy grande en la ciudad. Admitió que hacía falta gente como nosotros en aquel lugar y que la ciudad necesitaba esa influencia espiritual desde hacía mucho tiempo. Dijo que tenían dinero, buena posición económica y razones de sobra para estar contentos, pero que carecían del espíritu que traíamos nosotros, y eso les hacía mucha falta. ¡No cabe duda de que hemos tenido un efecto en esta ciudad! No todos se han convertido ni han aceptado la salvación, ¡pero hemos dado testimonio a casi todos con el mensaje del Amor de Dios!

Muchos han visto una muestra de amor y la Verdad que transmitimos cada día a la gente en forma individual, corazón por corazón. Una por una sembramos las semillas en aquellos huecos, y ahora se ve un bosque entero de pequeños árboles que crecen día a día, ante el asombro de los que observan y no dejan de comentarlo.

¿**O**pinas que no es posible cambiar el mundo? ¿Te parece que ya es tarde, que ya no tiene remedio, que es una tarea demasiado grande y difícil? Pues, ¿por qué no pruebas a cambiar la parte del mundo en que vives? ¿Por qué no empiezas por renovar tu propio corazón, tu mente, tu espíritu, tu vida? Por el solo hecho de cambiar tu vida, ya habrás cambiado todo un universo, el universo de tu existencia y la esfera en que mora tu alma. Basta con que dejes que el poder del Amor de Dios te transforme, y el lugar en que vives y el ambiente que te rodea experimentarán un gran cambio.

No te limites a cambiar solamente tu vida. ¡Ayuda a transformar también la de tu familia, tus seres queridos! Así se producirán en tu hogar y familia modificaciones profundas. Llevarán vidas diferentes, tendrán una nueva mentalidad, un corazón y un espíritu renovados, imbuidos de la Verdad y el Amor de Dios, de Su Palabra y de la vida que Él da. ¡Una familia entera habrá cambiado, y eso representa todo un mundo, el

tuyo! ¡Cambia el mundo en que vives, transforma tu vida, tu hogar y tu familia, y así habrás cambiado el mundo, tu mundo!

Luego tu familia podrá ayudar a hacer lo mismo por sus vecinos y amigos, compañeros de trabajo o de estudios, comerciantes, visitas y toda persona con quien traben relación cada día, tal como hacemos nosotros. En cualquier momento puedes salir y hacer un esfuerzo por acercarte a un alma solitaria y necesitada de afecto, que busca la Verdad, que ansía sentir que alguien se interesa por él, que busca algo sin saber a ciencia cierta qué es. Almas que ansían afanosamente alcanzar la felicidad y llenar sus corazones vacíos, yermos y sedientos por falta del agua de la Palabra de Dios y del cálido Amor que Él nos brinda. Se puede empezar de forma individual. Basta con que cada día o cada noche, tú o tu familia comiencen a sembrar en cada corazón una semilla de la Verdad. Una forma de hacerlo es distribuyendo folletos cristianos por dondequiera que pases. Con paciencia, dedicación y constancia, se puede sembrar en un corazón vacío la Verdad contenida en la Palabra de Dios, y cubrirla con la calidez de Su Amor. Luego no resta más que confiar en que el Espíritu Santo —el inefable sol del Amor divino— y el agua de las Palabras de Dios produzcan el milagro de una vida nueva.

Puede que al principio no parezca más que una diminuta yema, una ramita insignificante o un simple retoño. ¿Qué diferencia hace eso en una vasta extensión de tierra? ¿Qué es eso comparado con el inmenso bosque que hace falta? Pues bien, es al menos un comienzo. Es el milagro de la gestación de una vida nueva que con el tiempo crecerá, florecerá y se volverá grande y robusta, hasta convertirse en un majestuoso árbol. Se trata de un renacimiento total, e incluso tal vez el origen de un mundo completamente nuevo. ¿Por qué no intentarlo?

No me digas que es imposible cambiar el mundo. ¿Por qué no haces la prueba? ¿Por qué no intentas cambiar la parte del mundo en que vives, tu mundo, el mundo en el que se desenvuelve tu vida: tu familia, tu casa, tus vecinos, tu ciudad? ¡Intentélo y puede que te sorprendas al ver lo que sucede!

No es que vayamos a transformar el mundo en lo futuro; dondequiera que damos testimonio a los demás del Amor de Dios, ya lo estamos haciendo. Cada uno de nosotros está transformando el pequeño universo en que vive, el universo de nuestro ser, el de nuestras familias, el de nuestros hogares. Por todo el orbe tenemos hermanos en la fe que día a día por dondequiera que pasan, siembran incansablemente semillas de vida en el corazón de cada alma humana. Tengo el convencimiento de que dentro de poco tiempo, de mediar las condiciones propicias para desarrollarse, presenciaremos en todo el mundo el surgimiento de un inmenso bosque formado por millones de flamantes y vigorosos árboles en crecimiento, es decir, conversos que madurarán hasta alcanzar la plena estatura de un verdadero cristiano. Los árboles de ese nuevo bosque —esos conversos— renovararán el suelo; conservarán y redimirán el mundo; resguardarán la tierra haciendo que esta retenga el agua; regenerarán por completo las regiones donde se encuentran y les devolverán la prosperidad —la espiritualidad—. ¡Formarán miles de bosques poblados por millones de árboles que crearán un mundo enteramente nuevo!

No vayas a pensar que no vale la pena intentarlo, que solo no puedes hacer mucho porque no eres gran cosa. ¡Puedes empezar a transformar el mundo hoy mismo, amigo! ¡No serías el primero ni el último! Hay quienes han transformado

una buena parte del mundo empezando por sus propias vidas, sus familias, sus hogares, y luego las vidas, las familias y los hogares de quienes los rodean; la gente de su barrio, de su ciudad y de los países en que han vivido. Han sembrado vida en cada pueblo y ciudad que visitaron.

Johnny Appleseed se hizo famoso en la época de la colonización de los Estados Unidos porque siempre plantaba el corazón de las manzanas que se comía. Se dice que gracias a los esfuerzos de Johnny Appleseed, por toda Nueva Inglaterra se ven cantidad de manzanos cuyos frutos siguen aprovechando sus moradores hasta el día de hoy.

¿Que no se puede cambiar el mundo? ¡Claro que se puede! Si transmites la Palabra y el Amor de Dios a los que te rodean, ya lo estás cambiando; estás cambiando el mundo. Y si perseveras en ello —como el anciano pastor cuyos esfuerzos premió el gobierno—, un día de estos, cuando llegue el momento de tu retribución, Dios te recompensará. Te dirá: «¡Bien, buen siervo y fiel! Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; ¡entra en el gozo de tu Señor!» (S. Mateo 25:21) Puede que en algunos casos no alcances lo que te habías propuesto, pero al menos fuiste fiel. Quizás no hayas sido una figura destacada o una personalidad importante, pero se podrá decir de ti que te entregaste de lleno a servir al Señor, que lo hiciste con dedicación y que realizaste una buena labor.

Obraste a conciencia, día tras día, a cada paso del camino y en cada oportunidad que se te presentó. Sin duda segarás de lo que sembraste. Tal como dijo Jesús en el evangelio de San Mateo (capítulo 13, versículos 18 al 23), es posible que no todas las semillas germinen. Tal vez el enemigo arrebató algunas y quizás otras caigan en terreno árido o pedregoso. Habrá semillas que por no haber llegado a suficiente profundidad se secarán, como aquellos que abandonan ante las pruebas y las persecuciones. Otras más se dejarán sofocar por los afanes y las riquezas de este mundo. Con todo, es inevitable que algunas caigan en tierra fértil y den buenas cosechas, unas a treinta, otras a sesenta y otras a ciento por uno, de modo que compensen los esfuerzos invertidos en las semillas infructuosas, con lo cual habrás transformado el mundo. ¡No me cabe la menor duda! No se trata de una posibilidad, sino de un hecho; estamos cambiándolo y en parte ya lo hemos transformado. ¡Si hay algo de lo que estoy seguro es que al menos yo he cambiado el mundo en que vivo! ¿Estás tú haciendo algo por cambiar tu parte del mundo? En tal caso, ¡que Dios te bendiga!

Quisiera agregar algo más que es digno de mención. Como recordarán, el joven le había dicho al pastor que no viviría para ver el fruto de sus labores ni se beneficiaría de ellas. Es más, que ni siquiera llegaría a saber si su esfuerzo había servido de algo. Sin embargo, aquel anciano pastor vivió hasta los ochenta y nueve años. Falleció en 1947. Alcanzó a ver en todo su esplendor y magnificencia el bosque que había sembrado y la región que había transformado por completo, es decir, los cambios que se habían producido a su alrededor gracias a sus esfuerzos. Esa fue la recompensa que Dios le otorgó. ¡Llegó a apreciar el milagro que había obrado Dios por su intermedio! Trae a la memoria aquellas palabras que escribió el apóstol San Pablo en el Nuevo Testamento: «No os canséis de hacer bien; porque a su tiempo segaréis, si no desmayáis» (Gálatas 6:9). ¿Quién sabe? Quizás llegues a ver el día en que —gracias a tú— el mundo sea diferente. En cierto sentido, algún día todos llegaremos a ver el mundo que habremos transformado, gracias a Dios. Puede que no en un sentido físico, sino espiritual.

¿Estás haciendo algo por cambiar el mundo en que te desenvuelves? No creas que es muy difícil cambiar la vida de una persona. Aún recuerdo una oportunidad en que mi familia y yo visitamos la Exposición Universal de Montreal en 1967, cuando mi madre ya tenía 80 años. Mientras pasábamos por el pabellón soviético sucedió algo inesperado. Se acercó el jefe de la delegación a ofrecer una silla de ruedas a mi anciana madre. Era un joven ruso muy apuesto, alto, de cabello rubio y aspecto impecable. Muy amablemente se ofreció a pasearla por todo el pabellón y explicarle las diversas facetas de la exposición. Desde un principio simpatizaron bastante y, mientras yo me distraje observando otras cosas, ellos se enfrascaron en una plática de lo más animada.

Mientras aquel joven ruso le enseñaba a mi madre el pabellón y le explicaba los diversos artefactos que estaban expuestos, conversaron vivazmente durante casi dos horas. Más tarde me enteré, sin embargo, de que hablaron de mucho más que de artefactos. Al final de nuestra visita, el joven se despidió muy efusivamente y nos rogó que volviéramos alguna vez. Se mostró de lo más cordial y hospitalario, y por lo que se ve, en el breve tiempo que pasó hablando con mi madre estableció una relación bastante estrecha con ella.

Varias semanas después nos llegó una carta suya en la que le decía a mi madre: «¡Usted ha transformado mi vida! Reflexioné acerca de lo que me dijo y acepté a Cristo. Usted ha producido un giro total en mi forma de pensar y en mis creencias; ¡soy otro hombre! Pero estoy casado, tengo tres hijos y vivo en un país comunista en el que la práctica del cristianismo es ilegal. ¿Qué debo hacer ahora?»

El consejo que le dio mi madre en la carta con que le contesté se podría resumir en las siguientes palabras: «¡Cambie el mundo! ¡Transforme el mundo en que vive! ¡Comience ahora mismo en el lugar donde se encuentra! No deje de dar testimonio de la transformación que se ha producido en su vida. Hable de lo que ha obrado Dios en usted, del efecto que han tenido en su vida el Amor de Dios y Su Verdad, ¡y así podrá empezar a transformar la parte del mundo donde vive, aunque sea un mundo comunista!»

¡Así que se puede cambiar el mundo! ¡Comienza hoy mismo! ¡Transforma tu vida, la de tu familia, la de tu hogar, tus vecinos, tu ciudad; transforma tu país! ¡Cambiemos el mundo!

¿Has dado lugar a que el Señor y Su Amor transformen tu vida? Si se lo permites, lo hará. Reza esta sencilla oración y por medio de ella acepta a Jesús en tu corazón:

Jesús, sé que eres el Hijo de Dios y que diste la vida por mí. Te pido que perdones todos mis pecados. Te ruego que vengas a mi vida, que entres en mi corazón y me des el regalo de la vida eterna. Hazme entender Tu Palabra contenida en la Biblia. Ayúdame a dedicarte mi vida y a hablar de Ti a los demás, para que ellos también te conozcan. Lo pido en Tu nombre. Amén.



¿LA CARNE O EL ESPÍRITU?

Por el padre David

La polémica religiosa más encarnizada que se ha dado a lo largo de la Historia ha tenido lugar siempre entre las religiones que sostienen que uno puede salvarse a sí mismo y las que afirman que solo Dios puede. El hombre siempre ha tratado de salvarse por su propio esfuerzo, echando mano de apenas un poco de ayuda de Dios para no tener que agradecerse demasiado a Él y poder en cambio atribuirse a sí mismo la mayor parte del mérito, hacer lo que le dé la gana y seguir su propio camino.

El primer homicidio fue cometido por un santurrón partidario de salvarse a sí mismo, cuando Caín mató a su hermano Abel, el cual confiaba en Dios. Aquel fue el inicio de la persecución de la iglesia auténtica a manos del falso sistema religioso. (Véase Génesis, capítulo 4.) Caín era religioso —sumamente religioso—, y se esforzaba por salvarse a sí mismo a su propia manera. Ofrecía sacrificios a Dios, consideraba que le rendía culto y le pedía que le ayudase a ganarse la salvación. ¡Pero ni aun con todo eso bastaba! El camino por el que había optado no era el de Dios, sino el que emprenden las religiones falsas. ¡Todas ellas se apoyan en la santurronería y sus propios conceptos! La mayoría de ellas afirma adorar a Dios y acudir a Él en busca de un poco de asistencia para alcanzar la salvación. Sin embargo, se esfuerzan tanto para ganársela que se imaginan que la merecen, con ayuda de Él o sin ella; y se ofenden mucho si les parece que Él no aprecia su bondad. «Mira todo lo que he hecho por Ti, Dios. La verdad es que tendrías que darme una medalla. ¡Yo sí que merezco salvarme! Si vas a salvar a alguien, soy la persona indicada. Si alguien va a ganarse el Cielo, ¡sin duda debo ser yo!»

En cambio, Abel se limitó a hacer lo que Dios le había dicho: «Y ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín» (Hebreos 11:4). El sacrificio de una fe pura en la Palabra de Dios, y ofreció la sangre de un cordero, símbolo de que la salvación solo se obtiene mediante la sangre de Cristo; con ello demostraba que confiaba en que únicamente Dios era capaz, y solo la justicia divina podía salvarlo. Él sabía bien que solamente contaba con la rectitud de Dios, ya que él no poseía ninguna; que no se trataba de otra cosa que de un don de Dios (véase Efesios 2:8,9).

Aquello dejó en ridículo al esforzado Caín —el beato

autodidacta entregado a su propia forma de adoración—, y puso en evidencia la futilidad de sus muchos esfuerzos y su franca hipocresía. Habiendo hecho tan ardua labor; habiéndose esforzado tanto en lo físico y aplicado su racionalismo legalista; habiendo exigido la salvación a cambio de todo lo que él mismo había hecho; habiendo insistido en ganársela, aquello desbarató de tal manera toda su ideología que trató de sepultar la evidencia de la verdad —el estrepitoso fracaso de su religión— matando al hombre cuya fe sencilla en la gracia de Dios lo había dejado en evidencia.

Así dio comienzo el encarnizado enfrentamiento entre la soberbia y la humildad, entre los condenados partidarios de la beatería y los pecadores salvados; la guerra perpetua que se ha librado a partir de aquel momento entre la iglesia falsa y la verdadera, la Babilonia carnal y la Jerusalén espiritual, la carne y el espíritu, las obras y la fe, la ley y la gracia, uno mismo y Dios.

Ello ha derivado en algunos de los peores malentendidos e interpretaciones más erróneas de las Escrituras que jamás se hayan dado. Desde entonces, el hombre ha tratado de salvarse a sí mismo con el mínimo de reconocimiento posible a Dios, falseando las Escrituras para probar que podía hacerlo.

Sin embargo, Dios no puede ayudar a nadie que crea poder salvarse a sí mismo, porque Él no interviene en favor de los que piensan que pueden hacerlo por ellos mismos, sino solo de los que saben que escapa a su alcance. Por mucho que uno intente obtener la ayuda de Él, no puede salvarse a sí mismo. No se puede servir a dos señores, a uno mismo y a Dios. «No podéis servir a Dios y a las riquezas» [los bienes materiales] (S. Mateo 6:24). Los santurrones acabaron por abandonar a Dios y servir tan solo a las riquezas, y fueron exterminados por Él con el Diluvio. Solamente Noé y su familia se salvaron en el arca —prototipo de Cristo— por la gracia de Dios; y las mismas aguas que acabaron con los esforzados del mundo libraron a los que confiaban en Dios.

Aun así, no escarmentaron. Como dijo el gran historiador Toynbee: «Lo único que aprendemos de la Historia es que nunca aprendemos de ella». No tardaron en volver a poner manos a la obra. En aquella ocasión se construye-

ron una torre con la intención de llegar al Cielo por su propio esfuerzo, de hacerse un nombre para ser objeto de honra por su grandeza. Pero eso tampoco dio resultado. No hizo más que acabar en una Babel o confusión total, y desde entonces hemos sufrido las consecuencias de aquel desbarajuste de lenguas (Véase Génesis 11:1-9).

Incluso Abraham intentó unas cuantas veces salvarse a sí mismo y a su descendencia, hasta que el Señor se vio obligado a hacerle entender que la cosa era por fe, mediante el poder milagroso de Dios, no de la deleznable carne.

Moisés lo intentó, y al descubrir que no podía por sí solo, cayó de bruces ante Dios en el desierto. Los hijos de Israel también lo intentaron, y en las innumerables ocasiones en que pensaron que su propio brazo los salvaría fueron derrotados.

Hasta Sansón descubrió que era un debilucho sin el poder de Dios. Los reyes Saúl, David y Salomón descubrieron que cada vez que trataban de actuar por su cuenta, cada vez que dejaban de reconocer que solo Dios los podía salvar y que todo era únicamente obra de Él, hacían el ridículo.

La controversia más rabiosa entre los primeros cristianos se centró en si bastaba con creer para salvarse o había que observar también la ley. Los cristianos judíos no podían abandonar la creencia de que los hebreos eran un poco mejores que los gentiles, incluso entre cristianos. «Claro que creemos que Jesús es el Mesías» —decían—, «pero aun así tenemos que echarle una mano guardando la ley antigua.» Aquella mezcla abominable de obras y gracia le dio tantas náuseas a Pablo que reprendió a Pedro públicamente (véase Gálatas 2:11-21), y pasó la mayor parte de su vida combatiéndola en una epístola tras otra.

Durante algunos años —cuando era joven en la fe—, también me dejé engañar por la falsa doctrina de la mayoría de las confesiones, que promulgaban una especie de incertidumbre eterna del creyente —es decir, que a ratos se es salvo y a ratos no—, y su religión de obras. Hasta que un día, me quedé fascinado al descubrir la sencilla verdad contenida en el versículo 36 del tercer capítulo del Evangelio de San Juan. Tras años de incertidumbre y confusión, de abatimiento y frustraciones, descubrí que me bastaba con creer; ¡con eso bastaba! «El que cree en el Hijo tiene vida eterna.» ¡Ahora mismo! Sin peros ni condiciones. No siempre y cuando uno se porte bien y vaya a la iglesia los domingos; no a condición de que se sea perfecto y se esté libre de pecado, al estilo de lo que promueven los partidarios de la doctrina de la santidad, con su afectación, fariseísmo y mojigatería.

Yo sabía que sencillamente no había sido capaz de alcanzar tal perfección. Cuanto más trataba de ser bueno, peor me volvía. «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro»

(Romanos 7:24,25). En eso consiste, ni más ni menos. No hay otro medio, no hay rectitud personal ni buenas obras que valgan. Nada de eso es capaz de mantenernos salvos ni de comprarnos la salvación siquiera. ¡Solo Jesús puede concedérsola! Y además de salvarnos, es Él quien hace las obras por medio de nosotros. Todo es obra de Jesús, no de nosotros ni fruto de nuestra maldita y detestable santurronería; ¡solo de Jesús! Descubrir eso me proporcionó un gran alivio, porque sabía que de otra forma yo mismo nunca saldría adelante. Tenía que hacerlo Dios. Yo desde luego no era capaz. Por eso lo hizo Él. ¡Así de sencillo!

Lo que pasa con muchos cristianos de hoy en día es que todavía viven en el Antiguo Testamento. Hacen de la religión una cuestión de obras. Cuando nuestros misioneros fueron por primera vez al Japón, los nipones solían preguntarles si eran cristianos del Antiguo Testamento o del Nuevo. Al principio no entendían qué querían decir con eso, pero no tardaron en descubrir que con lo del Antiguo Testamento se referían a los que hacen hincapié más que nada en templos, catedrales, ceremonias, formalismo, tradiciones y ante todo promueven una religión de obras. En cambio, para ellos un cristiano del Nuevo Testamento era el que no daba mayor importancia a los templos, la pompa, la solemnidad y las cosas visibles, sino a la sencillez de vida cotidiana del cristiano, como la de Jesús y Sus discípulos, y a las cosas invisibles del Espíritu. ¡Qué comparación más acertada!

Son demasiadas las religiones y los partidarios del formalismo eclesiástico que se quedaron en el pasado. Peor aún, en un pasado pagano, del cual heredaron demasiadas resacas idólatras de otros tiempos, con su veneración a los templos, culto en iglesias, sacerdocio mojigato, ornamentos refinados, ceremonias complejas, tradiciones supersticiosas y el dominio estrangulador y dictatorial que ejercen sobre las almas, haciendo de ellas mercadería al insistir en la salvación por obras —su estilo de obras—, su religión en particular; ¡el monopolio que afirman tener sobre Dios!

A Dios mismo le costó bastante lograr que los hijos de Israel abandonaran la idolatría de Egipto. Tuvo que conducirlos por medio de Moisés, con la Ley como patrón elemental y mediante pequeñas ilustraciones y ritos infantiles, como el tabernáculo, el arca, los sacrificios y sangre de animales... símbolos y prototipos, meras representaciones de las realidades espirituales y verdades eternas a las que se proponía conducirlos. No se trataba de otra cosa que de analogías pueriles, al estilo de los franelógrafos y las canciones con mímica, concebidas para enseñar verdades espirituales a niños pequeños. Tuvo que valerse de cosas que ya conocían. Es decir, las figuras y elementos de la religión de Egipto y otras naciones paganas vecinas. Reveló a Sus hijos por medios audiovisuales las verdades espirituales propias de la autén-

Cuanto más trataba de ser bueno, peor me volvía. Tenía que hacerlo Dios. Yo desde luego no era capaz. Por eso lo hizo Él.

tica adoración a Dios, adulta y madura. Como dice el apóstol Pablo, todas esas cosas eran «símbolos de lo verdadero» (véase Romanos 5:14), meras figuras o ilustraciones visuales de las realidades invisibles del Espíritu.

En la primera epístola a los Corintios, capítulo 13, el apóstol Pablo explica: «Ahora vemos como por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño [...] Cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará.»

Lo que Pablo quería decir era que incluso los dones del Espíritu de la era de luz en que vivimos al presente equivalen prácticamente a juguetes, obsequios que un Padre amoroso hace a Sus hijitos para ayudarles a comprenderlo y a entender Su voluntad. ¡Cuánto más lo serían entonces las enseñanzas del Antiguo Testamento, ilustradas por medio de ritos —juguetes para niños que en un sentido espiritual eran más pequeños todavía— para ayudarles a comprender el amor de su Padre! Pero «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo» (Hebreos 1:1,2). Cuando vino Jesús, le dijo a la mujer junto al pozo de

Samaria: «La hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre [...] La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (S. Juan 4:21,23,24). ¡Esa es la etapa espiritual que vivimos actualmente en el Señor!

Pero Pablo llega aún más lejos dirigiéndose a los corintios, y afirma que llegará la hora en que veremos a Jesús cara a cara y dejaremos de lado incluso esos dones pueriles de la comunicación espiritual: «Las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará» (1ª a los Corintios 13:8-10). Incluso lo que se nos ha otorgado al presente no es más que una muestra de las gloriosas realidades venideras.

El Antiguo Testamento se caracterizó por las ilustraciones; en la época actual, la del Nuevo Testamento, se nos han revelado las verdades espirituales puramente por fe (Véase Juan 1:17). Pero cuando Jesús regrese, lo veremos tal cual es, cara a cara. ¡Seremos ni más ni menos que como Él, y experimentaremos en su plenitud las realidades de Dios y del mundo venidero! ¡Aleluya!

¡EL AMOR NUNCA FALLA!

Por el padre David

No olvidemos que el amor nunca falla. ¡La introspección y el devanarse los sesos haciendo examen de conciencia no son más que obras de la carne que habrá que repetir la semana que viene: las pruebas nunca cesan. «Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará el Señor» (Salmo 34:19).

¡Únicamente Dios puede! Nos salvamos por pura gracia, no por obras ni confesiones, ni por batallar carnalmente contra nuestros pecados. Si Dios no es capaz de salvarnos, nadie lo es. Si uno intenta alcanzar un estado de perfección inmaculada por medio de alguna doctrina falsa de erradicación, tal como pretenden los partidarios de la santidad, ¡está condenado al fracaso! ¡Nunca lo conseguirá! Ni siquiera San Pablo consideró haberlo alcanzado. (Véase Filipenses 3:12.) A lo largo de su vida nunca dejó de cometer errores. Es más, al querer complacer al sistema eclesiástico —lo cual le costó definitivamente la libertad, y a la postre la cabeza— cometió la torpeza típica de todos los tiempos. No obstante, fue un buen apóstol y fiel evangelizador, y a pesar de sus defectos, fracasos, pecados, errores y metidas de pata, realizó una labor magnífica.

¡Te equivocas si crees que llegará el día en que ya

no tendrás que combatir el orgullo, el pecado y el «viejo hombre» (véase Efesios 4:22)! Yo todavía estoy en esas; ¿tú no? Por eso logramos tantas victorias: porque libramos muchas batallas y tenemos mucho contra lo que luchar, ¡más que nada nuestro maldito y detestable orgullo!

Dios sabe que debemos madurar y hacer progresos, superar algunas pruebas, sobrevivir a unas cuantas tribulaciones y conseguir algunos triunfos de los cuales podamos dar testimonio; ¡pero no creas que de la noche a la mañana te vas a transformar en un santo inmaculado, en un prodigio!

A mí me cuesta echar en cara a los demás faltas que yo también he cometido y que la mayoría cometemos, por no decir peores. Por eso, como mucho, lo que hago es soltarles una reprimenda al momento, confesar un error garrafal parecido que yo haya cometido, derramar algunas lágrimas, orar y compadecerme. Luego es hora de abrazarnos, perdonarnos y volver a intentar.

«Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (S. Mateo 6:15). Reconoce que has cometido muchas. «No os hagáis maestros, porque recibiréis mayor condenación» (Santiago 3:1). Yo creo que tarde o temprano todos va-

mos a descubrir que el «aguijón en la carne» del que se valdrá Dios para mantenernos humildes —como hizo con el gran apóstol Pablo— seguramente será algún pecado asediante contra el cual tengamos que luchar toda la vida y que requiera mucha gracia de Dios para seguir combatiendo y superando el resto de nuestros días (2ª a los Corintios 12:7). Eso es lo que nos ayuda a mantenernos en forma, como he dicho tantas veces: «No hay triunfo sin prueba, no hay testimonio sin dificultad ni victoria sin batalla; ¡así que no cejemos en la lucha!»

Seguro que a veces ganaremos, y cuando perdamos, contribuirá a mantenernos humildes. Les demostraré a los demás que somos humanos y los motivaré a reconocerle a Dios todo el mérito. Yo no creo en la doctrina de la *santidad* y la erradicación, ni tampoco en la doctrina bautista de la mera supresión, sino en la antigua doctrina bíblica de la habitación: «Cristo en ti, la esperanza de gloria» (Colosenses 1:27). «Separados de Mí nada podéis hacer» (S. Juan 15:5). El propio Jesús dijo de sí mismo: «No puedo hacer nada sino lo que el Padre me enseña» (S. Juan 5:19). Y posteriormente Pablo dijo de Él: «Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia» (Hebreos 5:8). ¡En la mayoría de los casos la presunta santidad no es más que una arrogante afectación de beatería, una manifestación de hipocresía santurrana y farisaica, por medio de la cual uno se jacta de ser más santo que los demás!

Será mejor que lo aceptemos: no somos capaces de obtener la victoria. Para nosotros es imposible superarnos. ¡Sólo Cristo puede! Dejemos de esforzarnos, y dejemos obrar a Dios. No podemos hacerlo por nosotros mismos. «Por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9). Solo Dios puede concedérsela. No podemos ganárnosla a pulso. No vale de nada tratar de obtenerla a fuerza de rezos ni de santificarnos hasta el punto de volvernos unos santitos immaculados.

La única rectitud que podemos tener es la de Cristo, y Él es el único que nos la puede dar. ¡La nuestra huele mal! Es «trapo de inmundicia» (Isaías 64:6). Así que dejemos de esforzarnos. Pongámoslo en manos de Dios. Dejemos entrar la Luz, y las tinieblas huirán por sí solas.

Llenémonos tanto del Espíritu y de la Palabra de Dios que no tengamos tiempo de preocuparnos de nuestro detestable yo ni de lo malos que somos. ¡Desde luego que somos malos! Todos lo somos. El único bueno es Jesús. Hace mucho tiempo que perdí la esperanza en mí mismo, como lo que expresa Pablo en Romanos 7:17-25: «¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de

muerte? Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro.» ¡Aleluya!

Únicamente Él es capaz. Al hablar de nuestros pecados glorificamos a Satanás. Al hablar de nuestras faltas nos ensalzamos a nosotros mismos, porque estamos hablando de nosotros en vez de acerca de Jesús. No me gusta hacerle propaganda al Diablo ni oír hablar de sus fechorías.

A uno le resultaría imposible describirle a la gente lo malo que es. ¡Así que dejemos de intentarlo! ¡Hablemos de Jesús! ¡Y dejemos de reprender a los demás con tanto rigor y dureza por cosas que han hecho sin querer, siendo nosotros mismos unos tiranos inmisericordes y despiadados! «¡Perdonémosnos los unos a los otros como Dios también nos perdonó a nosotros en Cristo!» (Efesios 4:32).

Nos conviene aplicarnos lo que dijo Jesús a los fariseos hipócritas: «Aprended lo que significa: “Misericordia quiero y no sacrificio”» (S. Mateo 9:13). Por el amor de Dios, no olvidemos que solo Jesús es capaz de hacer algo con nosotros, y dejémonos de imponer códigos de justicia.

Es un don de Dios. ¡Dejémoslo en manos de Él! El Amor nunca falla. Jesús nunca nos defrauda. Lo que todo el mundo necesita es amor. Si no lo encuentra entre nosotros, ¿dónde lo va a encontrar?

«El que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios.» Esto nos dijo Jesús (S. Juan 3:3). Si aun no has encontrado el amor que únicamente Jesús te puede brindar, ábrele tu corazón hoy mismo con esta sencilla oración:

Jesús, te ruego que perdones todos mis pecados. Necesito Tu amor y Tu Salvación. Entra en mi corazón y dame el regalo de la vida eterna. Dame también hambre de Tu Palabra, y lléname de Tu Espíritu Santo para que pueda transmitir Tu amor a los demás. Amén.



CON SUAVIDAD, SIN PRISAS

David Brandt Berg

Resulta que estábamos apurados por llegar a casa y proseguir con nuestra tarea de escribir. Sin embargo, optamos por sentarnos un rato en un muro de piedras de una calle bulliciosa. Entonces nos vinieron las siguientes ideas:

No hay casi nada que pueda disfrutarse con prisa: una copa de vino, un viaje, una conversación, una caminata, un paisaje, una comida, o un abrazo. Dios rara vez tiene prisa. Le lleva tiempo crear un nene, una flor, un árbol, una puesta de sol y hasta una brizna de hierba. Casi nunca se apresura, ¡a menos que esté enojado! Rara vez hace algo repentidamente, ¡excepto castigar! (V. Proverbios 29:1.)

Es curioso, pero esas ideas se me cruzaban por la cabeza sentado en una colina cuando chico. Cavilaba y me preguntaba el significado de las cosas. Todo era una ilustración de algo, ¡todo expresaba algo! (V. Romanos 1:20.)

El mar siempre está sereno y en calma, salvo cuando hay tormenta.

El que apresurado vive apresurado muere. Quien correr se propone, a tropezar se dispone. La paciencia requiere fe. Cuando te apuras, pasas cosas por alto, las pierdes, las olvidas y al poco tiempo te agotas. Actúas impulsivamente, pero tal vez tengas que pagar las consecuencias. ¡Quien se acelera de repente, de presto se arrepiente! ¡Ahorras un minuto y pierdes una vida! Es como ahorrar un centavo y derrochar una fortuna.

Poco a poco llegaremos antes; por lo menos llegaremos. Más vale tarde que nunca. ¡Más vale prevenir que curar! Antes que te cases, mira lo que haces; ¡tal vez ni tengas que hacerlo! Errar el tiro por poco es lo mismo que errarlo por mucho. Se necesita tiempo para apuntar bien.

En el servicio militar nos ponían blancos móviles que aparecían por un momento y luego desaparecían. Algunos compañeros disparaban con tanta prisa por temor a que desapareciera el blanco, que erraban el tiro. Yo, en cambio, esperaba hasta estar seguro de que daría

en el centro de la diana. Por eso era un tirador de primera, un experto. Acertaba nueve de cada diez tiros en competición. Algunos tenían tanta prisa y se ponían tan nerviosos que movían el fusil; ¡apretaban tan rápido el gatillo que sacudían el arma y erraban el tiro! Pecar es errar el tiro. Yo me lo tomaba con calma, afirmaba el codo, sujetaba muy bien el fusil, apuntaba con precisión, y apretaba el gatillo lenta y suavemente. Con suavidad, sin prisas, o ¡te perderás algo!

*¡Dios rara vez tiene prisa!
Le lleva tiempo crear un
nene, una flor, un árbol,
una puesta de sol y hasta
una brizna de hierba.*

No se ganó Zamora en una hora. El Señor me dijo en una ocasión que para construir una casa se necesita tiempo. En cierta ocasión en la que estaba muy apurado y necesitaba saber algo para tomar una decisión, Él me dijo: «Primero hay

que echar cimientos sólidos, luego colocar firmemente ladrillo sobre ladrillo y piedra sobre piedra uniéndolos con argamasa, cuidando de que encajen bien. Pero eso no se puede hacer a toda prisa; de lo contrario se vendrá abajo la pared. A continuación, hay que montar el tejado de forma segura, poner las vigas, los pares y las tejas de uno en uno. Después intervienen los yeseros, luego los pintores, y por último los acabadores, que ponen puertas, ventanas, suelos y techos. Y así, por fin, se logra un edificio bien concertado y hermoso a la vista, una estructura bien hecha, construida despacio y a conciencia, para que dure.»

Sin embargo, he visto casas construidas a todo correr, de las que algunos contratistas nada honrados decían bromeando: «Duran lo suficiente para que uno salga antes de que se le caigan encima». ¡Fueron precisamente esas construcciones las que se derrumbaron con el vendaval, causando la muerte a sus ocupantes! Cuando el gran huracán de Miami del año 1926, vi muchos de edificios de esos destruidos. Miles de personas murieron a causa de aquellas viviendas edificadas chapucosamente y a toda prisa, que no resistieron los vientos de la adversidad.

Uno puede mantener la serenidad incluso en medio de una tempestad si sabe que está a salvo y protegido en

una casa segura, fuerte y sólida que aguante cualquier vendaval. Un edificio bien construido no sale volando, no se lo lleva la tormenta. ¡Resiste el temporal a pie firme!

El impío se apresura a pecar con la lengua, con los pies y con las manos. (V. Proverbios 19:2.) Mas nosotros debemos aguardar al Señor. El que espera al Señor tendrá nuevas fuerzas (V. Isaías 40:31), y no se agotará. «Tú guardarás en completa paz a aquél cuyo pensamiento en Ti persevera, porque en Ti ha confiado.» (Isaías 26:3) «Los que creen han entrado en el reposo.» (Hebreos 4:3) «A su amado le dará Dios el descanso» (Salmo 127:2).

¡Descansa en el Señor! Para tener paciencia hay que tener fe. Y la tribulación produce paciencia (Romanos 5:3), ¡porque te obliga a confiar en el Señor, a tener fe en que Dios lo arreglará todo!

«Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos» (Isaías 57:20,210). Son arrojados de un lado para otro y no pueden descansar. No hay reposo para los impíos.

«Pero queda un reposo para los hijos de Dios» (Hebreos 4:9).

Con suavidad, sin prisas. O fallarás en algo, ¡y errar el blanco de Dios es pecado!

Cuando Moisés se apresuró a librar a los hijos de Dios, mató al egipcio y tuvo que huir para salvar su vida. Sin embargo, tras 40 años apacentando ovejas humilde y tranquilamente en el desierto, con tiempo para escuchar la voz de Dios en lugar de sus propios impulsos, estuvo listo para la misión lenta y laboriosa del Éxodo, que requería paciencia. Fue un proceso lento, pero seguro.

Luego se pasó 40 días y 40 noches escuchando a Dios en la montaña. Mas en un arranque de ira quebró las tablas de los Diez Mandamientos y lo echó todo a perder. Tuvo entonces que regresar y pasar otros cuarenta días en las cumbres: por la prisa le costó el doble de tiempo.

La liebre no llegó a su destino, ¡pero la tortuga sí! Cuando íbamos a alguna reunión o a una cita, mi mujer acostumbraba decirme: «Mira, cariño, hoy no tenemos tiempo para tus atajos.» Ella ya sabía lo que sucedía cuando yo cortaba a campo traviesa buscando una ruta más corta: ¡por lo general terminábamos completamente perdidos y llegábamos más tarde todavía!

Con suavidad, sin prisas, o errarás el blanco, y eso es pecado.

A veces mi mujer se impacienta mucho conmigo si no le respondo de inmediato cuando me pregunta algo; pero es que hace falta tiempo para pensar y orar, y

estar seguro de que la respuesta que se da es la acertada. Cualquiera puede abrir la boca y soltar lo que le venga, pero ¿estará diciendo algo concreto? Sé tardo para hablar y tardo para airarte. Ve despacio. Tómate las cosas con calma, que así disfrutarás más. Le sacarás más jugo a la vida.

Mi padre cantaba una cancioncilla que decía: «Por nada te preocupes, te apresures ni te perturbes, si no quieres terminar acosado, casado o enterrado.»

Con suavidad, sin prisas, o errarás el blanco, y eso es pecado.

«Ve a la hormiga, oh perezoso» (Proverbios 6:6). Claro que hasta para estudiar las cositas que hacen las hormiguitas y aprender algo de ellas hace falta tiempo. «En lo que se refiere a diligencia, no perezosos» (Romanos 12:11). El mamífero perezoso se pasa el día colgado de una rama, dormitando con los ojos cerrados, apenas sin moverse, hasta tal punto que llega a parecer parte del árbol. No es que sea lento... ¡se comporta como si estuviese muerto!

Cuando hacíamos prácticas de tiro, yo no me precipitaba, pero tampoco me olvidaba de disparar. Me tomaba un tiempo razonable para apuntar con precisión y apretar el gatillo con suavidad, sin prisas.

Sé moderado en todo; «vuestra medida sea conocida de todos los hombres» (Filipenses 4:5). No corras demasiado, no sea que tropieces. Tampoco te quedes inmóvil; haz algo, pero actúa con prudencia. (Efesios 5:15).

Con suavidad, sin prisas, o podrías errar el blanco, lo cual es pecado.

Si no lo has hecho aún, ¿por qué no pausas un momento? Reflexiona y escucha a Jesús que toca a la puerta de tu corazón. Hazlo ahora mismo con esta sencilla oración:

Jesús, ayúdame a no andar con prisas y a dedicar tiempo a escucharte y recibir Tu orientación. Te necesito y te pido que me perdones. Entra en mi corazón y dame el regalo de la vida eterna. Lléname con Tu Espíritu Santo para que hable de Tu amor a los demás. Amén.



DIAMANTES DE POLVO

David Brandt Berg

Dios montó un *espectáculo de luz* el otro día, ¡y nosotros lo presenciamos! Él dijo muchas cosas también, las cuales tratamos de escuchar. Estoy seguro de que nos lo había enseñado antes, pero todos andábamos demasiado ocupados para ponernos a mirarlo.

El Señor hizo penetrar en nuestra habitación tres resplandecientes rayitos de luz. No se colaron por los postigos, que obstruyen la luz, sino por diminutos agujeros, ¡que la dejaban entrar! Cuanto más pequeño el agujero, ¡más perfecta la imagen y más exacta la proyección! ¡Cuanto más pequeño seas, más claramente verán los demás a Dios! ¡Cuanto menos hay de nosotros, más dejamos pasar Su luz!

Eran rayos multicolores: cada uno mostraba un color distinto de Su Luz, pero era todo la misma luz. Como dice la Biblia, hay diferentes dones, pero todos provienen del Espíritu Santo. Los dones varían, pero el Espíritu es el mismo. Cada persona refleja a su manera la Luz de Dios. ¡Cada cual deja brillar su luz, deja ver las obras particulares que realiza a fin de que los hombres glorifiquen la belleza de Dios! (V. 1 Corintios 12:4.)

¡Podemos ser como rayitos de luz en esta ciudad tan sombría! ¡Hasta unos poquitos rayos de luz pueden causar una impresión! No creas que porque hay tanta oscuridad no vale la pena tener una lucécita, ¡porque en la noche la llama de una sola vela puede divisarse a más de un kilómetro de distancia!

Hasta un granito de polvo, a pesar de su pequeñez, puede resplandecer como un diamante si le da un rayo de sol y el cuarto está suficientemente oscuro. Cuanto más densa es la oscuridad, más brilla la luz! Un pequeño diamante de polvo, o un rayito de sol, resaltan más cuando la habitación está muy oscura. «Porque cuando el pecado abunda, ¡sobrebunda la gracia!» (Romanos 5:20)

Lo que se percibe al mirar la llama de una vela no es el fuego mismo, sino las minúsculas partículas incandescentes que la llama calienta al rojo blanco. En realidad no se ve la luz, ya que ¡la luz en sí es invisible! ¡Solamente se aprecia su reflejo en todos esos pequeños diamantes de polvo! No nos atrevemos a mirar directamente al sol: nos podría cegar. Vamos mejor su reflejo en las cosas que ilumina.

De la misma manera, ¡únicamente puede verse a Dios en la medida en que Sus hijos, como diminutos diamantes de polvo, lo reflejan! La gente no puede mirar a Dios porque Él resplandece demasiado: ¡es deslumbrante! Se tiene

que fijar en nosotros para ver el reflejo que proyectamos de Él. ¡La luz de Dios no se ve a menos que tú la reflejes! Los demás sólo verán a Dios en ti si tú lo reflejas. «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (S. Mateo 5:16). ¡De no ser por el polvo, no se podría ver la luz; y de no ser por la luz, no se vería el polvo! ¡Los dos son necesarios!

Puede que uno nunca vuelva a ver el pequeño diamante de polvo, puesto que algunos son impulsados hacia la luz, no brillan sino por un momento, y vuelven a desvanecerse en la oscuridad. ¡Sólo tienen su momento de Verdad! Claro que aunque no resplandezcan sino una vez en la vida con la luz del Señor, ¡vale la pena! Aunque sólo una vez en su existencia brinden vida y alegría a alguien, ¡vale la pena! Pero si pudieran permanecer en la luz del Señor, ¡pasarían su existencia

centelleando hasta agotarse, tal como la vela que alumbra toda la casa hasta extinguirse! Cuanto más permanezca la motita de polvo en la luz, ¡más tiempo brillará y seguirá siendo un diamante!

Brillan por un breve instante y luego desaparecen, como la vida del hombre, como la hierba del campo que hoy es y ¡mañana deja de ser! ¿Qué es vuestra vida? ¡Ciertamente es neblina, un vaho que refleja por un momento los rayos de luz divinos y luego se desvanece! (V. Santiago 4:14.) No tienes el mañana asegurado. ¡Mejor será que brilles ahora, en tanto que tienes la luz, o te perderás en el olvido, y nadie sabrá siquiera que has existido! ¡Porque nadie habrá visto la luz reflejarse en ti, brillar a través de ti! Porque habrás habitado siempre en las tinieblas, ¡sin acudir a la luz para que se manifestara que tus obras eran de Dios! (V. S. Juan 3:20,21.)

¡Los rayos de luz que vemos siguen una línea muy recta, muy estrecha! ¡Brillan en una sola dirección, y se difunden desde su origen en un solo sentido! Es decir, que no hay sino un camino para alcanzar la Fuente. ¡Hay que seguir ese camino, o no se llega nunca! ¡Jesús es la Luz del mundo! (V. S. Juan 8:12.) Él es el único camino. Solamente en Él hay Luz. ¡Él es el rayo recto y estrecho que lleva al Amor de Dios, al Sol del Amor de Dios! A menos que te pongas en medio de ese Rayo de Amor, no brillarás nunca; porque «¡Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida; nadie viene al Padre, sino por Mí!» (S. Juan 14:6)

¡Hay que ver todo lo que Dios puede enseñarnos aun a partir de un rayito de luz, si somos tan sencillos e infantiles como para apreciarlo, para mirar y escuchar! «¡Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios!» (S. Mateo 18:3)

Para aprender del Señor hace falta detenerse, mirar y escuchar. Si no, te verás desbordado por todos los afanes de esta vida, ¡en lugar de estar desbordante de Su verdad, amor y alegría! ¡Serás vencido por el mundo en vez de vencer al mundo por medio de Dios!

Deténte ante la Luz... mira... escucha... ¡y deja que tu polvo se torne en diamantes que muestren la belleza de Dios!
¡Si vives muy atareado, nunca aprenderás nada! ¡O si

tienes prisa y andas sumido en tus asuntos, tus cosas!

¡Observa los diamantes de polvo! No se esfuerzan por centellear y brillar. ¡Simplemente dejan que la luz se refleje en ellos! No se afanan por brillar o moverse. ¡No se dirigen a ninguna parte, no tienen prisa! Lo único que hacen es flotar calladamente en el aire de Dios. Sólo se agitan cuando Él desata una tormenta. Aun así, cuando ésta amaina, ¡vuelven a posarse en su lugar!

¡Para... mira... escucha... y conviértete en un diamante de polvo!

«¡Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos!» (S. Mateo 5:16)

GLORIA EN LUGAR DE CENIZA

David Brandt Berg

Acostumbrábamos cantar esta cancioncilla:

«Para el dolor, me da alegría.
El miedo ahuyenta con Su amor.
¡Con gloria cubre mi ceniza,
mi sombra con luz de sol!»

Para que pueda manifestarse la dulzura, tiene que haber algo de sufrimiento. Para producir la belleza de la llama tiene que haber cenizas. ¡Algo tiene que reducirse a cenizas!

Las bendiciones surgen del sufrimiento: ¡gloria en lugar de ceniza! (V. Isaías 61:3.) En Hebreos 12, versículo 11, se expresa muy claramente este principio: «Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados».

¡La alabanza es la voz de la fe!

¡Es como si una mano gigantesca tomara un panal y lo estrujara, sacando la miel! Como Moisés cuando golpeó la roca: la roca sufrió un golpe, ¡pero el agua fluyó! (V. Éxodo 17:1-7.) Como una bella flor que es macerada y aplastada, ¡pero surge la fragancia! O como la música hermosa que sale de la garganta del pájaro: casi parece que estuviera sufriendo, y sin embargo entona una canción. «Toda la Creación gime, esperando ser libertada» (Romanos 8:22). Aunque el canto del pájaro sea triste, está lleno de ternura. Los gemidos no son quejas, sino cánticos de alabanza y agradecimiento a Dios. ¡Canciones tristes y dulces! Como dijo un gran poeta: «¡Las canciones más tiernas son las que revelan los pensamientos más tristes!» ¡El corazón de piedra tuvo que partirse a fin de que manara el agua para satisfacer al pueblo!

Ayúdanos, Señor, a no resistir Tus quebrantamientos, Tus golpes, Tus castigos. Ayúdanos a no ahogar esa bella canción, aunque sea triste; a estarte agradecidos a pesar de nues-

tras penas. Ayúdanos a estar dispuestos a sufrir golpes y estrujamientos bajo Tu mano, opresiones, atropellos y angustia de espíritu, para que de nosotros brote Tu dulzura, Tu fragancia, Tu belleza, Tu canción, Tus aguas refrescantes. ¡De lo que parecen derrotas surgen algunas de Tus mayores victorias!

¡No podrás apreciar la luz si no has estado en tinieblas!
¡No podrás apreciar la salud si no has estado enfermo! ¡No apreciarás la alegría mientras no conozcas la tristeza! No podrás apreciar la misericordia de Dios hasta que hayas conocido la justicia del Diablo.

«Dios nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Corintios 1:4).

¿Te gustaría ser un *diamante* de Dios, de manera que Su belleza y Su luz se reflejen en ti? ¡Puedes! ¡Basta con que pidas a Jesús que entre en tu corazón y recibas hoy mismo Su Amor y Salvación! Lo puedes hacer por medio de esta sencilla oración:

Querido Jesús, sé que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te pido que me perdones todos mis pecados. Te abro la puerta de mi vida y te invito a entrar en mi corazón. Te ruego que me des Tu regalo, la Vida Eterna. Por favor, entra, Jesús. Ayúdame a leer Tu Palabra, la Biblia, y a vivir por Ti. Lléname de Tu Espíritu Santo y ayúdame a hablar de Ti a los demás, para que ellos también te conozcan. Lo pido en Tu nombre, amén.

Gloria en lugar de ceniza se publicó por vez primera en octubre de 1971.



DON QUIJOTE

El caballero loco

David Brandt Berg

Don Quijote de la Mancha, el divertido y heroico hidalgo chiflado, una caricaturesca figura mezcla de comicidad y patetismo. Este caballero andante, anacrónico para su generación, estaba tan loco que se convenció de que vivía en la época de las justas y combates del medioevo. Cabalgaba gallardamente en su viejo rocín, luciendo una armadura hecha de retazos de metal y una bacía de barbero por yelmo. Lo escoltaba fielmente su escudero Sancho Panza, un gordo que montaba un ridículo jumento y se lo pasaba refunfuñando. Este curioso personaje velaba denodadamente por la seguridad de su insólito señor en las absurdas hazañas que emprendía, como desafiar en combate a molinos de viento que confundía con gigantes, rescatar a doncellas que suponía en peligro y posar en una vieja venta que imaginaba ser un castillo. En realidad Don Quijote era muy noble, de buen corazón y buenas intenciones, aunque un tanto desatinado a causa de su demencia y delirio de grandezas.

Sin embargo, en cierto modo era una especie de caracterización romántica de la pintoresca vida de su autor, Cervantes, joven idealista español que iba de empleo en empleo, de batalla en batalla y de mal en peor con sus trances económicos, militares y matrimoniales. Muchas eran las mujeres que dependían de él para su sustento, entre ellas sus hermanas, sus sobrinas, su esposa, su amante y su hija. Cervantes fue encarcelado varias veces por no pagar sus deudas. Escribió *El Quijote* estando en prisión, en 1603, a los 56 años de edad. ¡No percibió casi remuneración por su obra, y murió en la pobreza y prácticamente en desgracia!

No obstante, Cervantes debió de ser algo así como un santo *maculado*, dado que, durante los cinco años que pasó como esclavo de los corsarios, el virrey de Argelia decía que en tanto que Cervantes estuviera con

él, todo le salía a pedir de boca, y sus barcos y ciudades estaban a salvo. A causa de un duelo en el que participó por una cuestión de honor, también pasó algunos años exiliado en Roma, trabajando de secretario de uno de los cardenales del Papa. Se le tenía por devoto y fiel católico, aunque con frecuencia divergiera de la sociedad de su época. ¡Muy semejante a su Don Quijote!

El libro en sí está considerado la primera y más grande de las novelas de la edad moderna, y se ha traducido a más idiomas que ningún otro, aparte la Biblia. La trama se desarrolla en la tierra natal de Cervantes mucho después de la época de las cruzadas; pero revive el espíritu caballeresco de dichas gestas. En esta obra el autor busca sentido y propósito a la vida y ahonda en la naturaleza y la evidencia de la verdad, la relatividad de los juicios y valores y

en lo más íntimo de la personalidad del hombre. No deja de sondear bajo la superficie de lo aparente y de la experiencia para dar con una comprensión más profunda y cabal de las flaquezas humanas.

El Quijote ha inspirado películas como *El hombre de la Mancha* y *Las aventuras de Don Quijote*. Al ver esta última por TV, de repente nos impresionó la reacción de sus admiradores cuando el Caballero de la Triste Figura recobra el juicio en su lecho de muerte. Una pobre chiquilla le pregunta apenada: «Pero ¿cómo puede ser que estuvieras loco siendo tan gallardo, tan bueno y tan poético?» Él responde débilmente: «¡Me imagino que es preferible la sabiduría de la locura que la insensatez de la cordura!» En ese momento, inesperadamente, por medio de las primeras coplas del poema que reproducimos a continuación, el Señor nos confirmó la sabiduría contenida en aquel relato. La inspiración del resto del poema nos vino en medio de la noche.

*Vivió en un mundo
de fantasía
donde todos pensaban
al revés.
A pesar de todas
sus manías,
el único libre
era él!*

Además, acabando de ver una película horrible titulada *La muerte de Adolfo Hitler*, nos fue inevitable constatar el enorme contraste entre las vidas de esos dos dementes, uno bueno y otro perverso, el uno amado y odiado el otro. ¡Cabe recordar, sin embargo, que durante mucho tiempo el mundo consideró cuerdo al inicuo, mientras que el bueno fue siempre tenido por chiflado! ¡Como ven, todo depende de quién tilde de loco a quién!

Pero las personas estafalarias que procuran obrar bien, como Don Quijote, el Flautista de Hamelín, Rasputín, Moisés, Simón el bobito, el Idiota de Dostoievski, Jesús, San Pablo y nosotros ¡somos tan sinceros y estamos tan empeñados en amar al prójimo que nos catalogan de locos!

Vivió en un mundo de fantasía
donde todos pensaban al revés.
A pesar de todas sus manías,
¡el único libre era él!

Vivió en un mundo de locura
donde él era el único cuerdo.
Trajo gozo y ventura,
¡y a cambio le dieron tormento!

Vivió en un mundo de desvarío
donde el único sabio era él;
ellos, en su pesar sombrío,
¡que era disfrazada insensatez!

Cuando la felicidad es locura,
hay sabiduría disimulada;
¡cuando es tristeza la cordura,
la tal razón es una bobada!

¡Que me den un mundo de demencia
si en ésta hay felicidad!
Prefiero ser feliz en disidencia
y no cuerdo y lleno de pesar.

Si la simpleza es alegría,
¡ser sabio es desatino!;
si la cordura melancolía,
¡prefiero combatir molinos!

Dejadme sufrir en mi alegría
si la sabiduría es vana;
¡es mejor que la melancolía
con juicio y mente sana!

Si cantar brinda alegría,
como cantar bajo la lluvia,
y si tristeza la sabiduría,
escojo demencia, ¡aleluya!

Dicen que nuestra bondad es diablura
y nuestras canciones vanidad.
Yo digo que su sabiduría es locura.
¡Prefiero cantar a lloriquear!

¡Dicen que nuestra bondad es locura,
que busquemos la ambición terrena!
¡Yo digo que su sensatez es amargura
y a muchos causa gran pena!

¡Me quedo con mi mundo de demencia
y mis canciones en la lluvia!
¡Allá ellos con su sana inteligencia!
¡Mejor estar alegre en mi locura!

¡Son ellos los orates y rabiosos!
¡Su mundo sí que es locura!
¡Prefiero mi alegría y mi gozo
a su tristeza y cordura!

¡Ellos vivían en la locura,
en un mundo demente y cruel!
¡Mejor la esperanza, ternura,
amor y alegría de él!

Si la locura es felicidad,
y dolor y pesar la sensatez,
¡mi alegría sea necesidad!
¡Prefiero ser loco otra vez!

¡Qué absurdas palabras de David!
Dirán que no tienen sentido.
¡Pero mejor estar salvado y loco así
que cuerdo y en las tinieblas perdido!

¡Prefiero su *alegre figura*,
ser feliz en vez de sensato!
Digo que ellos padecen locura,
pues eligen el dolor ingrato.

¡Viven rodeados de locura!
¡Era él el que estaba cabal!
¡Pues Don Quijote tenía ventura
mientras ellos sufrían pesar!

¡Este mundo lleno de dolor y demencia,
tan loco, salvaje y belicoso!
¿Optas por mi dicha o su violencia?
¿Por su tristeza o mi gozo?

Si esto es un sueño, ¡dejadme soñar!
¡Dejadme con mis fantasías!
¡Prefiero soñar a chillar,
mis ilusiones a las griterías!

¡Vamos, bailemos de contento!
¡Dancemos bajo la lluvia!
¡Mejor mi insania que el sufrimiento,
mejor ser feliz con locura!

Prefiero el viejo Quijote
al sabio y pomposo rey de España.
Aunque era algo tonto de capirote,
el hidalgo era feliz, ¡y no me extraña!

Soñaba que vivía en un rancho,
¡se creía caballero andante!
Tenía a su fiel y querido Sancho
y así vivía tan campante.

¡Que me den su mundo de locura!
¡Que me den su mundo de desquicio!
¡Prefiero la demencia a la amargura,
la felicidad al sano juicio!

¡Dicen que estoy loco de remate!
¡Mas lo insufrible es el dolor de ellos!
¡Ojalá mi dicha me arrebate!
No quiero su sensato desconsuelo.

¿Dices que no tienes tiempo para locuras,
que tienes que correr para tomar el tren?
Prefiero vivir libre y sin amargura
mientras tú andas esclavo al vaivén.

¡Me gusta este hombre de la Mancha!
¡Me gusta su canción y su gozo!
¿No veis con vuestras miras anchas
que él era el único juicioso!

¡Cansado estoy de tanto estudio,
de leer libros interminablemente!
¿No veis sus pensamientos turbios?
¡Son ellos los verdaderos dementes!

Les gusta ser ricos y santurrones
¡y fomentar crueles guerras sin cesar!
¡No quiero sus contaminaciones!
Prefiero curar y enmendar.

El Flautista de Hamelín dicen que soy,
que «¡ha vuelto el loco Don Quijote!»,
que todo por el Cielo lo doy,
¡mientras arman un infierno entre los hombres!

¡Cantemos una canción para el Quijote!
¡A los libres una copla dediquemos!
Cantemos aunque nuestro juicio se embote,
¡que a la eternidad nos iremos!

¡Cantemos una canción para el Flautista
y otra para sus niños tan libres!
Mejor ser loco que homicida
y causar pesares horribles.

¡Cantemos por Rasputín, el monje loco,
que amaba, bebía, curaba y a reyes dominaba!
Mientras ellos disputaban por tan poco,
¡él con las riquezas se esfumaba!

¡Brindemos por el Sombrero de Alicia,
por los reyes y las coles de la morsa!
Si a los niños les lleva delicia,
vamos, hombre, ¿qué importa!

Brindemos por *La luz en la plaza*
¡y por la locura que entona estribillos!
¿Prefieres las matanzas de Gaza
a una niña feliz con anillos?

¡Antes mil veces quijotes locos
y flautistas que nos hagan cantar!
¡De la locura seamos devotos
con la dicha de esta mentalidad!

Prefiero en Jesús ser dichoso
que cuerdo como el Diablo y malo.
Si la locura de espíritu da gozo,
¡quiero ser alegre aunque insano!

¡Vivimos en un mundo de fantasía
donde todos los demás están locos!
Me quedo con mi mundo de alegría
aunque crean que estoy mal del coco.

Tu mundo tal vez sea cuerdo, pero es temporal.
¡El mío es invisible, pero más auténtico!
Me llaman chiflado, demente, inmoral
por esta alegre locura que siento.

Pero sois vosotros los dementes.
¡Soy yo quien vive en la realidad!
Vuestra insensatez me sorprende.
¡Lo mío es por la eternidad!

Sólo en las esferas espirituales
se disfrutan escenas divinas.
¿Oís los sonidos celestiales?
Y esos éxtasis, ¿no os fascinan?

¡No! ¡Estáis locos y no lo sabéis!
¡Sois vosotros los que vivís en sueños!
Yo sí que estoy alegre, ¡y lo veis!
Bailo aunque fruncís el ceño.

¡Sois vosotros los que padecéis locura!
¡Sois vosotros los enfermos!
Nosotros tenemos a Jesús y ventura,
¡y nuestros gozos son eternos!

¡Brindemos por nuestro Quijote lunático,
por el Flautista, Rasputín y Mo!
¡Prefiero ser de éstos un poco fanático
a sufrir vuestra locura y dolor!

¡Mejores son mis hijos fogosos
con sus cantos y bailes tan libres!
¡Vuestro delirio asesino es odioso!
¡Produce un infierno terrible!

¡Me gusta más el bobito Simón
que probó lo que hacía el pastelero!
¡Y el Idiota que al mundo enfrentó
con su verdad y amor sincero!

¡Quiero alicias y quijotes,
flautistas, rasputines y Mos!
¡Porque aunque su locura se note,
es mejor que vuestro mundo atroz!

¡Anhelo viajes espirituales,
alucinarme con visiones de Dios!
¡Me aterra vuestro mundo de masacres!
¡Todo es posible donde vivo yo!

¡Brindemos por nuestro Quijote loco
y por nuestros celestiales *tours*!
¡Prefiero tener serrín en el coco
y no la mente retorcida como tú!

Cuarenta y nueve estrofas van ya.
Basta con siete por siete.
Si no, me vas a imprecicar
y estarás de mí hasta el copete.

P.D.: Palabritas de sabiduría
de mi pluma han brotado,
¡aunque penséis que no podría
estar más loco o más chalado!

Porque lo insensato de Dios
más sabio que los hombres es;
y la sabiduría de este mundo,
para Dios, ¡pura insensatez!
(Véase 1Corintios 1:25; 3:19)

En este preciso instante puedes experimentar la libertad del Espíritu de Dios y aceptar la Salvación que Él te ofrece por medio de Su Hijo Jesucristo. Basta con que reces esta sencilla oración:

Jesús, quiero liberarme de la carga del pecado, ¡de las desdichas, pesares y desgracias de este mundo! Anhelo volver a nacer y desde hoy formar parte de Tu Reino espiritual. Creo firmemente que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te ruego que me perdones mis pecados. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar en mí. Dame Tu regalo, la Vida Eterna. Lléname de Tu Espíritu Santo y ayúdame a leer Tu Palabra, la Biblia. Así tendré fe, seré libre en Tu Espíritu y podré hablar a otras personas de Ti a fin de que también te conozcan. Amén.



¡GUERRA ENTRE DOS MUNDOS!

¡Carta abierta del padre David a todos los que desean sinceramente transformar la sociedad!

Todos libramos una misma guerra. ¡Luchamos juntos en defensa de nuestra fe, de la verdad y la libertad! Estamos empeñados en lograr que la gente humilde del mundo tenga a su alcance la posibilidad de alimentarse y vestirse adecuadamente y adquirir una vivienda digna; que pueda gozar de buena salud y trabajar en paz y libertad a fin de satisfacer sus necesidades elementales, alcanzar la felicidad y vivir en armonía con sus semejantes. Movidos por el amor, nos hemos comprometido a entregar nuestra vida por nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo. Nos hemos dedicado de lleno a lograr que todos los habitantes del planeta, sin restricciones, puedan conocer la dicha de vivir fraternalmente en un socialismo tal como lo entiende Dios, en el cual cada uno aporta conforme a sus posibilidades y recibe según su necesidad. (V. 2 Corintios 8:14; Hechos 4:35; 11:29.)

¡Los ideales comunes que perseguimos son que la humanidad se libre de la miseria, de la dominación, del dolor, del mal y del miedo! El hombre no puede ser feliz cuando gran parte del tiempo padece hambre; vive bajo el yugo de la opresión, la tiranía y la explotación; es despojado por los ricos y sufre los dolores y las punzadas del hambre; es víctima de la inanición, la mala salud y las enfermedades, el exceso de trabajo y odiosas vejaciones. No puede conocer la alegría cuando soporta las penalidades que ocasionan interminables guerras y conflictos, ¡y enfrenta cotidianamente la pesadilla de la espantosa inseguridad perpetua!

Sostenemos que la causa de todos esos males es la falta de amor del hombre para con Dios y el prójimo, y su insistencia en contravenir las leyes divinas de amor, fe, paz y armonía con el Creador, con la Creación y con sus semejantes. Esas leyes constituyen el fundamento doctrinario de toda fe auténtica, de todos los que creen profundamente en Dios y en Su Amor.

Además de saber a favor y en contra de qué luchamos, ¡es necesario tener claro en qué plano debemos hacerlo! La nuestra no es una simple guerra de armas y ejércitos que combaten físicamente. No es una contienda que se reduce al plano material, en la que se enfrentan hombres, naciones o grupos étnicos. No es una guerra entre ricos y pobres ni entre socialistas y capitalistas. No se trata de un conflicto entre sistemas políticos o económicos, entre sociedades o culturas, o entre confesiones religiosas. ¡No nos referimos a una conflagración motivada por el rencor y el odio, la saña y la venganza, que conduce a matanzas y salvajismo, torturas, agonía y muerte! ¡No persigue el sojuzgamiento de un pueblo, la conquista de un territorio, la adquisición de bienes materiales, o satisfacer la vanagloria del hombre!

Tales guerras carnales del hombre raramente han contribuido a superar conflictos o a resolver los problemas fundamentales que aquejan a la humanidad. Por lo general, solo dieron lugar a más sufrimiento, angustia, dolor, hambre, esclavitud, resentimiento y revanchas. ¡No hicieron otra cosa que generar más luchas, tormentos, privaciones, destrucción, pérdidas, aflicción, miseria y muerte! El resultado de la inmensa mayoría de las mezquinas y execrables guerras que desata el hombre no es más que un simple relevo del tirano de turno en el que se invierten los papeles entre opresores y oprimidos, un interminable círculo vicioso de males

que enriquece aún más a un sector cada vez más reducido de privilegiados, y a la vez engrosa la masa de los pobres. ¡Y tanto unos como otros son desgraciados e infelices con la vida que llevan, asediada por el espectro del miedo y la muerte!

¡La nuestra es una guerra que se libra en el plano espiritual, por medio de la fe y el amor, y tiene por objetivo conquistar el corazón y el espíritu del hombre, influir en sus ideas y salvar tanto su alma como su cuerpo! Combatimos por liberarlo de la maldad que se adueña de su espíritu, de su corazón y de su mente, y lo induce a ser egoísta, desconsiderado, ofensivo, cruel y perverso con sus congéneres. La inhumanidad del hombre para con sus semejantes tiene raíz en su ignorancia de los caminos que conducen a la felicidad, por desconocer el amor, la fe y el poder de Dios, así como los principios espirituales que Él en Su amor ha instituido para que alcancemos la dicha eterna.

Lidiamos en esta contienda a fin de romper las cadenas de la iniquidad y el yugo del Diablo que esclavizan el alma, la mente, el corazón y el espíritu del hombre, y que son la causa de que nos hayan sobrevenido todas las desgracias que enfrentamos hoy en día. ¡Se trata de una guerra entre dos mundos! Una guerra entre el bien y el mal, entre Dios y el Diablo, la rectitud y la vileza, lo mundano y lo espiritual, ángeles y demonios. Un enfrentamiento entre el amor y el odio, la vida y la muerte, la alegría y la desdicha. Nos referimos a un conflicto universal en el que las huestes celestiales defensoras del bien se confrontan con las fuerzas espirituales del Infierno, que luchan por nuestro cuerpo y alma, tanto en el plano terrenal como en la dimensión espiritual.

Por tanto, es menester que, además de defender nuestros derechos humanos, libremos esta guerra espiritual —de mucha mayor trascendencia que cualquier otra— ¡con armas mucho más eficaces como son la fe, el amor y la piedad, acompañadas de palabras y actos de bondad! Para liberar al hombre del temor es necesario infundirle fe; para librarlo del odio hay que manifestarle amor; para librarlo de la angustia es preciso brindarle alegría; para librarlo de la guerra debemos forjar la paz; para librarlo de la miseria hay que satisfacer plenamente sus necesidades; para librarlo de la muerte tenemos que mostrarle el camino que conduce a la dicha eterna en el Cielo!

¡La espada vence, la palabra convence! ¡Nuestra guerra se libra con palabras e ideas capaces de encender en el hombre la llama de la fe y la esperanza! ¡Aspiramos a colmarlo de alegría, de paz y de amor, a fin de que su espíritu sea libre! Asimismo nos proponemos liberarlo del dolor físico con actos de amor y de bondad. Debemos, por tanto, librar una guerra de palabras contra las ideas del mal, una guerra de fe contra el temor, y de esperanza contra la duda. Es vital que inspiremos a los hombres a creer en Dios y en Su Amor, y que Él ha concebido un plan para llevar al hombre hacia un futuro glorioso, cuando se instaura el Reino de Dios en la tierra, en el que gobernarán los justos y ya no habrá pesar, ni llanto, ni dolor, ni muerte. ¡Todo será luz y vida, y habrá paz, felicidad y abundancia para todos!

Es necesario enseñar a la humanidad las amorosas y vivificantes Palabras que Dios mismo nos legó en Su libro sagrado, la Biblia, por medio de Sus santos profetas, a fin de que el hombre alcan-

ce la vida, la dicha y el amor eternos que Dios ofrece. Imperios poderosos contruidos a punta de espada desaparecieron con el mismo ímpetu con que aparecieron. En cambio, ¡las divinas Palabras de vida y amor permanecen para siempre y no han dejado de ser fuente de gozo, paz, amor, vida y esperanza para miles de millones de personas generación tras generación! Grandes conquistadores como Alejandro Magno, César, Gengis Kan, Napoleón y Hitler quedaron relegados a la historia. Sin embargo, ¡las ideas, la fe y las palabras de los profetas de Dios son imperecederas!

Trascienden las fronteras. Abarcan todas las naciones, razas e imperios. No conocen límites de tiempo ni de espacio. ¡No han podido ser reprimidas por el hombre ni por la guerra ni por el poder de las armas! ¡Engloban a la humanidad entera, uniendo los pensamientos, corazones y espíritus de los hombres en la fe y el amor a Dios y al prójimo, para bien de todos!

Los filósofos, maestros, profetas y hombres de Dios en raras ocasiones dirigieron imperios. No obstante, ¡ganaron a multitudes de personas a su causa por medio de sus palabras, su fe, y sus ideas, que cautivaron corazones, conciencias y espíritus liberándolos para siempre! Los seguidores de Dios desde el principio del mundo se cuentan por miles de millones, y a diferencia de los efímeros imperios terrenales del hombre, que subyugan por la espada, el Reino eterno de Dios representado por Sus sagradas Palabras de amor y de vida conquistó los espíritus inmortales de aquellos hombres y mujeres.

No se puede obligar a nadie a hacer el bien. ¡No se puede imponer la moralidad a fuerza de leyes! Para impulsar al hombre a obrar limpiamente y a abstenerse del mal por iniciativa propia es necesario persuadirlo, ganar su corazón, iluminar su espíritu y salvar su alma. Para conquistar verdaderamente el amor de una mujer, de nada vale forzarla. Hay que cortejarla. «No vence quien no convence.» No es posible cambiar el mundo del hombre sin cambiar su manera de pensar. Para eso es imperativo transformar su corazón, lo cual sólo es viable gracias a la inspiración del Espíritu de Dios, que salva no solamente el cuerpo, sino también el alma.

¡Debemos empeñarnos en la salvación integral del hombre, no solamente en el plano físico y en lo referente al medio ambiente en que vive! Nunca podrá ser feliz teniendo el corazón amargado, los pensamientos turbados, el espíritu abatido y el alma desprovista de salvación. Tenemos que consagrarnos a la tarea de salvar al hombre en su totalidad, y no en forma parcial. Es necesario bregar por la salvación de la humanidad entera, no solamente de una parte de ella. ¡Esa salvación debe ser eterna y no circunscribirse únicamente a la existencia actual!

¡Sólo el poder, la vida, la luz, el amor y las palabras de Dios pueden lograr ese objetivo! Debemos valernos de cuanto medio haya disponible en el mundo para comunicar esas palabras a toda persona. ¡Debemos hacer llegar a los ojos y pensamientos de todos los hombres en todo lugar los preceptos de Dios, Su esperanza, fe y amor, y los designios que ha determinado para Sus criaturas, a fin de que se transformen todos los corazones, se eleven todos los espíritus y se salven todas las almas, así como los cuerpos que las componen, para que convivan en unidad y armonía para siempre!

¡Es imprescindible que tengamos un objetivo global, que amplíemos nuestros horizontes y busquemos la salvación universal de la humanidad, no solo la de nuestra nación! No podemos limitarnos a resolver únicamente las nimias cuestiones temporales, los afanes de esta vida, las dificultades de nuestro ámbito, o los conflictos de un determinado pueblo, nación, raza, cultura, religión, ideología, filosofía política o sistema económico, ya sea de Oriente u Occidente, del Norte o del Sur.

Para que todos los hombres alcancen la felicidad, la salvación no puede exceptuar a nadie, sino que debe abarcar a la humanidad entera. Aunque las noventa y nueve ovejas estaban en el redil, el pastor no se conformó hasta que hubo hallado y

rescatado a la perdida. La grey no estaba completa. ¡Las demás ovejas no habrían podido ser totalmente felices mientras una de ellas sufriera en desdicha por su descarrío!

Es preciso que busquemos a todas las ovejas perdidas del Buen Pastor, a fin de darles las palabras de amor, vida y fe que los animen a prestar servicio a Dios y el prójimo. ¡Nos incumbe traerlas a todas al redil, de manera que sean por la eternidad un solo rebaño con un solo Pastor! ¡Aleluya! (V. S. Mateo 18:12-14; S. Lucas 15:3-7; S. Juan 10:1-16.)

Tenemos la obligación de llevar el mensaje a todos, aunque no todos lo escuchen ni respondan al mismo ni acepten la salvación. Debemos a cada hombre el Mensaje de Dios y la vida de amor que Él quiere dar, pero sobre todo a los que se muestren dispuestos a creerlo y aceptarlo. ¡Dios sacia únicamente al alma hambrienta, mas envía vacíos a los ricos y a los que creen no tener necesidad de Él ni de una transformación! (V. S. Lucas 1:53.)

No tiene sentido perder el tiempo discutiendo con los que se niegan a reconocer la Verdad. ¡No hay peor ciego que el que no quiere ver! Debemos empezar hoy mismo a saciar a los hambrientos, a dar vista a los que ansían luz y amor a los desdeñados y abandonados.

Si Dios está de nuestro lado, nadie podrá hacernos frente, por mucho poder que ostente o por muchos que sean sus seguidores. ¡Confía en Dios! Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Quién podrá detener al que hace el bien? Si tú y Dios están en el mismo bando y estás obrando conforme a Su voluntad, ¡ninguno podrá resistirse a Su poder ni a Sus huestes celestiales! ¡Aleluya! (V. Romanos 8:31.)

Libramos una lucha sin cuartel y la victoria es nuestra. ¡Alabado sea Dios! Puede que perdamos algunas batallas, pero estamos ganando la guerra, y ¡muy pronto estableceremos el Reino de Dios en la tierra! ¡No te des por vencido! No desmayes, no pierdas la fe, ten ánimo. ¡Dios está contigo: no puedes fracasar! Tenemos la victoria asegurada porque Dios está con nosotros y porque luchamos por una causa justa y sagrada, basada en la fe y el amor a Dios y al prójimo. ¡Y el amor es infallible, porque Dios es amor!

¡El cielo y la tierra pasarán, pero las Palabras de Dios no pasarán! ¡Para siempre están afirmadas en los Cielos, y nadie jamás podrá negarlas ni oponerse a ellas! Invócalas y divúlgalas, junto con el Amor de Dios, por boca de hombres de fe que al mismo tiempo las manifiesten con sus obras. Aprovecha para ello todos los medios que tengas a tu alcance, y así brindarás a los demás luz, esperanza, amor, paz, abundancia, satisfacción y felicidad celestial por siempre!

¡No es de necios entregar una vida que no puedes conservar a cambio de un amor que nunca perderás!

Si aún no has aceptado el Amor de Jesús y la Salvación que Él ofrece, si aún no cuentas con el poder del Espíritu Santo que te mueva a unirse a esta guerra sagrada que libramos por el alma y corazón del hombre, no tienes más que rezar esta sencilla oración:

Jesús, te pido que me transformes y que me perdones todos los pecados que he cometido. Entra en mi corazón y dame el regalo de la vida eterna. Lléname de Tu Espíritu Santo y dame fuerzas para comunicar Tu Amor y mensaje de Salvación a los demás. Lo pido en Tu nombre. Amén.



LA EFICACIA DE LA ORACIÓN

David Brandt Berg

El Señor ha dispuesto que mucho dependa de nosotros, de nuestro interés y nuestras oraciones. Si uno clama a Dios albergando escasas expectativas, recibe una respuesta a medias. En cambio, si clama de todo corazón recibe una respuesta ¡clara y contundente! Cuanto más intensa sea la oración, con más nitidez se verá reflejada. Dicho de otro modo, será respondida con la misma intensidad con que se origine, como cuando se proyecta un haz de luz sobre un espejo. Se refleja con el mismo ímpetu con que fue emitida.

El Señor obra mayormente conforme a nuestra actitud: si nosotros oramos con todo nuestro empeño, Él actuará. Muchísimo depende de nosotros, de nuestra fe y de nuestras plegarias, y de lo que nosotros queramos que haga. Mucha gente tiene una actitud un poco cómoda y por lo visto piensa que el Señor lo hará todo, pase lo que pase. Lo cierto es que en gran medida depende de nosotros.

Él quiere que demos interés y que oremos, que seamos específicos. Si rogamos con certeza, cada una de nuestras oraciones será oída y respondida.

Mientras que si no lo hacemos, no ocurrirá nada. Muchísimo depende de uno. En cierto modo, hay que visualizar a las personas por las que se ora y rezar pensando específicamente en ellas, pidiéndole al Señor que haga tal o cual cosa por ellas. Y luego darlo por hecho. Es más, muchas veces el Señor responde antes de que clamemos a Él, porque sabe de antemano que lo haremos.

El apremio, la seriedad y el afán con que se ruega se ven reflejados en la respuesta. ¡Nuestras oraciones lo determinan todo! Al igual que una onda captada y retransmitida por un satélite, las plegarias se reflejan con la misma energía con que fueron emitidas en un principio. La potencia de la corriente generada determina la fuerza con que la misma será transmitida y recibida. Los receptores reciben un voltaje equivalente al que se envía. No obtienen más de lo que se emite.

(Pregunta: ¿Qué hay de cuando uno reza por alguien una sola vez en la vida?) La oración se asemeja a lo que ocurre al encender un interruptor: requiere un esfuerzo. Pero una vez realizado ese esfuerzo, se abre paso la corriente. Aunque tal vez se tarde años en recibir la respuesta, tarde o temprano llegará. Es como cuando se hace rebotar una frecuencia de radio en un planeta distante. Aunque tarde un poco, llega de vuelta.

(Pregunta: ¿Por qué ciertas respuestas tardan más en llegar que otras?) Cuando la NASA decide enviar una expedición a la Luna, ¿por qué elige una fecha determinada? Porque, por ejemplo, si se tarda tres días en llegar, será necesario que en ese momento la luna esté en el punto más cercano

posible, para que cuando partan de ella, todavía esté lo bastante cerca de la Tierra como para regresar.

Un viaje a la luna depende tanto de la posición de la Tierra como la de la Luna en el momento dispuesto para emprender el viaje. Así pues, los cuerpos celestes regulan el tiempo y hasta cierto punto nos regulan también a nosotros (David ora:) Señor, simplifícalo. (Inmediatamente ve una imagen:) El billar es el más científico de los juegos, dado que se basa en el rebote de bolas. Es asombroso ver a un jugador hábil disparar la bola con un golpe de taco. Al golpearla de determinada manera le da un efecto que la hace describir una curva.

El jugador determina el impulso inicial, la dirección, la potencia y la forma en que disparará. El efecto y todas las demás

consecuencias son reflejo del golpe dado por él. Puede dispararla de manera que rebote contra una banda y golpee otra bola. Ésta, a su vez, es impulsada en otra dirección y da contra una tercera bola, empujándola a la tronera.

El jugador le da dirección e impulso, y si lo hace con la debida precisión, la banda y las demás bolas la rechazan, haciéndola cambiar de dirección

y dándole un poco más de impulso. La distancia es muy importante. En el espacio la distancia se traduce en tiempo. El espacio en cierto modo determina el tiempo. Dios ha regulado la posición de las estrellas, los planetas, el sol y la luna.

Dios es quien dio comienzo a la partida, y todo se halla tal como Él lo dispuso. Él lo ha preparado todo con su jugada inicial, es decir, mediante la creación de los planetas y demás, el establecimiento de las reglas del juego y la posición de las bolas. Hay que jugar según las reglas de Dios y la posición que Él ha asignado a cada una de las bolas.

Por medio de la Creación Él ha preparado el escenario, o sea los planetas, el sol, las estrellas y demás. Éstos se mueven según los designios de Él. Dicho de otro modo, Él establece el modelo original y las reglas, pero está en nuestras manos sacarle provecho a lo que Él ha establecido. La posición original de todos los elementos es el factor determinante de lo que vaya a suceder luego.

La manera en que disparamos la bola se parece a nuestras oraciones. El impulso, el ángulo o el efecto que se le imprime, la forma de golpear, es semejante a la manera en que decimos o expresamos la oración, o el modo en que le pedimos a Dios que la responda. Puede ser una plegaria bien dirigida y rezada con ímpetu. Pero, ¿de qué forma se espera que Dios la responda? La posición de los planetas o las estrellas que reflejan esas oraciones se asemeja a las diversas personas y circunstancias que intervienen, y la distancia y posición de todos los factores que influyen. Como en el caso de las bolas

de billar, todo está relacionado con el tiempo que hará falta para cumplir lo que se desea.

¿Por qué algunas oraciones tardan tanto en ser respondidas? Volvamos a la mesa de billar: las bolas están numeradas y el jugador tiene que golpear una que tenga cierto número, es decir, tiene que hacerlo en determinada secuencia y en un momento específico.

No se puede golpear una bola hasta que le llegue el turno a su número. Naturalmente, el que numeró las bolas fue ¡el creador! del juego. Uno no determina la posición en que estará cierta bola cuando le llegue su turno. Todo eso depende de la manera en que hayan sido esparcidas al comienzo. Para hacer una buena jugada hay que esperar hasta que la bola propia y aquella a la que toca golpear estén en la posición precisa respecto de la tronera, de modo que sea factible encaminar la segunda bola en la dirección apropiada.

Análogamente, Dios es el jugador que da inicio a la partida, mediante el disparo inicial que esparce las bolas. Y a medida que jugamos, Él también interviene, y con Sus jugadas va cambiando la posición de las bolas. La única diferencia es que Dios no trata de vencernos. Si estamos de Su parte, Él trata de ayudarnos a ganar, como en las partidas por parejas. ¡Nuestro compañero es Dios, y el compañero de nuestro rival es el Diablo! Dios hace Sus jugadas para facilitarnos las cosas.

Es como cuando se juegan dobles: Dios —nuestro compañero— procura prepararnos la jugada. Claro está que por muy bien que lo haga Él, si nosotros no apuntamos con precisión no servirá de nada.

Por otro lado, por muy buena que sea la tacada que demos, la persona indicada tiene que estar en cierta posición para que el golpe tenga buen efecto. Nosotros podemos disparar una y otra vez, pero si el objeto de nuestras oraciones no se encuentra en el ángulo preciso de rebote, éstas no le llegarán.

Además, el hecho de beneficiarse o no de nuestras plegarias depende en gran medida de quien las recibe. Nosotros tenemos que estar en la posición adecuada, y el receptor también. En cierto modo, el Espíritu Santo es la energía de las oraciones. Proporciona la corriente. Pero aunque haya energía, si nuestro transmisor no está funcionando bien, la transmisión será defectuosa. Si hay algún pecado no confesado o no estamos bien sintonizados, es decir, si estamos transmitiendo en una frecuencia indebida, no tendrá efecto.

Tomemos como analogía la radio. Digamos que vamos a emitir un mensaje por radio al otro lado del mundo para que alguien lo capte. En primer lugar, la transmisión no tendrá la menor eficacia a menos que esté conectada a la corriente —el Espíritu Santo, el poder de Dios—, la electricidad, la línea principal.

El transmisor tiene que estar en buenas condiciones. Si está defectuoso o mal sintonizado, o en un canal erróneo, no transmitirá debidamente ni logrará que el mensaje llegue con claridad.

En cambio, si estamos bien sintonizados, el Espíritu Santo lo emite en la dirección debida. Si nuestro transmisor está automatizado y el Espíritu Santo lo dirige totalmente, la propia computadora del Señor —que nunca falla— lo sintonizará con precisión. Le dará la potencia, la dirección, la frecuencia y todo lo demás. Mientras que si tratamos de hacerlo por nuestra cuenta y nos ponemos a mover los mandos y a cambiar los parámetros, es posible que lo echemos todo a perder.

Además, el satélite —que representa la voluntad de Dios— debe estar en la posición precisa para retransmitir el mensaje al receptor, y éste debe encontrarse en la posición debida para

poder captarlo. El satélite describe una órbita fija que no puede variarse. Equivale al plan general de Dios, que también es fijo. Hay que apuntar hacia esa órbita fija. Así, dependiendo de la eficacia de la oración y de su destinatario —siempre y cuando las condiciones sean adecuadas y se haya apuntado en la dirección en que Dios ya ha enviado el satélite de Su voluntad— se dará en el blanco. Para que dé resultado, es imprescindible enviarla en la dirección que Dios indica.

Hay, pues, muchísimos factores que influyen en el curso de la oración. Naturalmente, esa es una razón —entre otras— por la que no siempre se reciben respuestas inmediatas. Puede que uno mismo la esté obstaculizando o que no sea el momento indicado por Dios, por no encontrarse aún Su satélite en la posición debida. La dificultad bien pudiera estar en el extremo del receptor.

(Pregunta: ¿Qué ocurre cuando la gente hace las mismas oraciones durante años? ¿Es eso necesario?)

Yo creo que con la primera oración basta. Pero se puede continuar orando y recordarle al Señor que uno sigue con el transmisor encendido, que sigue sintonizado a fin de cerciorarse de que Él todavía está transmitiendo o averiguar si ya se ha comunicado con el destinatario. También se puede seguir emitiendo una onda rastreadora con la esperanza de que el receptor en algún momento sintonice y la capte.

En resumidas cuentas, la oración depende de tres factores principales: nuestra posición, la posición de Dios y la de la persona por la cual se intercede. Es decir, que depende de las tres cosas: la bola blanca, la numerada y la tronera. El resultado final no está exclusivamente en manos del emisor ni del receptor. Y Dios ha dispuesto adrede no determinarlo de antemano, sino dejar que éste se vea afectado tanto por nuestra posición como la de la persona por quien pedimos.

La posición de Su satélite es fija, pero la manera en que se utiliza depende de nosotros y del receptor. Dicho de otro modo, Él ha fijado Sus designios en forma general, pero el lugar que ocupemos dentro de ese plan dependerá de nuestra posición y de la del destinatario.

Se parece a un problema matemático: cuanto más complicado es y más factores hay, más difícil se hace descubrir la solución. Cuanto más complejo es el problema y más elementos contiene, más cuesta hallar la respuesta al mismo. En cambio, cuando se trata de una cuenta fácil y sencilla, como puede ser la suma de dos más dos, es fácil dar con la respuesta evidente —cuatro—, porque entran en juego muy pocos factores. En ese caso es simplicísimo obtener la respuesta.

Hay que aguardar a que llegue el momento determinado por Dios. Si se espera hasta ese momento y se dispara bien y en el instante preciso, ¡se obtendrá la respuesta esperada!

Jesús: Creo realmente que eres el Hijo de Dios, y que diste la vida por mí. Te ruego que perdones todos mis pecados. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar. Te pido que me des la vida eterna. Despierta en mí deseos de leer Tu Palabra y de vivir por Ti. Ayúdame a hablarles a los demás de Ti para que ellos también lleguen a conocerte. Amén.



LA FE

David Brandt Berg

¿Sabías que es fácil oír al Señor? Sólo hace falta fe. Cuando le pidas una respuesta, cuenta con ella y acepta lo primero que venga. Si realmente crees y le preguntas a Él, y quieres escuchar o ver la respuesta, no te defraudará. Lo que veas u oigas con tus ojos y oídos espirituales provendrá del Señor. ¡Te infundirá muchísimo aliento! ¡Cuenta con que Dios va a contestar! ¡Abre el corazón y deja entrar la luz del sol!

Si se lo pides clamando de todo corazón, Él te responderá. Un recién nacido ilustra magníficamente este principio. A ninguna madre se le ocurriría no hacerle caso a su hijo cuando llora. ¡Nuestro alimento espiritual proviene de escuchar al Señor, y es imprescindible saber hacerlo! Esa criatura tiene a veces más fe que nosotros. Llorar con la certeza de que la van a oír. Sabe —Dios le inculcó ese instinto— que si llama, se le va a responder. ¡Cuenta con la respuesta y la obtiene! Si pide leche, no se le va a dar una serpiente ni nada por el estilo (véase S. Lucas 11:11). Se le da lo que necesita. De igual manera debemos contar nosotros con que lo que recibimos procede del Señor.

Cerrar los ojos nos ayuda a concentrarnos en el plano espiritual y evita que nos distraigan las cosas y personas que nos rodean. Nos predispone a pensar en el Señor y a adoptar una actitud distendida en la que nada nos distrae. Acto seguido, no hay más que contar con que lo que se oiga o se vea es un mensaje de Dios.

Ahora bien, en lo que atañe a esto, Él nos pone a prueba de la siguiente manera: cuando uno le pide algo es como si estuviera llorando del mismo modo que lo hace un niño de pecho para que le den el alimento espiritual que necesita para vivir, para subsistir. Al clamar, tiene que contar con que el Señor le responderá. Cuando la madre toma al niño en brazos, ¿qué hace? Lo alza, se descubre y, si es muy pequeño, tiene que darle ella el alimento. Hay que mostrarle dónde está, meterle el pezón en la boca. Cuando la criatura se hace un poquito mayor, ya sabe dónde encontrar la leche. Sabe echar mano de ella por sí sola. Análogamente, cuanto más nos ejercitamos en obtener alimento de Dios, mejor sabemos dónde encontrarlo. Nos basta con abrir los ojos, verlo y tomarlo.

Una vez que el pezón está en la boca del bebé, éste empieza a mamar de forma automática. Cuando uno clama a Dios pidiéndole algo, Él se lo mete en la boca, pero si uno no chupa no saca nada. Hay que tener fe para empezar a recibir. Es imprescindible tomar el alimento que Dios nos ofrece. Él nos lo puede enseñar, incluso ponérselo en la boca; sin embargo, si no succionamos no sacaremos nada. El niño chupa porque Dios lo ha dotado de ese reflejo o reacción automática. Muchas veces tiene que mamar un par de minutos hasta sacar

algo. ¡La acción de la fe consiste en succionar! ¡Es necesario poner la fe en acción!

La fe es una especie de fuerza que extrae. Ejercitar la fe consiste en extraer de Dios nuestras fuerzas. Se asemeja a una cuenta bancaria: el Padre ha depositado el dinero a tu nombre en el Banco del Cielo. ¡Pero nunca podrás usufructuar de él —ni un sólo centavo— a menos que estés dispuesto a ir al banco y firmar por fe el cheque para retirar los fondos! La fe te posibilita retirarlos ¿te das cuenta?

¿Qué es lo que extrae la leche del pecho? ¿En qué consiste el principio físico de dicha succión? Se crea un vacío, una succión, un espacio en el que no hay nada. Cuando el bebé mama, crea deliberadamente un vacío en la boca, el cual extrae la leche. Del mismo modo, nosotros tenemos que crear ese vacío dentro del corazón. «Señor, aquí tienes este espacio vacío, ¡llénalo!» Se reduce la presión en un lugar. Eso en física se llama vacío. ¿Sabes qué llena ese vacío? En realidad no lo hace el niño. Lo único que él hace es crear el vacío al reducir la presión dentro de la boca, presión que entonces se vuelve inferior a la del pecho. De esa manera fluye la leche del seno de la madre a la boca del niño.

Al dar un beso, lo que se hace es reducir la presión dentro de la boca. El aire entra en ésta produciendo una ligera explosión. Eso es lo que produce el chuic que se oye cuando besamos, una especie de vibración. Al orar se crea un vacío, un espacio que hay que llenar, y entonces se recurre a la ayuda del Señor. Uno mismo crea el vacío, y la presión del Señor lo llena. La fuerza en realidad proviene de afuera, no de adentro. Lo único que hicimos nosotros fue crear el vacío, pero fue ese vacío lo que generó la fuerza. El vacío succiona y entonces la presión del Señor se dirige adonde la presión es más baja.

La naturaleza ilustra este principio magníficamente: las zonas de alta y de baja presión. Las de alta presión se desplazan con ímpetu desde diferentes direcciones hacia las de baja presión, y cuando se encuentran, ¡catapum!, ¡estalla una tormenta! Según un viejo adagio, la naturaleza aborrece el vacío. ¡Pero a Dios le encanta! ¡Él quiere llenar todos los espacios vacíos! Le gusta ocupar todo lugar creado para Él. Todo espacio que se crea al abrirle el corazón —es decir, una zona de baja presión—, ¡es invadido por el Espíritu de Dios con todo Su poder!

El Señor quiere que absorbamos la Palabra; no sólo la Palabra escrita, sino también la viva. Pero quien extrae eres tú, y para ello hace falta crear. ¿Qué pasaría si el niño succionara con fuerza una sola vez y se diera por vencido. «¡Vaya, no saqué nada, mejor lo dejo!» Tarde o temprano tendrá tanta hambre que querrá mamar otra vez. Cuando uno comience a succionar como un desesperado, ansiando con todo el corazón,

acabará por obtener el alimento. Al crear ese vacío interior es imperativo estar convencido de que lo primero que a uno le venga a la memoria procede del Señor. ¡Debemos tener la certeza de que lo primero que percibimos proviene del Señor, y tomar eso como punto de partida! Cuando el Señor nos da una profecía, tenemos que pronunciar las palabras que nos pone en la boca, o sea, decir el versículo o la frase que nos haya transmitido. ¡Él nos da un poquito, pero nosotros debemos contar con recibir más!

Si no traga lo que ha recibido, el bebé no puede recibir más. En la boca sólo cabe cierta cantidad a la vez. ¡Se llena la boca y traga! Luego el Señor la vuelve a llenar. En este caso, comunicárselo a los demás es absorberlo, ¡tragarlo! Por cierto, en el Nuevo Testamento, la palabra crear equivale a beber en el texto griego antiguo.

Creo significa bebo, trago. Es la palabra pisteuo, empleada en el Nuevo Testamento con el sentido de creo o bebo.

Así es como se reciben revelaciones del Señor. Si se trata de un mensaje en lenguas y profecía, uno lo ingiere y demuestra creer en él al transmitirlo a los demás. Pero solo se recibe una bocanada a la vez. Si no se comunica eso, ¡no se recibe más! Cuando le pidas al Señor una visión y la recibas, empieza a describirla. Describe lo que veas y el Señor te revelará más. ¿Qué hacemos cuando vemos una película? Entramos en el cine y bebemos las escenas una tras otra. ¡Sería imposible captarlo todo en una sola imagen! ¡Hay que seguir bebiendo! Por eso, hay que ejercitar la fe. ¡Es necesario crear un vacío en el propio espíritu para que el Señor lo llene!

La radio también se asemeja a un vacío. Ahora mismo, en la atmósfera que nos rodea surcan ondas de radio. Lo mismo sucede con el Espíritu del Señor. Pero mientras no encendamos el interruptor de la radio y en cierto sentido creemos un vacío en ese pequeño receptor, no captaremos nada. Hay que establecer un canal, un circuito eléctrico. Se establece contacto creando un vacío. Si no se acciona el interruptor, no se oye nada en la radio.

Las personas fieles son las que están llenas de fe, las que crean dentro de sí un vacío. La presión alta proveniente del Señor llena ese vacío. No obstante, uno tiene que seguir tragando. En este caso, tragar consiste en transmitir a los demás. El Señor no va a verter leche a los cuatro vientos, porque se desperdiciaría; ni en la boca de un bebé que no la va a tragar. La criatura tiene que tragarla, digerirla y asimilarla; de otro modo, no le aprovechará. Uno crea ese pequeño vacío espiritual, y en eso consiste la fe. La fe extrae alimento del Señor, cuya alta presión llena el vacío.

La energía siempre esta presente. El mensaje se emite en todo momento. El Espíritu de Dios es como una emisora que transmite a toda hora. Basta con accionar el interruptor y sintonizar. Hay que crear el vacío y abrir sinceramente la boca para que el Señor la llene. La fuerza extractora capta el poder de Dios. Pero luego hay que describir la visión, contar el sueño, comunicar el mensaje o interpretar las lenguas. (Véase Jeremías 23:28.) Hay que mantenerse activo. Si el bebé deja de mamar no recibirá nada más. En cambio, mientras siga chupando, no dejará de recibir.

A diferencia de la madre, la capacidad de Dios para dar es ilimitada. De ahí que lo que uno obtenga esta limitado únicamente por la propia capacidad de recibir. Al poco rato uno se llena tanto que ya no le cabe más. El vacío se llena, se sacia el hambre y el espíritu queda satisfecho. Es como el dicho: «¡Barriga llena, corazón contento!» Es decir, el Señor seguirá dándonos de comer hasta que estemos satisfechos, hasta que se llene nuestro vacío espiritual. Una vez satisfechos, no creo que le importe que durmamos por un rato. ¡Mamar, chupar, requiere cierto esfuerzo! Hay que hacer un gran esfuerzo espiritual de fe. La fe es como la mano del espíritu o del alma.

La fe es la mano del espíritu que se extiende y recibe. Es la parte que uno hace, el esfuerzo espiritual que realiza. La acción de chupar por parte del niño es el esfuerzo que hace. Todo lo demás lo hace la madre. A veces, para los profetas, orar y escuchar al Señor suponía un esfuerzo tan agotador que se enfermaban. Quedaban totalmente extenuados. En ocasiones se desplomaban como si se hubieran muerto. (Véase Daniel 10:8,9.) Requiere resistencia física. Existe cierta relación entre lo espiritual y lo físico que no entendemos muy bien. Son inseparables hasta el momento de la muerte, a menos que el Señor los separe por medio de un viaje espiritual. Lo físico afecta a lo espiritual y lo espiritual a lo físico.

Es sencillísimo: basta con tener la fe de un recién nacido. Lo único que hay que hacer es mostrarle dónde está el alimento. Una vez hecho eso, él ya sabe dónde encontrarlo. Al poco tiempo tú también reconocerás la voz del Señor cuando empiece a hablar. La respuesta siempre está a tu alcance si estás dispuesto a aceptarla. Pero si rechazas las indicaciones que te da el Señor, Él se calla, dado que no quieres escuchar. Aunque se le meta al bebé el pezón en la boca, si luego de probar un poco no le gusta y deja de tragar, no recibe más. Entonces mamá desistirá y lo pondrá otra vez en la cuna. Por eso, tienes que estar dispuesto a recibir lo que te da el Señor, y a transmitirlo a los demás.

Jesucristo dijo: «Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (S. Juan 7:37,38). Si tienes sed de amor y de fe, y anhelas que se te perdonen tus pecados, recibe ahora mismo a Jesús rezando esta sencilla oración:

Jesús, te ruego que perdones todos mis pecados y me des el regalo de la vida eterna. En este momento te abro mi corazón, y te pido que entres, me llenes de Tu espíritu de amor y me des la salvación. Amén.



LA OPERADORA

David Brandt Berg

¿Tenemos conciencia del alcance de nuestras oraciones? Brotan de nuestra boca y llegan hasta cualquier persona por la que queramos orar, donde sea que se encuentre. Da igual de quién se trate y dónde esté: Dios ni siquiera necesita su dirección. Ya la conoce.

Es obra del poder del Espíritu de Dios, y nada es capaz de ponerle límites. ¡Es el elixir celestial! No importa cuál sea el blanco de nuestras plegarias. ¡Es algo portentoso! ¡Cada uno de nosotros posee esa energía!

Es una lástima que no recemos más por la gente. Hay muchísimas personas por las que podríamos orar y a quienes podríamos ayudar. ¿No crees que debemos orar por ellas? Cuando pensamos en alguien, podemos elevar una pequeña plegaria. Es comparable a disparar una luz de Bengala.

El solo hecho de pensar en alguien o en algo no constituye en sí una oración. Un pensamiento es como un empleado a la espera de un mandato, de una orden. Si se queda inmóvil, aguardando, nunca logrará nada. Un pensamiento no es más que un proyecto de oración.

Cuando se reza una plegaria en el nombre de Jesús, ésta corre como si fuera un mensaje-ro. Esa es la diferencia: el solo hecho de pensar en alguien no surte ningún efecto. Hay que darle movilidad a la oración, hay que enviarla diciendo: «Dios mío, te ruego que ayudes a esa persona, en el nombre de Jesús. ¡La quiero mucho y te pido que la asistas!»

Es necesario enviar al mensajero. Tenemos que hacer la oración. Hay muchísimas cosas que dejamos de lograr simplemente porque no rezamos. Pero ni nos damos cuenta.

Cuando pensamos en alguien que queremos o alguien que nos inspira compasión o que sabemos que necesita ayuda, es Dios quien nos comunica ese pensamiento por medio de Su Espíritu Santo.

Es igual que una llamada telefónica. Nosotros hacemos las veces de central, y Dios, desde Su Espíritu, envía la llamada inicial a nuestra mente. Ahora bien, de nosotros depende establecer la conexión para luego transmitir el mensaje a quien vaya dirigido. Pero si tan sólo pensamos en la persona y cortamos la comunicación, ¡es como si le colgáramos el teléfono a Dios!

Diríase que Dios, deseoso de hacer una llamada telefónica, nos da el número para que establezcamos la comunicación. Nosotros somos la operadora. Dios es el que llama, aunque trata de hacer pasar la llamada a través de nosotros porque quiere enseñarnos el verdadero significado de amar.

¡Amar es establecer una conexión entre Dios y alguien que necesita de nuestra atención! Por medio del amor nos convertimos en el enlace entre Dios y esa persona. Cuando testificamos del amor de Dios, Él es quien envía el mensaje. Él quiere transmitirlo a alguien, pero tiene que pasar por nosotros. Nosotros somos la operadora. Y si no conectamos la clavija, si somos perezosos, lentos, negligentes, si no tenemos interés en pasar esas llamadas, no queremos tomarnos la molestia de hacerlo y a causa de ello no conectamos la línea, entonces se corta la comunicación y a la persona jamás le llega el recado, nunca recibe ese amor, y en consecuencia no contesta.

Cuando Dios hace una llamada y la conecta a nuestra conciencia, nos induce a pensar en una persona. Pero luego nosotros tenemos que conectar la llamada y pasársela. Y naturalmente, en el otro extremo de la línea, cuando suena el teléfono el interesado tiene que descolgarlo, escuchar y atender la llamada.

Es hermoso pensar que siendo tan pequeñitos, tan minúsculos e insignificantes, si estamos dispuestos a establecer la conexión, podemos hacer llegar el mensaje a quienquiera que Dios esté llamando.

En primer lugar, uno tiene enchufarse a la corriente para estar en condiciones de establecer el enlace. Pero aun cuando el cable tiene corriente y está conectado al aparato, hace falta que uno lo encienda accionando el interruptor; de lo contrario la corriente no llega.

¡Muchísimo depende de la oración! Mucho depende de nosotros. Hay cantidad de personas que están en actitud de espera, que desean recibir la señal, y es verdaderamente lamentable que nosotros no conectemos la línea.

Es tristísimo que fallemos y no pasemos la comunicación, que no accionemos el interruptor y no conectemos la clavija. Tenemos un interruptor en la mente; sólo hace falta accionar-

lo. La corriente procede de Dios. Cuando nos viene un pensamiento, al igual que una telefonista tenemos que enchufar la clavija en el agujero correspondiente, el cual ya está desocupado y preparado para establecer la conexión con el destinatario.

¡Por eso quiere Dios que oremos! Es una verdadera lástima que no lo hagamos y no accionemos el interruptor. Dios llama una y otra vez, pero por culpa de operadoras que no se molestan en atender esas comunicaciones divinas hay personas a las que no les llega el mensaje que Él quiere transmitirles.

Por otra parte, algunos amamos a Jesús, estamos atentos y recibimos la señal; pero luego somos perezosos y no ponemos interés. No conectamos la línea, no pulsamos el botón ni enviamos el aviso al destinatario.

Naturalmente, hay personas al otro extremo que, pese a tener línea, si no descuelgan el aparato y contestan, no reciben el mensaje. Pero si están atentas y expectantes, descuelgan el teléfono y escuchan.

¡Es así de sencillo! Cuando Dios nos induce a pensar en alguien, nos está enviando un mensaje. Nos está llamando por teléfono. Quiere que hagamos las veces de operadora y pasemos esa llamada por medio de la oración. Eso es todo. No podemos obligar a la persona a atender la llamada ni a contestar el teléfono; eso queda más allá de nuestras posibilidades. El receptor tiene que contestar el teléfono. Pero si nosotros no cumplimos con nuestro deber de telefonistas, si no accionamos el interruptor ni pasamos la llamada, ésta no llega al interesado. De manera que para actuar de telefonistas es preciso que enchufemos la clavija y establezcamos el contacto.

Si la operadora es eficiente y cumple con su trabajo como es debido, si conecta la línea y establece la comunicación, el destinatario recibe la llamada, siempre y cuando atienda, responda y con-

teste. ¡La señal —la corriente— está presente en la línea!

Cuando uno ruega por alguien, lo llama y le envía un mensaje, éste parte en esa dirección y hace sonar su teléfono. Uno pasa el recado, transmite telefónicamente a través de la central la razón que recibió de Dios.

El timbre que oye la persona es la voz de Dios que le advierte: «Te estoy llamando. Escúchame, levanta el auricular, tengo algo que decirte.» Pero si no descuelga el aparato, no recibe el recado.

Si no quiere escuchar a Dios ni oír la verdad, si no quiere saber nada de la Salvación y no le interesan las respuestas a sus interrogantes, entonces simplemente se niega a contestar el teléfono.

Si tan solo aceptara la llamada, prestara atención y escuchara, obtendría todas las respuestas que desea, la solución a todos sus problemas, y llegaría a conocer el mensaje de Dios. Pero hay quienes ni siquiera se dignan escuchar.

Claro que hay personas que contestan el teléfono y escuchan un poquito, pero no les interesa el mensaje, no quieren hablar con Dios ni con nosotros. Dicen: «No, eso me tiene sin cuidado, no me concierne», ¡y cortan la llamada enseguida porque no quieren saber nada!

En fin, lo principal es que nosotros somos como telefonistas, somos el enlace entre Dios y los destinatarios de Su mensaje; y si no pasamos la llamada, si no enchufamos la clavija o no oprimimos la tecla, no se establece comunicación.

Una vez que se ha enviado el aviso, le toca contestar a la persona que está al otro lado del hilo. Si ésta no contesta ni escucha, no es culpa nuestra; nosotros no somos más que operadoras. Cuando la telefonista marca el número y no contestan la llamada, no es culpa suya. O si contestan y cuelgan enseguida, tampoco es culpa de ella.

Nosotros somos el enlace entre las dos partes. Nuestras oraciones establecen la conexión. De ahí que tengamos que orar por la gente de forma concreta. No podemos limitarnos a pensar: «Pobre gente, ¡qué pena me da!»

Nosotros somos la operadora. Captamos el mensaje de Dios, que Él nos transmite al pensamiento: «¡Ay, es una bellísima persona! Necesita muchísimo amor y quiere atender esta llamada. Le hace una falta enorme.» Pero si cortamos la comunicación y no pasamos la razón por medio de una plegaria, ¿de qué sirve?

Si en vez de conectar con el número de teléfono correspondiente y transferir la llamada, no hacemos más que apenarnos del destinatario, es como si dijéramos a Dios: «Es una lástima, pero no puedo hacer nada».

Eso se debe a que no creemos en la oración. No tenemos fe en el poder de Dios. Si tuviéramos más fe, emitiríamos la plegaria, pasaríamos la llamada. La telefonista tiene que estar convencida de que la comunicación proviene de Dios, y a la vez creer que va a surtir buen efecto. Luego debe tener fe en que puede hacer la conexión y ponerse al habla con el destinatario. ¿Por qué habría de conectar la línea si no creyera que puede establecer la conexión?

Ahora bien, las operadoras no siempre logran comunicarse. Hay un sinnúmero de obstáculos que a veces lo impiden: malas conexiones, líneas muy ocupadas, poca claridad, o una avería en el otro extremo de la línea.

Se presentan toda clase de complicaciones para mandar el recado, pero hay que hacer el intento. Hay que insertar la clavija y transmitir la llamada. Hay que orar y procurar comunicarse. A partir de ahí, si algo marcha mal en el otro extremo, no es culpa nuestra. De todos modos tenemos la obligación de rezar.

¡Podríamos lograr muchísimo por medio de la oración! El mundo jamás sabrá cuántas cosas no se lograron por no rezar.

Nosotros somos los telefonistas y recibimos el mensaje; pero tenemos que estar convencidos de que éste proviene de Dios. Nosotros mismos debemos dar crédito a ese aviso, sin albergar dudas.

A continuación, es imperioso que estemos persuadidos de que podemos establecer la conexión por medio de nuestras oraciones.

Uno no siempre consigue comunicarse. Ni siquiera una operadora hábil y diligente consigue comunicarse siempre, aunque lo intente una y otra vez. Al menos tiene fe para intentarlo. Así también debe ser nuestra fe.

¿Qué es la fe? La fe es la mano que pulsa la tecla para transmitir el mensaje de Dios al receptor. También se puede decir que es la mano que toma el cable y encaja la clavija en el agujero a fin de establecer la comunicación.

A partir de ahí, las dificultades que se presenten en la llamada no son culpa nuestra. Hemos cumplido con nuestro deber. Nosotros simplemente somos el enlace entre Dios y el destinatario. Ese es precisamente el papel de un testigo del Evangelio.

El testigo es el enlace entre Dios y las demás personas. Es un telefonista que recibe el aviso de Dios y lo toma en serio. Si la operadora no considerase que está recibiendo una llamada de verdad, una llamada legítima, y no estuviese convencida de que debe pasarla, no insertaría la clavija, ¿cierto?

En eso radica la importancia de rezar. La oración es la mano que acciona el interruptor con fe. Si no tuviéramos fe, no rezaríamos, ¿verdad? Si no creyésemos en el mensaje, nos faltaría fe para comunicarlo.

Tenemos una responsabilidad muy grande. Muchísimo depende de nuestras oraciones, porque aunque Dios sea capaz de hacer cualquier cosa, se ha impuesto la limitación de obrar únicamente a través de nosotros. ¡Nuestras oraciones pueden hacer portentos y alterar el curso de la Historia!

De modo que podemos orar por una pobre chiquilla, por un viejo vagabundo, por un dirigente político, por un país o por lo que sea. ¡Podemos invocar a Dios y moverlo a obrar!

La Palabra de Dios dice: «Está el corazón del rey en la mano del Señor; a todo lo que quiere lo inclina». Él vuelve el corazón de los gobernantes a favor de Su pueblo. (V. Proverbios 21:1; Esdras 6:22.)

Nuestras oraciones son la mano que acciona el conmutador con fe. Claro que antes que nada hay que tener corriente y una línea de comunicación, de las cuales ya disponemos si tenemos fe y estamos conectados con Dios.

No hay que olvidarse de que, por más que la corriente está presente y la compañía la suministra, si no hacemos la conexión, al receptor jamás le llegará el recado, no se enterará de lo que Dios quiere decirle. Puede que haya corriente y tengamos línea; pero de nosotros depende hacer uso de ellas.

Ten la bondad de orar. Eres el telefonista. Tienes el deber de comunicar el mensaje. ¡No dejes de hacerlo, por favor! De lo contrario alguien podría perderse una importante llamada de Dios. Sé una operadora eficiente. Ora. ¿Qué te parece?

Si aún no te has convertido en ciudadano del Reino de Dios, ¿te gustaría hacer la siguiente oración? Jesús te perdonará todos tus pecados y te regalará Su Salvación:

Jesús, sé que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar. Te ruego que me perdones todos mis pecados y me des Tu regalo, la Vida Eterna. Lléname de Tu Espíritu Santo para que yo también pueda ser uno de Tus telefonistas, y así orar por los demás y hablarles de Tu inmenso Amor. Amén.



LA PALABRA

¡La clave para no apartarse de Dios!

David Brandt Berg

Efesios 4:17,18 dice: «No andéis como los otros gentiles [los incrédulos], que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios». ¿Cómo puede una persona terminar ajena de la vida de Dios? ¿Cómo podría ocurrirte eso a tí mismo? ¿Qué conclusión se saca de ese versículo? ¿Cuál es su sentido? ¿Cómo puede uno llegar a separarse del Señor? Separándose de la Palabra, porque Él es la Palabra. «En el principio era el Verbo [la Palabra], y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.» (S. Juan 1:1,14) Al separarse uno de la Palabra, se separa del Señor. Al relegar uno la Palabra, ¡relega al Señor!

Los que desertan de la Obra de Dios se entenebrecen en su entendimiento por haber rechazado la Palabra. Para ocupar el lugar de ésta, el Diablo les dice mentiras, y se las creen en vez de creer la Palabra. Finalmente se encallecen tanto que acaban por perder toda sensibilidad.

Está claro, pues, que la Palabra es lo que determina que uno tenga una relación estrecha con el Señor o esté apartado de Él. La Palabra es el factor decisivo, según si uno se nutre constantemente de ella o no. Eso es lo que pasa con muchos cristianos de las confesiones predominantes. Casi nunca leen la Biblia ni ahondan en la Palabra. Puede que cotidianamente dediquen un tiempo brevísimo a la lectura devocional o algo por el estilo, pero la mayoría ni siquiera se toma esa pequeña molestia. Dependen exclusivamente del culto del domingo en la iglesia, y esa es toda la Palabra que oyen en la semana.

Como ésta es poca y muy floja, contribuye a que los feligreses estén flojos espiritualmente. Desde luego no es suficiente para que les dure la semana entera. ¡Es como esperar que una sola comida le proporcione a uno alimento para siete días! Al cuero no lo tratan así: le dan bien de comer tres veces al día. Es evidente que cuando alguien se aleja de la Palabra, se aleja del Señor. Al perder la fe en ella o relegarla, la persona se vuelve «ajena de la vida de Dios».

¿Qué es la vida de Dios? Jesús dijo: «Las Palabras que Yo os he hablado son Espíritu y son vida» (S. Juan 6:63). Esa es la vida de Dios: Su Palabra. Es eso lo que nos da vida y alimento, lo que nos nutre y nos da fuerzas y salud espiritual. Cuando alguien deja de tomar la Palabra es como si dejase de alimentarse, como si cortase su suministro de alimentos. Muchos cristianos débiles nunca llegan a madurar, no dejan de ser unos niños en sentido espiritual; y dado que

nunca llegan a adquirir mucha profundidad, acaban por echarse atrás.

Le estuve dando vueltas al asunto y pensé: «A ver, ¿qué pasos suelen seguir los que abandonan el servicio cristiano? ¿Qué es lo que termina por apartarlos completamente de Dios, que los lleva a encallecerse y a una vida de alienación e insensibilidad totales?» Al instante recordé esos versículos: «Entenebrecidos en su entendimiento, ajenos de la vida de Dios, perdieron toda sensibilidad» (Efesios 4:18,19). Pero ¿qué quiere decir eso exactamente y cómo es que empresenden el camino que los lleva a semejante estado? ¿Cómo es que abandonan la comunión con el Señor? ¿Cómo llegan a estar ajenos de la vida de Dios?

No quiere decir que no estén salvados, pero sí que han dejado de comulgar con el Señor. ¿Cómo puede ocurrir semejante cosa? ¡Por falta de la Palabra! No prestan oído a la Palabra, se apartan de ella.

¡Estoy convencido de que la clave es la Palabra! «En el principio era el Verbo [la Palabra], y el Verbo era Dios» (S. Juan 1:1), ¡la vida de Dios! ¡Gracias, Señor! ¡Aleluya! ¿Qué quiere decir, pues, «ajenos de la vida de Dios»? ¿Qué es la vida de Dios? ¿Cuántos versículos más podemos recordar que relacionen la Palabra con la vida? Jesús también dijo: «Yo he venido para que tengan vida» (S. Juan 10:10). Ese es muy apropiado. La Palabra vino para que tuviéramos vida. ¿Cómo se obtiene la vida? Por medio de la Palabra, ¡Jesús! Y Su Palabra —tanto la del pasado como la del presente— es vida.

Otro es: «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis» (1 S. Pedro 2:2). Ahí tenemos la ilustración del niño que necesita la leche materna para vivir. Sin la Palabra, uno muere espiritualmente. ¿Cuál es la corriente vivificante que procede de Dios? ¡La Palabra!

Cuando una persona descuida la Palabra, descuida la vida de Dios, porque en ella está la vida. Jesús es el Verbo, la Palabra, y la Palabra es vida. Él dijo: «Yo soy el Camino, y la Verdad, y la vida» (S. Juan 14:6). «Las Palabras que Yo os he hablado son Espíritu y son vida» (S. Juan 6:63).

Son la simiente que da como fruto una nueva criatura en Cristo. Al sembrar la Palabra, ¿qué segamos? Almas, criaturas recién nacidas en el Señor. Eso indudablemente es vida, igual que cuando se da a luz a un recién nacido. El padre aporta la simiente, y la madre la sustenta hasta que ve la luz. ¿Qué hace la simiente? Es germen de vida. La simiente se equipara a la Palabra, y la Palabra a la simiente. «Siendo

renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (1 S. Pedro 1:23).

La Palabra es la simiente, y la simiente es la Palabra. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto» (S. Juan 12:24). Es decir, produce vida. La simiente, la Palabra, es germen de vida. O sea que si un cristiano se vuelve ajeno de la Palabra, termina por apartarse de la vida, de la vida espiritual, del Señor, porque Él es la Palabra. Se podría decir que se vuelve ajeno de la vida y de la energía espiritual de Dios, que es lo que nos da vida. La Palabra es vida.

Ese versículo siempre me ha impresionado: «Las Palabras que Yo os he hablado son Espíritu y son vida». Reflexionemos sobre eso. ¡Son Espíritu y son vida! Las Palabras de Dios tienen un efecto palpable. Son algo concreto. ¡Son Espíritu y son vida! Desde luego son invisibles e intangibles, pero sin ellas todo estaría espiritualmente muerto, no habría nada de vida. Sin la Palabra, los que se apartan de Dios quedan completamente desprovistos de vida.

La ciencia sigue sin comprender la vida. Cinco minutos después de morir, todavía se está presente en sentido físico, material. El organismo está entero. Pero algo falta que no se puede ver ni tocar y que carece de peso. Se han pesado cadáveres de personas que acababan de morir sin que se registrara la menor diferencia. El cuerpo humano posee cierta energía indefinible, un algo eléctrico, cierta vida. Y es ese espíritu que infundía vida al cuerpo lo que falta. «El Espíritu y la vida.»

Asimismo, sin la Palabra, que es el Espíritu y la vida de Jesús, quedan ajenos de Él, pierden la comunión con Él, y al apartarse de la Palabra, mueren espiritualmente. Estoy convencido de que se alejan de Dios porque dejan de prestar oído a la Palabra. Si viviesen inmersos en la Palabra, no creo que perdieran la fe; no creo que pudiesen perderla de tan inmersos que estarían en la vida de Dios, en la Palabra. Es preciso que estudiemos la Palabra, que la grabemos en la memoria y nos llenemos de ella para que nos resulte imposible abandonarla. Conviene recordar lo que dijo Jesús: «Las Palabras que Yo os he hablado son Espíritu y son vida» (S. Juan 6:63).

Jesús es la Palabra. Él es el Espíritu y la vida, y hay que tomar una buena porción de Él cada día, darse un buen banquete, comer y beber hasta saciarse. Al igual que hay que comer para cobrar fuerzas físicamente, también hay que ingerir y asimilar la Palabra para fortalecerse espiritualmente. Yo diría que esa es la razón por la que algunos cristianos se vuelven tan ajenos de la vida de Dios: relegan la Palabra y hacen caso omiso de ella. Jesús dijo: «Separados de Mí nada podéis hacer» (S. Juan 15:5). Los que abandonan el servicio cristiano se separan del Señor. No pierden la Salvación, pero «siguen de lejos», como el apóstol Pedro, hasta tal punto que pueden acabar por negar a Jesús. (V. S. Juan 18:25 y S. Mateo 26:58.)

Me parece que esa es la clave. Estuve pensando: ¿A raíz de qué empieza la gente a echarse atrás? ¿Qué la lleva a entibiarse? La Biblia predice que en el Tiempo del Fin «el

amor de muchos se enfriará» (S. Mateo 24:12). El fuego se extingue, la llama se apaga, se entibian, se enfrían. ¿Qué enciende el fuego, qué aviva la llama? El combustible. ¿Y qué es el combustible? La Palabra, ¿no es cierto? La Palabra es lo que aviva nuestra llama, lo que la hace arder. El combustible da vida al fuego, ya se trate de cera —como en el caso de una vela—, gasolina, aceite o lo que sea. Lo que hace arder la llama es el combustible.

Cuando se les agota el combustible —como les ocurrió a las cinco vírgenes insensatas, que se encontraron sin aceite (V. S. Mateo 25:1-13)—, el fuego se extingue, se apaga la luz y se quedan en tinieblas, ajenos de la vida de Dios, privados del combustible, de la Palabra, del Espíritu. «Ajenos de la vida de Dios.» ¡Separados de la vida de Dios! Ajenos de ella, se les entenebrece el entendimiento. Se apaga el fuego porque no lo alimentaron con el combustible, la Palabra, que es Jesús, el Espíritu, la vida.

La Palabra es todo eso: ¡es Jesús, es Dios y es el Espíritu! ¡La Palabra es vida! ¡Y sin Jesús termina uno sin Dios, sin el Espíritu, sin vida, termina muerto! La llama se apaga, como ocurre cuando se acaba el aceite o el combustible. Se extingue el fuego y se disipa el calor. Uno se enfría hasta perder toda sensibilidad. Invariablemente sucede así. Ese versículo más o menos lo resume todo en un principio de lo más sencillo: «Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios.»

¿Qué significa ajeno? Distante. Terminan ajenos al Reino de Dios. Se convierten en extraños, extranjeros. Si están salvados, siguen perteneciendo al Reino, siguen siendo hijos de Dios. No dejan de ser hijos Suyos, si bien son como hijos pródigos que viven en una provincia muy lejana, apartados de su familia, de su casa y de su patria, el Reino de Dios.

Es importante alimentar el alma. Es imperioso tomar alimento espiritual; de lo contrario el alma sale perjudicada. El espíritu muere sin alimento. Es prioritario alimentarse espiritualmente, o bien conseguir que otra persona le dé a uno de comer en ese aspecto, como se haría con un niño pequeño.

Sin la vida, ¡el modo de vida se viene abajo! Esa vida es indispensable si no se quiere morir espiritualmente. En el momento en que uno relega al Señor y Su Palabra, está labrando su propia destrucción. Ha tomado ese camino y ese es su destino, está programado para ello. Es automático.

¡No cabe duda de que es perigoso relegar la Palabra! En cuanto uno empieza a excluir la Palabra de su vida, es señal de que está demasiado ocupado. En cuanto uno pierde confianza en la Palabra —por ser uno de doble ánimo o vacilante en sus convicciones, o porque algo lo ha ofendido y no le cae bien—, corre peligro. (V. Santiago 1:8.)

A veces Dios nos pone pruebas difíciles. Cabe recordar la que le puso a Abraham. Se dirigió a él diciéndole: «Ve y sacrifica a Isaac». ¡Menuda prueba! Isaac era la simiente prometida, el hijo prometido, el hijo engendrado por milagro. Dios quería ver si aun así Abraham le creería y pondría la Palabra divina antes que su hijo; si valoraría más la Palabra que el cumplimiento de la misma, es decir, sus consecuen-

cias.

Ni siquiera podemos permitir que los frutos de la Palabra desplacen a la Palabra misma. Sin la semilla, jamás habría surgido vida nueva, no habría habido fruto. Sin la savia, el árbol muere. Jesús dijo: «Separados de Mí nada podéis hacer», y Él es la Palabra. Sin ella no hay nada. Si nos falta la Palabra, no tendremos Espíritu, ni vida, ni eficacia, ni luz, ni calidez, ni fervor, ni fruto. ¡Nada! Al primer ataque del Enemigo seremos completamente derrotados.

Uno se pregunta cómo algunos pueden dar la espalda al Señor. ¿Cómo es posible que yerren y se vuelvan atrás? Es porque en realidad no eran seguidores de la Palabra ni edificaron su casa sobre ella. La construyeron sobre cimientos defectuosos. De hecho, ni siquiera tenían cimientos. Edificaron sobre arena. Y cuando vino la tormenta, su casa se desmoronó porque no estaba construida sobre la Roca. (V. S. Mateo 7:24-27.) ¿Quién es la Roca? ¡Jesús! El cimiento macizo e inmovible de la Palabra. ¡Alabado sea el Señor! Él es la Palabra, y si no se basan en los preceptos de la Palabra, carecen de cimientos. Si no se rigen por la Palabra, no son seguidores de Dios, y por tanto carecen de cimientos, ya que Jesús es la Palabra. Al no afirmarse sobre la Roca, caen.

Me aventuraría a decir que todos los que abandonan el servicio a Dios no se han nutrido bien de la Palabra y no viven inmersos en ella. Estoy convencido de que los cristianos de convicciones más firmes son los que de veras conocen la Palabra. ¡Justamente son de convicciones firmes porque tienen mucha fe en la Palabra y su vida gira en torno a ella! En cambio, seguro

que todos los que se apartan del Señor —sin excepción— admitirían que descuidaron la Palabra, que la conocen poco o nada, que no están impregnados en ella, que no son verdaderos estudiosos de la Palabra, que su vida no se rige por ella y no la obedecen. (V. Santiago 1:21-25.)

De modo que ese es el secreto: ¡la Palabra! El secreto para estar lleno de poder divino, alcanzar victorias y triumfos, y tener productividad, fogosidad, vida, calor, luz y dotes de mando, ¡el secreto de todo está en la Palabra! La carencia de ella es lo que conduce a desertar del servicio cristiano; es lo que lleva al fracaso; es lo que ocasiona que nos enfriemos y andemos en tinieblas; es lo que nos debilita, y en última instancia es la causa de la muerte espiritual. Es posible que a los cristianos de pocas convicciones y a los que han abandonado al Señor nunca se les inculcara lo suficiente la importancia de la Palabra; quizás nunca le dieron prioridad. En realidad no amaban ni adoraban la Palabra.

Adorar la Palabra no tiene nada de malo. ¡La Palabra es Jesús! Él dice que ha engrandecido Su Palabra sobre todas las cosas. (V. Salmo 138:2.) La Palabra, el Verbo, ¡es Dios, es vida! Son las Palabras de Dios. La Palabra es el Señor, y el Señor es la Palabra; de modo que no tiene nada de malo adorar la Palabra, amarla o hacer de ella el eje de nuestra

existencia, porque la Palabra es Jesús. Él dijo: «Las Palabras que Yo os he hablado son Espíritu y son vida» (S. Juan 6:63). Y «Yo soy el Camino, y la Verdad [una vez más se refiere a la Palabra], y la vida» (S. Juan 14:6). Jesús es la Palabra, y la Palabra es Jesús. Si uno no se alimenta en todo momento de ella y asimila la vida del Señor —«comed de Mí», dijo Jesús, «bebed Mi sangre y comed Mi carne» (V. S. Juan 6:53-58)—, no sobrevivirá espiritualmente. Acabará por apartarse del camino de Dios.

Ese es el quid de la cuestión y lo que ocasiona que algunos se vuelvan atrás espiritualmente. Comienzan por apartarse de la Palabra y paulatinamente se les entenebrece el entendimiento, hasta que se vuelven ajenos de la vida de Dios, que es la Palabra, porque la han rechazado. No amarla, menospreciarla y no creer en ella equivale a rechazarla. Solíamos decir que uno cree en la Biblia tanto como la lee. Uno cree en la Palabra tanto como la lee, vive inmerso en ella, la pone en práctica y la obedece.

Los que se apartan del Señor no hacen nada de eso. Por consiguiente se debilitan espiritualmente y pierden la vida de Dios, se alejan de Su manantial de vida. No beben la Palabra

ni la asimilan, ni se nutren continuamente de ella; no se fortalecen por medio de ella, y por eso se les entenebrece el entendimiento hasta que ni siquiera la comprenden. Si uno se detiene a pensarlo resulta verdaderamente patético que ya ni logren entenderla. En muchas ocasiones se dejan llevar por las falsedades del Diablo. Una de dos: o se está convencido de la Pa-

labra y de la Verdad divina, ¡o es inevitable verse sumido en las tinieblas y en las mentiras del Diablo!

Llegan a enfriarse tanto que al final pierden toda sensibilidad; se vuelven insensibles. Se les encallece la conciencia y el corazón. ¡Es muy peligroso llegar a semejante estado! Porque «el hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina» (Proverbios 29:1).

En muchos casos el ejemplo de los que se apartan del servicio cristiano prácticamente se convierte en un testimonio en contra del Señor, por más que proclamen creer en Él. Por mucho que afirmen recordar la Palabra, en general no la obedecen ni siguen sus consejos. Las Escrituras dicen: «No seáis tan solamente oidores de la Palabra, sino también hacedores» (Santiago 1:22). No basta con leerla, oírla y decir «amén». ¡Hay que obedecerla! Sólo poniendo en práctica lo que dice se manifiesta acatamiento, lealtad y fe en ella.

«No seáis tan solamente oidores de la Palabra, sino también hacedores.» De lo contrario, nos pasará como al hombre que edificó su casa sobre la arena: cuando sobrevengan las pruebas y soplen los vientos de la adversidad y la persecución, nuestra casa se vendrá abajo.

Es probable que algunos piensen: «Me cuesta creer que

algo tan nimio como restar importancia a la Palabra pueda llevarme a abandonar al Señor». Esa es justamente la raíz de la cuestión. Lo consideran una nimiedad, y no entienden la importancia capital que tiene en la vida cristiana. «Bah, no es tan esencial que lea la Biblia. No es tan importante siempre que haga lo mismo que los demás, siga la corriente y salga a predicar. Aunque yo mismo no lea la Palabra, al menos la comunico a los demás.» ¡No señor, eso no los va a librar de caer! ¡La Palabra es lo único que nos guarda!

¡Esa es la clave! Es el factor que determina el triumfo o la derrota, el éxito o el fracaso. Todo depende de la actitud que se tenga ante la Palabra, de si uno vive empapado de ella y se sustenta con ella, o por el contrario intenta prescindir de ella. Ese es el meollo del asunto. No dudo que cada uno de los que desertaron del servicio de Dios podrá atestiguar que su fracaso, su derrota y su caída se debieron a que no dedicaron atención a la Palabra, a que les faltó confianza en ella, a que dudaron de ella, la desobedecieron, la abandonaron, y a la larga abandonaron todo lo demás.

Los que desertan del servicio a Dios también «renuncian a todo». (V. S. Lucas 14:33.) Renuncian a la Palabra, al Señor, a la vida y a la luz. Retroceden, se echan atrás y abandonan la casa del Padre. En resumidas cuentas, ¡lo abandonan todo! Renuncian a todo, pero en un sentido equivocado. Dejan el arado en el campo, miran hacia atrás y fracasan por completo. Se vuelven atrás y lo dejan todo. Vuelven al fango, a la pocilga, al vómito. Regresan al cieno y al cochino lodazal de su vida anterior. (V. S. Lucas 9:62; 2 S. Pedro 2:21;22.) Renuncian a todo lo que el Señor les tenía reservado y se vuelven a los pobres y detestables rudimentos de este mundo. (V. Gálatas 4:9.)

¡A los ojos de Dios se convierten en mendigos espirituales! Terminan en la miseria espiritual y totalmente descariados. Les cuesta mucho, muchísimo, volver al Señor. Mucho más que cuando se salvaron. Si habiendo gustado de las cosas celestiales —como dice en la epístola a los Hebreos— las rechazan, en ciertos casos es casi imposible que alguna vez se arrepientan. Las tenían, pero les volvieron la espalda y las rechazaron. Después de eso, acudir al Señor les cuesta más que la primera vez. (V. Hebreos 6:4-6.)

Jesús, te pedimos en Tu nombre que nos ayudes a nosotros y a ellos. Ayuda a esos pobres que se han echado atrás, Señor. Les cuesta muchísimo. Están muy debilitados porque están flojos en la Palabra, porque no los ha fortalecido la Palabra, no han sido verdaderamente adoctrinados en ella, no se han saciado de ella, no se han embebido en ella, no han banqueteado con ella y no han vivido empapados de ella. La Palabra no ha sido fuente de vida, de salud y de fuerzas para ellos como lo fue para el rey David. Él hablaba mucho de la Palabra. De ella extraía fuerzas, vida, sabiduría y poder divino. Era la clave de sus victorias. (V. Salmo 119.)

Eso es lo que les pasa a muchos cristianos, Señor: han desatendido la Palabra. Padecen inanición por falta de la Palabra. El domingo les dan unas cuantas migajas, y el resto de la semana se mueren de hambre. Se fueron debilitando cada vez más hasta que el mundo los derrotó. ¡Han echado su dinero en saco roto (V. Hageo 1:6), y sus cosechas en

graneros que no valen nada, porque han dejado de lado la vida, la luz, la fuerza y el poder divino, y han abandonado la única esperanza de victoria, que es Tu Palabra!

¡Jesús, haz que esos pobres que te han abandonado vuelvan de algún modo a Tu Palabra! A veces les dejas regresar al fango, Señor, al lodo, a la pocilga, al vómito y a revolcarse en el cieno con el propósito de que se asqueen de él y se den cuenta de que eso no era para nada lo que buscaban. Después de haber pasado por eso, cualquier cosa les sabrá bien. Se darán cuenta de que se han apartado de Tu voluntad, que se han alejado de Ti, que han dejado de comulgar contigo y se han vuelto ajenos de Tu vida, se les ha entenebrecido el entendimiento y endurecido el corazón. ¡Oh Jesús, ayúdalos!

¡Tú les ruegas que regresen! Dijiste que eras esposo de los rebeldes (Jeremías 3:14). «Al que a Mí viene, no le echo fuera» (S. Juan 6:37). ¡Tú les ruegas y les imploras! ¡Lloraste por Jerusalén! Dijiste: «¡Cuántas veces quise juntarte como la gallina junta a sus polluelos, y no quisiste!» (S. Mateo 23:37) Te lamentaste por Jerusalén, pues sabías que sería destruida unos años después y que su población sería diezmada, que muchos de sus habitantes morirían crucificados. De modo que su postrer estado fue peor que el primero.

¡Señor Jesús, ayúdalos a volver a Ti de alguna manera, a arrepentirse y regresar, a experimentar una metanoia, a cambiar de postura y volver a unirse a Ti de corazón! Esta vez con la plena conciencia de que fuera de Ti no hay nada. «¡Sólo Tú tienes Palabras de Vida Eterna!» (S. Juan 6:68) ¿A quién irán? Haz que caigan en la cuenta de que no hay nadie más a quien acudir, nada más en que apoyarse, que no les queda otra alternativa que volverse a Ti y a Tu Palabra. Tráelos de vuelta, en el Nombre de Jesús. Ten piedad de ellos. Ten misericordia y condúcelos de nuevo a Tu Palabra. Amén.

¿Te has apartado del Señor y has relegado Su Palabra? ¿Tienes la impresión de estar volviéndote «ajeno de la vida de Dios»? De ser así, eleva a Él esta simple oración con toda sinceridad. Te perdonará y tendrá misericordia de ti.

Jesús, ¡perdóname por haberte dejado de lado al descuidar Tu Palabra! Lléname de Tu Espíritu Santo y ayúdame a ser perseverante en la lectura de Tu Palabra, a obedecerla, a servirte y a pregonar Tu Amor a los demás. Amén.

¡Que Dios te bendiga y te ayude a no postergar Su Palabra!



LIBERACIÓN DEL TEMOR

David Brandt Berg

A sí como «el temor de Dios es el principio de la sabiduría» (Proverbios 9:10), ¡el temor de Satanás es sin duda el principio de la muerte! Temer a Dios equivale a adorarlo. Tener miedo de Dios y temerle es sin duda alguna rendirle la veneración que merece. Podría compararse con el respeto que la mayoría demostramos a nuestros padres. (V. Hebreos 12:9.) De ahí que temer a Satanás, temer al Diablo, es darle ni más ni menos la adoración que él desea. ¡En esencia significa rendirle culto!

El propio Diablo es el ministro de la muerte. El siguiente versículo lo da a entender claramente: «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él (Jesús) también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al Diablo». Sin embargo, Jesús es perfectamente capaz de «librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2:14,15).

Por eso hay que reprender o rechazar ese temor de la misma manera que Cristo increpó al Diablo cuando éste intentó convencerlo para que lo adorara en el monte de la tentación. Jesús dijo: «Vete de Mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás.» (S. Lucas 4:8) El significado implícito de la versión original es: «Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo temerás». Es decir que al único a quien se debe temer ¡es a Dios! «Esto —dijo Salomón— es el todo del hombre: temer a Dios —sólo a Dios— y guardar Sus mandamientos.» (V. Eclesiastés 12:13.) Cuando pecamos o hacemos algo malo debemos temer a Dios. En cambio, ¡al Diablo jamás hay que tenerle miedo! «Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo temerás.» (V. S. Mateo 4:10.) Refiriéndose a temores de otra índole, la Palabra de Dios afirma que «el temor lleva en sí castigo» (1 S. Juan 4:18).

Así pues, se nos aconseja: «No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer; ¡temed más bien a Aquel (Dios) que puede echar el alma y el cuerpo en el Infierno!» (V. S. Lucas 12:4,5; S. Mateo 10:28.) No hemos de temer a Satanás, que únicamente tiene poder para

hacer morir el cuerpo; hemos de temer a Aquel, Dios, que tiene poder para hacer morir el alma.

De modo que el temor del Diablo no procede de Dios. «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, ¡sino de poder, de amor y de dominio propio!» (2Timoteo 1:7) La Escritura dice también: «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera» (Isaías 26:3).

El miedo es todo lo contrario de la fe. El miedo al Diablo, el miedo a la muerte, el miedo al ángel de la muerte, todo ello es diametralmente opuesto a la fe. Cuando uno alberga esos temores y vive siempre con miedo, termina destruido. Es perjudicial y desastroso. Esa angustia lo agota a uno, lo consume, le provoca depresión nerviosa, le hace perder

el juicio y hasta acaba por matarlo si uno se deja atormentar por ella.

Aunque parezca mentira, ese tipo de temor, ese espíritu de temor, es sumamente contagioso, ¡igual que una enfermedad! La gente que vive con uno, las personas con las que uno se relaciona, se exponen a verse aquejadas por ese mismo temor tan horrible. Es tan fácil contraer un mal espiritual como una enfermedad física. De hecho, aún más. Cuando uno no está vacunado con el Espíritu de Dios, el peligro y la probabilidad son todavía mayores, pues uno carece de defensas. Ahora bien, en el caso de las dolencias físicas uno puede volverse inmune a algunas de ellas, o bien porque ya las ha tenido, o porque le han inoculado una pequeña dosis del virus y el cuerpo ha creado defensas para no contagiarse otra vez del mismo mal.

Ese mismo principio se aplica en el plano espiritual: todos somos pecadores. Alguna vez todos hemos tenido un amago de esa enfermedad espiritual que es el temor, temor a Satanás, temor a la muerte, nada más y nada menos que un miedo cerval al mismo Diablo, al ángel de la muerte. Todos hemos sentido en algún momento miedo del Diablo. Pero a los temores hay que hacerles frente. De nada sirve seguir andándose con rodeos; de nada sirve negar que existen.

¡El único remedio es recurrir a Jesús, invocar el Espíritu de Dios! ¡Clama al Señor y pídele que te libre! Que te

vacune con una buena dosis del Espíritu de Dios para reforzar tus defensas espirituales contra el temor del que venimos hablando y evitar que lo contraigas otra vez. «Busqué al Señor, y Él me oyó, y me libró de todos mis temores» (Salmo 34:4).

El temor afligía tremendamente a una chica por la que oré en cierta ocasión. Se llamaba Helen Jones. El Señor la libró de manera extraordinaria. Llevaba ocho años en cama y se había enflaquecido tanto que tenía la piel pegada a los huesos. Estaba esquelética. Ya no podía comer, y estaba tan grave que casi ni podía beber agua.

Dios nos hizo ver que lo que la tenía en ese estado era el temor. Los médicos no habían acertado a hacer un diagnóstico de su enfermedad. La examinaron, probaron de todo, le hicieron cantidad de análisis, y por último dijeron: «No hemos detectado ninguna anomalía fisiológica. ¡No sabemos qué le pasa!» Pues bien, Dios es el mejor especialista. Es el gran Médico, capaz de sanar todas nuestras dolencias y de perdonar todos nuestros pecados. (V. Salmo 103:3.)

Justo antes de ir a orar por ella, el Señor nos recordó un versículo muy oportuno del segundo capítulo de la Epístola a los Hebreos: «Los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre». Cuando me disponía a orar por ella, el Espíritu Santo de Dios descendió súbitamente sobre mí y me ungió con tanto poder que le impuse las manos en la cabeza, increpé al Diablo y reprendí directamente a aquel demonio de temor. ¡Lo rechacé, lo expulsé en el nombre de Jesús y le mandé que se apartara de Helen y de aquella casa! Gracias a nuestra fe en la Palabra de Dios y al poder con que nos ungió el Espíritu Santo cuando oramos, ¡al instante la muchacha se libró de aquella opresión!

¡Aquel día se levantó y caminó por primera vez en años! Llevaba tanto tiempo en cama que se le habían deformado los pies. Parecían más manos que pies. Luego de soportar durante años el peso de las mantas, ya no la sostenían.

¡Pero gracias a Dios aquel día el Ángel de la Vida, Jesucristo, el propio Hijo de Dios, entró en el cuarto, reprendió al Diablo y la libró de aquel espantoso espíritu de temor, que la había tenido esclavizada aprovechándose del miedo a la muerte que ella abrigaba!

Se curó en el acto. La siguiente vez que la vimos, varias semanas más tarde, estaba repuesta. ¡Había engordado 18 kilos y se la veía muy bonita, muy atractiva! Nos recibió en su casa y nos atendió espléndidamente. Se encontraba muy bien de salud, se había recuperado del todo y comía con buen apetito. ¡Ya tenía novio, había vuelto a la normalidad y estaba en excelentes condiciones!

En Hebreos 2:13 dice: «Yo confiaré en Él». ¿En quién? ¡En Dios! Eso mismo hay que decirle al Diablo: «¡Largo de aquí, Demonio! ¡Vete de mí, Satanás! ¡Yo confío en Dios, en Jesús!» Luego el versículo 14 señala que Jesús puede destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de ésta, o sea, al Diablo. Ahora bien, ¿quién es el ángel de la muerte? Aquí mismo dice que es el Demonio. Entonces, si uno teme al ángel de la muerte quiere decir que teme al Demonio, y eso es horrible. No debemos dejarnos intimidar por el Diablo; sino depositar nuestra fe en Dios y temer a Dios, no a Satanás. Más adelante, el versículo 15 contiene una promesa: «Librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre». Así que Dios es poderoso para librar a los que por el temor de la muerte estuvimos toda la vida sujetos a esa servidumbre.

La Palabra de Dios dice: «Resistid al Diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7). Tenemos poder sobre el Diablo. Podemos exigirle que haga lo que le mandemos. Los demonios y los espíritus malignos están sujetos a nosotros; no tienen libre albedrío. No pueden hacer lo que les plazca. (V. S. Lucas 10:17,20.) Tienen que hacer lo que les mandamos en el nombre de Jesús, ¡tienen que largarse! ¡Alabado sea el Señor!

Si amas a Dios y sabes que Él te ama, puedes estar seguro de que te cuidará y de que no te va a pasar nada malo. ¿Por qué has de tener miedo entonces? ¡No hay nada que temer! Su perfecto amor echa fuera todos esos temores (1 S. Juan 4:18).

Jesús puede llevarse tus angustias e inquietudes. Pídele que te libre ahora mismo de todos los temores del Diablo, sean cuales sean, en el nombre de Jesús. Amén.

Jesús, te ruego que entres en mi corazón. Te acepto como Señor y Salvador. Perdóname todos mis pecados y dame Tu regalo, la vida eterna. Lléname de Tu Espíritu Santo. Así tendré fuerzas para comunicar Tu Amor a los demás y resistir espiritualmente todo miedo que me asalte en la vida. Te suplico que me libres de los temores del Diablo. Amén.

Luchadores

Por David Berg

«Sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo» (2 Timoteo 2:3).

Muchos cristianos nacidos de nuevo se forman la idea de que ni bien aceptan a Jesús se resuelven de una vez para siempre todos sus problemas. Piensan que nunca más tendrán dificultades, lo cual dista mucho de la realidad.

Al dialogar con gente nueva en la fe acerca de las pruebas y dificultades que enfrentaban —sobre todo a los que daban testimonio de su nueva fe ante los demás—, mi madre siempre decía: «El Diablo no empieza a disparar hasta que sales de la trinchera», una analogía con la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial. Los soldados de ambos bandos muchas veces se pasaban días o semanas apiñados en sus trincheras sin disparar un solo tiro. Pero en cuanto uno de los dos ordenaba un avance y salía de sus trincheras para atacar el territorio del otro, éste comenzaba a torpedearlo con toda su artillería.

Me recuerda la historia del viejo Samuel, un negro cristiano muy devoto. Era criado de un poderoso hacendado, dueño de una plantación en el sur de los EE.UU., que además era ateo. Un día su amo le preguntó:

—Samuel, ¿cómo explicas que tú, siendo creyente, sufras tantas contrariedades, pruebas y tribulaciones? Fíjate: Yo ni siquiera creo en Dios y, sin embargo, no tengo tantos problemas como tú.

—Vaya, mi amo —contestó Samuel—, voy a tener que echarle un poco de cabeza a eso para poder responderle.

Unos días más tarde fueron juntos a cazar patos. Después de haber disparado a varios patos, el hacendado le gritó:

—¡Embolsa a los que estén vivos! ¡Deja a los muertos tirados!

(En la caza de aves, algunas caen muertas y otras sólo quedan momentáneamente lastimadas. A veces hasta pueden volver a levantar vuelo si el cazador no las agarra enseguida.)

Al regresar el viejo Samuel con los patos, le dijo a su amo: —Patrón, creo que ya tengo la respuesta a lo que me preguntó el otro día: ¡Yo soy uno de los vivos! El Diablo tiene miedo de que me vaya a escapar; por eso trata de embolsarme a mí primero. Usted es uno de los muertos.

El Diablo ya lo agarró; por eso ya no se preocupa de usted.

El Diablo pone el máximo de empeño en neutralizar a toda persona que hace poco haya aceptado a Jesús. Una vez que somos salvos, el Diablo ya no puede recobrarlos, ya que la Salvación no se puede perder. Somos del Señor para siempre. La batalla por la salvación del alma está ganada y la victoria conseguida es permanente. (Juan 6:37; 10:28,29).

Sin embargo, aunque el Diablo no pueda recuperarnos, sí puede causarnos muchos inconvenientes. Sobre todo se esfuerza por evitar que sirvamos a Dios y que conquistemos a otras personas para el reino del Señor. Cada persona que se convierte a Cristo constituye una amenaza para el Diablo. Cada nuevo converso es capaz de arrebatarse a cientos de personas, de modo que el Maligno procura acabar con su utilidad para el Señor.

Ante dichos embates, algunos cristianos principiantes dudan: «Al fin y al cabo, ¿de qué me valió salvarme? ¡Ahora estoy pasando por unas pruebas espantosas!» Quienes se quejen de eso deben recordar lo que Jesús ha hecho por ellos. Están *salvados*; eso es lo principal. Tienen asegurada la vida eterna, no se irán al infierno. Ya no tienen por qué preocuparse de la muerte.

¿Qué clase de gratitud es esa? ¿Qué hay del amor y la lealtad? ¿Es que no tiene caso defender el amor de nuestro Salvador? ¿Acaso no merece la pena luchar por nuestros hermanos y hermanas cristianos? Tal vez no quiera uno soportar todas esas pruebas y tribulaciones por causa de sí mismo; pero ¿no debería estar dispuesto a luchar por otras personas?

Además debemos tener presente que ser cristiano redundante en cantidad de beneficios. Nos respaldan todas las promesas de la Biblia. Si bien la Biblia dice: «Muchas son las aflicciones del justo», la segunda mitad del mismo versículo reza: «pero de todas ellas le librará el Señor» (Salmo 34:19). Aunque tengamos que hacer algunos sacrificios, el Señor nos lo compensará cien veces más en esta vida (Marcos 10:30). Encima tenemos paz interior, sosiego en el corazón y una gran satisfacción gracias a todo lo que hacemos por el Señor (Isaías 26:3; Juan 14:27; Romanos 5:1; Filipenses 4:7).

Sabemos que a la larga ganaremos, pase lo que pase. No obstante lo encarnizada que se ponga la lucha o lo arduas que sean las batallas cotidianas, vamos a ganar la guerra. La victoria final ya es nuestra. No podemos perder, porque estamos con los vencedores.

Es preciso fijar la vista en las recompensas eternas, como dice Hebreos 11, el capítulo sobre la fe: «Por la fe, por la fe, por la fe...» Declara que todos los grandes patriarcas de la Biblia miraron hacia adelante, desde la óptica de la fe. No estaban satisfechos con ser ciudadanos del mundo presente. Anhelaban un país y una ciudad celestiales, una ciudad construida por Dios. Estaban dispuestos a pasar por todas aquellas pruebas y tribulaciones y a ser extranjeros y peregrinos aquí, un pueblo apátrida, porque sabían que a su tiempo tendrían patria, una por la cual valía la pena luchar, vivir y, en algunos casos, hasta morir. (Hebreos 11:13-16). Pablo escribió: «Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:18).

Quienes hace poco han aceptado a Jesús deben entender que se trata de una guerra, de un choque entre dos mundos, una contienda entre el dominio del Diablo y el Reino de Dios. Ellos están del lado de las fuerzas victoriosas; pero aun así, tienen que combatir.

Al igual que en los ejércitos humanos, el Señor permite que uno enfrente algunas de las pruebas más difíciles al principio, durante el período de instrucción. Ni bien se enrolan en el ejército, a los reclutas se los hace pasar por lo más difícil para deshacerse de los tipos que no están hechos para la rigurosa vida militar. El Señor deja al Diablo poner a prueba a los *reclutas* para ver si serán capaces de aguantar.

Servir al Señor es una lucha, pero con el tiempo aprendemos a disfrutar de ella, porque sabemos que formamos parte de las fuerzas del bien, del bando ganador. Además, tenemos un buen comandante —Jesús—, de quien estamos orgullosos. Felices vivimos por Él y le servimos.

Nos apasiona la batalla tanto como a los atletas las competencias. Nos gusta luchar contra el Diablo y vencerlo en la perpetua batalla por las almas humanas. Nos apasiona el combate en el frente, nos motiva la aventura, la emoción del triunfo, de cada victoria.

El Señor dice: «Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10).

Me recuerda una anécdota que me contaron una vez sobre algo que dicen que ocurrió en Rusia en los primeros tiempos de la revolución bolchevique, cuando los comunistas perseguían denodadamente a los cristianos. Un pelotón de soldados del Ejército Rojo capturó a un grupo de cristianos y los obligaron a desnudarse sobre el hielo de un lago congelado. Los guardias les dijeron que

si alguno quería salvarse de morir congelado lo único que tenía que hacer era negar su fe.

Así pues, los cristianos se congelaron y cayeron uno por uno, hasta que el último que quedaba no pudo soportarlo más. Vio que todos los demás se habían muerto y quedaba él solo, el último de todos. Se dirigió corriendo hacia los guardias, gritando que no aguantaba más, que negaría su fe. Al acercarse a ellos, de golpe uno de los soldados salió a su encuentro.

—¡Toma mi uniforme y mi arma! —exclamó el guardia—. ¡Voy a morir en tu lugar! Estaba aquí mirándolos y a medida que cada uno caía vi que una corona descendía y se posaba sobre su cabeza. Pero justo en el momento en que la mano descendía del Cielo para coronarte a ti, te diste por vencido. Aquí tienes, toma mi uniforme y mi arma. Ocuparé tu lugar. ¡Yo quiero esa corona!

No hay corona sin cruz, no hay testimonio sin dificultad. Sin prueba no hay triunfo y no hay victoria que se logre sin librar una batalla. Recuerda, para eso te enrolaste, para luchar y vencer. Así que adelante con la batalla. Vencerás siempre y cuando no dejes de luchar.

Sigamos el ejemplo de John Paul Jones, famoso capitán de navío norteamericano del siglo XVIII. Su nave había sido alcanzada por los cañones enemigos y se estaba hundiendo. La mitad de sus hombres había muerto y muchos otros estaban malheridos, entre ellos, él mismo. Cuando el capitán enemigo lo conminó a rendirse, exclamó: «¿Rendirme? ¡Ni loco! ¡Si ni siquiera hemos empezado a luchar!» Se negó a arriar bandera y a deponer las armas. Y a la postre salió victorioso. Así son los soldados que ganan, los que se niegan a dejar de luchar.

¡Que Dios nos dé soldados a quienes les guste luchar por el Señor con el arma de Su Palabra, que se regocijen derrotando al Diablo y que estén convencidos de que no pueden perder! ¡Héroes conquistadores a quienes les apasione vivir, luchar y sacrificarse por Jesús, sus hermanos y la verdad! A esos soldados no se los puede vencer. Aunque mueran en combate, no pueden perder: recibirán una corona de gloria.

El apóstol Pablo dijo: «He peleado la buena batalla de la fe, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia» (2 Timoteo 4:7,8). ¿Podrá cada uno de nosotros afirmar lo mismo? Con Dios de nuestra parte no podemos perder, porque estamos con los vencedores.

«Sé fiel hasta la muerte, y Yo (Jesús) te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10).



MONTAÑESES

David Brandt Berg

EL primer versículo del capítulo cinco del Evangelio según San Mateo indica que hay gran diferencia entre montaña y multitud. «Y viendo (Jesús) la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a Él Sus discípulos.»

Cuando Jesús subió al monte, dejó atrás las multitudes. Los picos de las montañas nunca son muy concurridos. He subido a muchas montañas y casi siempre lo hice solo. ¿Por qué? Porque cuesta mucho esfuerzo. No hay mucha gente a la que le guste escalar. Es una actividad solitaria y hay que dejarlo todo atrás. Generalmente se sufren muchos rasguños y golpes, y hasta le puede costar a uno la vida.

En la cumbre hay más luz. Mucho después que ha anochecido en el valle, desde los cerros el sol todavía se ve. El valle casi siempre está en sombras, lleno de gente y de cosas, pero normalmente oscuro. En las alturas hace frío y viento, ¡pero es emocionante!

¡Para trepar una montaña hay que tener la convicción de que realmente vale la pena arriesgar la vida por ello! Cualquier montaña... la montaña de esta vida, la montaña de los triumfos, la montaña de los obstáculos, de las dificultades... Antes de empezar el ascenso hay que tener la sensación de que vale la pena morir por ello y arrostrar el viento, el frío y las tormentas, que representan las adversidades. ¡Pero a solas en la cumbre uno se siente muy cerca del Señor! Allí, ¡la voz de Su Espíritu se oye tan fuerte que casi resulta atronadora! ¡El silencio que reina en la cima es ensordecedor! ¡Uno se siente verdaderamente transportado! ¡Es estremecedor! ¡Casi escalofriante! En el valle, en cambio, la voz de la multitud retumba tanto que no se oye la voz de Dios.

Desde luego, escalar es sumamente peligroso. ¡Nunca se está tan cerca del abismo como cuando se tiene el pie en el borde! Basta un paso en falso para ir a parar al fondo. En el montañismo ocurre algo curioso: la ascensión resulta mucho más fácil que el descenso. Los que consiguen alcanzar la cima, quizá nunca logren volver. Ese es uno de los riesgos que se corren al escalar. La mayoría de los alpinistas que han muerto se accidentaron en la bajada, ya que cuando uno sube, ve a donde va; mas no cuando baja.

¿Cuántos de los que dan la espalda al Señor y a Su servicio ven claramente en qué se están metiendo? Creen que retornarán al camino fácil. No se dan cuenta de lo que significa regresar. ¡Nunca es lo que se esperaban ni mucho menos! Allí arriba uno tiene un sentimiento muy peculiar:

no quiere abandonar el monte. No hay inspiración en el descenso. En cambio, uno siente un impulso en la subida, casi una inspiración espiritual. Uno arriesgaría cualquier cosa. ¡Al descender es lo contrario! No se siente ninguna inspiración, no se persigue ninguna meta, no se logrará nada. Uno sólo se deja arrastrar otra vez al pantano de la humanidad, el fango de la multitud.

LOS únicos que escalan montañas son los pioneros, los que quieren hacer algo que nadie ha logrado nunca, los que desean sobresalir de la multitud, superar lo ya realizado o alcanzado. Los pioneros deben tener horizontes, para ver lo que nadie más ve; fe, para creer lo que nadie más cree; iniciativa, para ser los primeros en intentarlo; y valor, ¡agallas para luchar hasta conseguirlo! ¡Los que están en la cima son los primeros en ver el amanecer y los últimos en observar la puesta del sol! Contemplan el círculo completo de la gloriosa creación de Dios, los 360 grados del horizonte, ¡lo abarcan todo! Es como ver toda la vida de principio a fin, y entenderla.

Da la impresión de que se vive en la eternidad, mientras que abajo viven en el tiempo. En la sierra se ve el mundo con la debida perspectiva, cadenas de cumbres que conquistar, ¡todo un mundo que se extiende más allá del horizonte del hombre corriente, que desde su perspectiva él no alcanza a ver! ¡Se divisan picos que aún no han sido escalados y lejanos valles inexplorados! Se aprecian cosas que los habitantes de los valles no ven nunca y que ni siquiera comprenden.

En el valle, uno se enreda con la multitud, la farsa y el materialismo y no ve nada más que el tiempo, creaciones del tiempo y cosas temporales, las cuales pronto pasarán. Pero si levanta la cabeza por encima de los que lo rodean, uno mismo se convierte en un monte en medio de ellos. Los del montón se resienten contra uno, lo resisten y lo combaten, porque no lo entienden ni lo aceptan. ¡No quieren ni saber que existen los montes! ¡No quieren que otras personas se enteren de que hay montañas ni que respiren siquiera por un instante el aire puro del monte cristalino! Las quieren mantener encerradas, empantanadas en el fango de los valles.

Cuando los demás notan que uno está en un monte mientras que ellos siguen en el valle, le toman odio. Se hace evidente que uno se ha elevado sobre ellos, y no quieren que nadie descuelle. Lo quieren mantener a uno atascado en el lodo igual que todos ellos. No quieren que se sepa

que existe otro lugar y que se puede salir del valle. Harán todo lo posible por disuadirlo a uno de subir.

¿HAN observado que desde tiempos inmemoriales se han producido guerras entre los pueblos que vivían en los valles y los que habitaban las montañas? Es un dato curioso que podrán encontrar en la Historia. Aunque menos numerosos, los montañeses siempre son más rudos, lozanos y robustos. Sobrevivían porque siempre podían huir a sus montañas. Los del valle no los seguían, pues estaban desprovistos de la fortaleza y resistencia necesarias para ello. Los perseguían un poco monte arriba y luego los dejaban escapar. Lo único que les interesaba era quitárselos de encima. Los montañeses eran espigas en su carne y agujones en su costado, por cuanto demostraban que era factible vivir fuera del valle, algo imposible según la gente del valle. La historia abunda en casos en que un pueblo montañoso conquistó a un pueblo de un valle, pero rara vez sucedió lo contrario.

Sin embargo, para los montañeses el gran riesgo ha sido siempre que tras haber conquistado a los pueblos del valle, ellos mismos se asentaban en éste. La Historia nos enseña que es mejor para los montañeses seguir en guerra con los del valle, una guerra interminable, continua e inflexible, no sea que el valle los atrape también a ellos. El mayor peligro se presenta cuando se hace la paz con el valle, cuando ya no resulta arriesgado bajar. La mayor amenaza es precisamente la sensación de seguridad. ¡Así se pierden la independencia y libertad de la montaña, la indómita libertad de la montaña!

El valle es territorio del hombre. Las alturas son territorio de Dios. En el valle domina el hombre. En la montaña sólo Dios domina, y los hombres que viven en la montaña lo saben. Por el contrario, los que viven en los valles se creen dioses, porque se gobiernan a sí mismos. Los habitantes de los valles se encuentran protegidos y seguros, y creen que no tienen necesidad de Dios. Como ya no pueden ver el cielo se han olvidado de que existe Dios. Los montañeses, por su parte, experimentan cosas tan sobrecogedoras y peligrosas que tienen que vivir cerca de Dios.

El camino es arduo y difícil, la carga es pesada y dura de llevar, y las personas que uno se encuentra en el ascenso no siempre son amables. Pero abajo en el valle son peores todavía. En la montaña no hay muchos sitios donde vivir; sólo refugios toscos y cobertizos. Escasea la comida. Hace frío y viento. Sin embargo, hasta morir en ella es emocionante. ¡Vale más morir en la montaña que vivir en el valle! Los periódicos nunca dan la noticia de la gente que se resbala y se cae en la calle, en la ciudad. En cambio, cuando alguien muere en la montaña, así haya ocurrido en un país lejano, la noticia se publica, porque al menos ¡se atrevió a intentarlo!

¡Josué y Caleb, dos espías hebreos que aparecen en el Antiguo Testamento, fueron verdaderos pioneros y montañeses! Las dos únicas personas de toda la generación mayor que sobrevivieron a los cuarenta años en el desierto. Tendrían aproximadamente la misma edad. Josué conquistó una nación. Y Caleb, que para entonces tenía 80 años de edad, prácticamente dijo: «Los demás, los debiluchos, se pueden quedar con el valle». Él seguía siendo luchador, un adelantado. Dijo: «¡Yo tomaré la montaña!» (Véase Números 13:30.) Los caminos trillados son para hombres vencidos, pero las cumbres son para los pioneros valientes.

Los que se deciden a subir la montaña dejan atrás las multitudes. ¡Entonces se ve quiénes son los discípulos! Cuando Jesús subió al monte, sólo se le acercaron Sus discípulos. Ellos fueron los únicos que tuvieron el gran privilegio de oír el sermón más famoso del mundo. Los únicos que oyeron realmente palabras del Cielo aquel día fueron los que dejaron las multitudes y tomaron el monte, los que siguieron a Jesús hasta el final. (V. Mateo 5:1.)

Me pregunto si hubo muchos que intentaron seguirles un rato y al final se quedaron atrás, cansados y jadeando. Nada me extrañaría que hubiera servido para eliminar a todos los que no querían más que los panes y los peces, los que pensaban: «¡A ver qué saco yo con esto!», ¡porque era un precio muy alto! «¡Yo no voy a ganar nada trepando esta montaña tan elevada con estos chiflados! A fin de cuentas son unos fanáticos. Si no, ¡no harían esto! ¡Qué estúpidos! ¿No saben que nadie la ha escalado antes? ¿No saben que no se puede? ¿Para qué vamos a subir, exponiendo la vida, aunque lleguemos a presenciar un milagro o a recibir otro sandwich de pescado? ¡No vale la pena fatigarnos subiendo! Sentémonos aquí a esperar y ver si consiguen volver. Nos quedaremos aquí a descansar tranquilamente mientras ellos suben la montaña. Primero espereemos a ver si se puede conseguir.»

La verdad es que raramente se oye hablar de los que esperan a ver si es realizable. Los que hacen noticia son los que lo consiguen o mueren en el intento. Pero cuando ustedes alcanzan la cima, ¡oirán la voz de Dios! Él les hablará cara a cara. ¡Él mismo les enseñará y les revelará Sus más grandes secretos!

¿QUÉ se oye, entonces, en la montaña? ¡Cosas que harán eco en todo el mundo! ¿Qué se percibe en la quietud? ¡Susurros que alterarán el curso de la historia! ¡Las leyes más relevantes que ha recibido la humanidad, por las cuales se rige aún la mayoría del mundo civilizado, fueron entregadas a un hombre que se encontraba solo en una montaña! Luego que Moisés descendiera de aquellas cumbres con los Diez Mandamientos, la nación hebrea no volvió a ser la misma. Es más, ¡el mundo entero quedó transformado para siempre por la acción de un solo hombre!

Ríos de la montaña

El *sermón* más aclamado de la historia, el *sermón del monte*, lo predicó a un puñado de hombres de montaña el más ilustre montañero de todos, Jesús, quien finalmente subió solo Su última montaña —el Monte Calvario, el Gólgota—, para morir por los pecados del mundo. Esa fue una montaña que sólo Él podía subir por todos nosotros... ¡pero lo logró! ¡Después de oír el *sermón del monte* los discípulos de Jesús descendieron y transformaron el mundo! No volvieron a ser los mismos. ¿Qué los cambió a ellos que a la postre cambió el mundo? ¡Oír la voz de Dios comunicándoles verdades diametralmente opuestas a lo que se enseñaba en el valle! Allí decían: «Bienaventurados los romanos —los orgullosos, altivos y poderosos—. ¡Fíjate en lo que han logrado! Han conquistado el mundo. ¡Conviene ser romano!» Pero Jesús decía en la montaña justamente lo contrario:

«**Bienaventurados los pobres en Espíritu** [los humildes], ¡porque de ellos es el Reino de los Cielos!» (Mateo 5:3). ¡Unos sencillos pescadores incultos escucharon de la boca de un carpintero enseñanzas que los harían mayores gobernantes que los césares de Roma, de un imperio más formidable que Roma! «Bienaventurados los pobres en Espíritu —Sus pobres discípulos ignorantes y sin letras— porque de ellos es el Reino» ¡que regirá el universo!

«¿Con qué derecho se meten en nuestro valle a contarnos lo que dicen en la montaña! ¡No tenemos otro rey que César! ¡Cómo se atreven a decirnos que hay otro soberano! ¡Fuera! ¡No tenemos otro rey que César!» Y cuando martirizaron a los seguidores de Cristo, lo único que consiguieron fue ascenderlos al Reino de los Cielos, reino que un día borrarán del valle.

«**Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación**» (Mateo 5:4). ¿Bienaventurado llorar? ¿Es más bienaventurado pasar desdichas? Sí, porque se recibirá consolación. En el valle dicen: «¡Es más bienaventurado regocijarse, estar alegre y hacer fiesta! Nos estamos dando buen tiempo ahora. ¡Cómo se atreven a venirnos con advertencias de que tenemos que cambiar!» No obstante, ¡ustedes serán consolados, y ellos condenados!

«**Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad**» (Mateo 5:5). Los que no se defienden con violencia y están dispuestos a dar la vida por el Evangelio, ganarán la batalla más importante de todas... ¡la que determinará el futuro del mundo entero! ¡Los que tengan que ir a la cárcel por su fe, poner la otra mejilla y sufrir persecución son los que regirán el otro mundo, el mundo venidero! Los pobres en Espíritu son gente de la montaña. Los que lloran habitan en la montaña. Los mansos son de las montañas.

«**Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados**» (Mateo 5:6). La gente de la montaña tiene una hambre y sed de la Verdad que sólo Dios puede saciar. La gente de abajo, del valle, no ve más

allá de sus narices. Son individuos satisfechos de sí mismos. Están llenos... ¡y el Señor los envía vacíos! (V. Lucas 1:53.)

«**Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia**» (Mateo 5:7). Los misericordiosos son gente de la montaña. Por ejemplo, en el valle casi no se ve ningún perro San Bernardo. Es una de las razas más famosas del mundo, y son perros de montaña. Rescatan y manifiestan misericordia a los montañeros. ¡De ahí que alcancen misericordia, gloria y fama!

«**Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios**» (Mateo 5:8). En la montaña no hay condenación. La nieve derretida es el agua más pura del mundo, agua destilada, completamente pura. ¡Viene directamente de Dios! «Si vuestros pecados fueren como la grana, si fueren rojos como el carmesí, ¡vendrán a ser como blanca lana!» (Isaías 1:18). Limpios de corazón. El rey David no siempre fue puro, pero como amaba al Señor y se sabía pecador y obtuvo misericordia, Dios se lo contó por justicia. Lo consideró recto, y fue puro de corazón. En la montaña no hay contaminación. Tanto el agua como el aire son puros. La gente es limpia de corazón. ¡Ve a Dios!

«**Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios**» (Mateo 5:9). Hacer la paz ¿con quién? ¿Con los enemigos? ¿Cómo va uno a hacer eso? ¿Cómo se puede estar en paz con el valle, si el valle se niega a estar en paz con uno? Viene uno a hacer la paz y a predicar la paz, pero, ¿qué pasa? ¡Ellos están por la guerra! No se puede hacer paz con los que quieren guerra!

¿Con quién se puede hacer la paz? Con Dios y con los pacificadores, con los que desean paz. Cuando Jesús nació, los ángeles cantaron: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.» No buena voluntad para con los hombres, sino como suelen decir las versiones católicas de la Biblia: «a los hombres de buena voluntad». ¿Cómo se va a estar en paz con los de mala voluntad? ¡Es imposible! A los del valle no se les ofrece paz; sólo guerra. Nunca hay paz entre esos dos pueblos, porque no hay el menor asomo de entendimiento entre los dos. Lo único que se puede hacer es conquistarlos. Y la manera más fácil de hacerlo es dejar que se pudran en su propia iniquidad, que se vuelvan débiles y perezosos, obesos, enfermos en su pecado. ¡Así ya no son rivales de peso para los montañeses! La Historia lo ha confirmado a lo largo de miles de años. Los de las montañas siempre conquistan a los del valle. ¡Siempre!

«**Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia...**» (Mateo 5:10). Descienden de la montaña y ofrecen la paz de la montaña a los que están en el valle. ¡Pero éstos los atropellan, los encarcelan y los crucifican! Así y todo, ¡son bienaventurados! Más bienaventurado es ser acosado, encarcelado y crucificado sabiendo que se es de la montaña, que se vive la Verdad y que se tiene razón, que

vivir una mentira en el valle, una vida de ocio y seguridad.

A ustedes los persiguen porque son justos, porque tienen la razón, y ¡ellos no soportan la verdad! Los del valle llevan tanto tiempo sumidos en la oscuridad que la luz los ciega. No soportan descubrir que ustedes están en lo cierto y ellos equivocados. ¡No quieren quedar en evidencia!

«...*Porque de ellos es el Reino de los Cielos.*» Terminamos donde empezamos. Los que padecen persecución son precisamente los pobres en espíritu, ¡y al final, tanto unos como otros heredan el Reino de los Cielos!

«**B**ienaventurados sois cuando por Mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo» (Mateo 5:11). Los del valle dicen: «Están trastornando nuestra falsa sensación de seguridad, perturbando nuestra paz». ¡En realidad lo que se quiere es darles paz!, pero eso trastorna su confusión. Se está introduciendo un ambiente pacífico en medio de la confusión. Mas para ellos la confusión es paz. Esa es la paz que ellos entienden. Detestan que les lleven paz verdadera, ya que eso deja patente que la suya no es verdadera paz. Por eso mienten, engañan y dicen toda clase de mal contra ustedes mintiendo.

Mas «¡gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los Cielos!» (Mateo 5:12). No siempre en este mundo. Claro que si se vive en la paz y alegría que brinda el Señor, se vive en la gloria y se recibe buena parte de ese galardón ahora mismo, ¿no es verdad? Espiritualmente ya se está en la gloria. Jesús dijo: «El Reino de los Cielos está dentro de vosotros» (Lucas 17:21, N.C.). Grande es, pues, ese galardón del Cielo en nuestro corazón, y grande será nuestro galardón en el Cielo por venir.

«...*Porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.*» Toda mi vida leí esto subrayando la palabra *profetas*: «Así persiguieron a los profetas, que fueron antes de vosotros». Pero lo que realmente quiere decir es: «Así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros». O sea, esos otros que eran profetas igual que ustedes. Eso demuestra que ustedes también son profetas. Al recibir persecución por profetizar han alcanzado categoría de profetas, y «¡vuestro galardón es grande en los Cielos!»

«*Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? ¡No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres!*» (Mateo 5:13). ¡Algunas religiones oficiales se consideran la sal de la tierra! ¡El libro de los Hechos de los Apóstoles relata que hubo una época, en los albores de la Iglesia, cuando los cristianos eran perseguidos, acechados y crucificados! ¡Ellos sí eran la sal de la tierra! Pero hoy en día la mayoría de esos *montañeses* han bajado a vivir en el valle y se han desvanecido, han perdido su sabor.

¡Los pobres y perseguidos de la montaña tienen un conocimiento mucho más realista de lo que es vivir en la pobreza y el hambre que los ricos y obesos del valle que se ahogan en su propio lujo y no ven más que el mundillo en que viven! Esos

ricos de abajo, del valle, miran despectivamente a los montañeses. Entonces, ¿qué compromiso harás tú? ¿Dirás lo mismo que Caleb y Josué: «Yo tomaré la montaña»? ¿o preferirás vivir en el lujo opulento del valle con las momias del valle, que llegaron hasta cierto punto y no quisieron ir más lejos?

¿Cuáles son los países del mundo que han permanecido libres por más tiempo? ¡Suiza —encuadrada en las cumbres de los Alpes—, Afganistán —situado en la cordillera del Hindu Kush— y Nepal —en lo más alto del Himalaya—! ¡Otras civilizaciones han dejado de existir, pero esas todavía perduran! Quizá no sean pueblos muy numerosos, de gran poder y prestigio, ¡pero todavía existen! Una de las razones por las que siguen libres es que no tienen gran cosa que el resto del mundo codicie. Nadie más que ellos se interesa por sus montañas.

EN las Escrituras, el poder y la grandeza vienen representados por montañas, nunca por valles. ¡Dios compara Su Reino con un monte que cobra tal magnitud que llena toda la tierra! (V. Daniel 2:35.) Dice que Sion (la casa del Señor) es como una montaña, a la cual acudirá el mundo entero para adorar a Dios, y que de ella saldrá Su Palabra. (V. Isaías 2:2.)

«El Señor es mi pastor, nada me faltará; en lugares de delicados pastos me hará descansar, junto a aguas de reposo me pastoreará» (Salmo 23:2). ¿Dónde se imaginan ustedes esos pastos? Yo siempre los visualicé como praderas andinas o alpinas, con apacibles pozos y remansos cordilleros de aguas cristalinas. «Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de Su nombre» (Salmo 23:3). ¿Cómo es Su senda? ¡Es un sendero de montaña estrecho y escarpado! «¡Aunque ande en valle de sombra de muerte!» (Salmo 23:4). ¡En el valle hay muerte! ¡La vida está en la montaña! ¡Sal del valle! ¡«Escapad al monte cual ave», vosotros que estáis hastiados del pecado! (Salmo 11:1)

¿El Señor es tu pastor? ¿Te apacientas en los magníficos y «delicados pastos» montañeses que representan la espléndida vida nueva con Jesús? Si todavía no has abierto la puerta de tu vida a Jesús, puedes hacerlo ahora mismo rezando sinceramente esta sencilla oración:

Querido Jesús, sé que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te ruego que perdones todos mis pecados. Te abro la puerta de mi vida y te invito a entrar en mi corazón. Te pido que me des Tu regalo, la Vida Eterna. Entra, Jesús, y ayúdame a leer Tu Palabra, la Biblia, y a vivir para Ti. Lléname de Tu Espíritu Santo para tener el poder de hablar a otras personas de Ti, a fin de que ellas también te puedan encontrar. Lo pido en Tu nombre, amén.



¡NUESTRA DECLARACIÓN DE AMOR!

¡Una nueva profesión de fe! ¡El Amor lo engloba todo!

David Brandt Berg

Nosotros creemos en el Amor. Amor a Dios y al prójimo, ¡porque «Dios es Amor»! (1 S. Juan 4:8.) En eso consiste nuestra religión: ¡en amar!

El Amor lo es todo, pues sin Amor no habría nada: ni amigos, ni familias, ni padres, ni madres, ni hijos, ni sexualidad, ni salud, ni felicidad, ni Dios, ni Cielo. ¡Nada de ello existiría sin Amor! Y nada de ello sería posible sin Dios, ¡porque Dios es Amor!

La solución a todos los problemas que han aquejado a la humanidad a lo largo de la Historia ha sido siempre el Amor —Amor verdadero, Amor a Dios y al prójimo—, ¡el Espíritu del sobrenatural Amor divino que nos ayuda a cumplir el Gran Mandamiento de amarnos los unos a los otros! ¡Esta sigue siendo la solución que ofrece Dios aun en una sociedad tan compleja, confusa y sumamente complicada como la del mundo actual!

Es precisamente el rechazo del Amor de Dios y de Sus amorosas leyes lo que lleva a los hombres a ser egoístas, desamorados, perversos, crueles y desconsiderados. Ése es el origen de su inhumanidad para con sus semejantes, la cual salta a la vista en este atribulado mundo actual sometido al yugo de la opresión, la tiranía y la explotación, en el que los ricos despojan a los demás, y tanta gente es víctima del hambre y la desnutrición, la mala salud y las enfermedades, la pobreza, el desamparo, el exceso de trabajo, odiosas vejaciones, los tormentos de la guerra y la pesadilla de vivir con un perpetuo sentimiento de inseguridad y miedo.

La causa de todos estos males es la falta de amor del hombre para con Dios y el prójimo, y su insistencia en contravenir las leyes divinas de amor, fe, paz y armonía con el Creador, con el prójimo y con toda la creación. «Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1 S. Juan 4:20.)

Efectivamente es así de sencillo: al amar a Dios, ¡nos volvemos capaces de amarnos los unos a los otros! Podemos entonces seguir Sus preceptos sobre la vida,

la libertad y la felicidad, ¡con lo que todo se arregla y todos nos sentimos satisfechos en Él!

Por eso dijo Jesús que el primer y mayor mandamiento es amar: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... y el segundo es semejante —casi igual, casi lo mismo—: ¡amarás a tu prójimo como a ti mismo!» (S. Mateo 22:37-39.)

Un intérprete de la ley que hablaba con Jesús le preguntó: «¿Quién es mi prójimo?» Y con la parábola del buen samaritano Jesús quiso enseñar que se trata de cualquier persona que necesite nuestra ayuda, ¡sea cual sea su raza, el color de su piel, su religión, su nacionalidad o su condición social!

«Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.» (S. Lucas 10:31,33,34) Es que si tenemos amor verdadero, no podemos presenciar una situación de apuro sin intervenir. ¡No podemos hacer como los que simplemente pasaron de largo delante del pobre hombre en el camino a Jericó! ¡Debemos actuar, como hizo el samaritano! (V. S. Lucas 10:25-35.) Hoy en día hay mucha gente que, cuando ve a alguien necesitado, reacciona diciendo: «¡Ay, qué lástima, qué pena!» Sin embargo, ¡la compasión hay que traducirla en obras! He aquí la diferencia entre lástima y compasión: la lástima no es más que un sentimiento de pena; ¡la compasión lo impulsa a uno a hacer algo!

Debemos manifestar nuestra fe con obras. Es difícil demostrar amor sin una acción palpable. Afirmar que se ama a alguien y no ayudarlo físicamente en lo que pueda necesitar —proporcionándole comida, ropa, techo, etc.—, ¡eso no es amor! Aunque es cierto que la necesidad de amor verdadero es espiritual, éste debe ser manifestado físicamente, por medio de obras. «¡La fe que obra por el Amor!» (Gálatas 5:6)

Pues «el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el Amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino ¡de hecho y en verdad!» (1 S. Juan 3:17,18.)

Por otra parte, consideramos que la forma más sublime de manifestar amor es algo más que compartir simples pertenencias y cosas. Consiste en entregar nuestra vida en servicio a los demás, como expresión de nuestra fe. Las buenas obras y el compartir dichas posesiones vienen como consecuencia. El propio Jesús no tenía nada material que compartir con Sus discípulos, únicamente Su Amor y Su vida, que dio por ellos y por nosotros, ¡para que todos pudiéramos disfrutar de vida y amor eternos!

«¡Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos!» (S. Juan 15:13.) Profesamos, pues, que lo máximo que podemos dar a los demás es nuestra persona, nuestro amor y nuestra vida. Ése es nuestro ideal, así como el medio de que disponemos actualmente para alcanzarlo.

Para eso precisamente creó Dios al hombre en un principio: ¡para amar! ¡Para que lo amáramos, disfrutáramos de Él eternamente y ayudáramos a los demás a hacer lo mismo! Dios fue el creador del Amor y el que puso en el hombre la necesidad de amar y ser amado. Él es el único capaz de satisfacer esa ansia profunda de amor total y comprensión absoluta presente en toda alma humana.

Por eso, aunque las cosas temporales de este mundo puedan satisfacer el cuerpo, ¡sólo Dios y Su Amor eterno pueden llenar ese angustiante vacío espiritual que hay en el corazón de cada persona y que Dios creó exclusivamente para Sí! El espíritu humano —ese algo intangible, esa esencia de nuestro ser que habita en nuestro cuerpo— sólo halla plena satisfacción en la unión total con el gran Espíritu amoroso que lo creó.

¡Él es el mismísimo Espíritu del Amor, Amor verdadero, eterno, real, Amor auténtico que nunca deja de ser, el Amor de un Amante que nunca abandona, el Amante por excelencia, Dios mismo!

¡Lo vemos reflejado en Su Hijo Jesucristo, que vino por amor, vivió con amor y murió por amor para que nosotros pudiéramos vivir y amar eternamente! «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (S. Juan 3:16).

Para recibir el Amor de Dios personificado en Jesús no tienes más que abrir tu corazón y pedirle que entre en ti. Jesús prometió: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él!» (Apocalipsis 3:20). Con amor y mansedumbre, Él aguarda a la puerta de tu corazón. No la

fuerza, no te obliga a aceptarlo; más bien espera a que le pidas que entre. ¿Se lo pedirás?

Una vez que lo hayas hecho, ¡experimentarás toda una transformación! ¡Será como si acabaras de nacer a un mundo totalmente nuevo! ¡Te convertirás en un nuevo hijo de Dios, con un nuevo espíritu! Entonces Su Espíritu, que morará en ti, te permitirá hacer lo que resulta humanamente imposible: ¡amar a Dios y a tus semejantes!

Descubrirás la verdadera felicidad, que no se halla buscando egoístamente placeres y satisfacciones, ¡sino al encontrar a Dios, comunicar Su vida a los demás y procurar la felicidad ajena! ¡Entonces la felicidad te busca, te toma por sorpresa y se adueña de ti, sin que la hayas procurado siquiera!

«¡Pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará!» (Gálatas 6:7.) Si siembras amor, recogerás amor. Si siembras amistad, recogerás amistad. Obedece, pues, la Ley divina del Amor, amor desinteresado, amor a Él y al prójimo. Manifiesta a los demás el amor que les debes, y tú también recibirás amor. «¡Con la misma medida con que medís, os volverán a medir!» (S. Lucas 6:38.)

¡Descubre las maravillas que puede hacer el amor! ¡Hallarás todo un nuevo mundo de amor que sólo habías concebido en sueños! En compañía de otra alma solitaria, puedes disfrutar de los milagros que obra el amor. ¡Pruébalo! Si das amor, ¡te darán amor!

El amor no se te dio para guardarlo.

Para que sea amor, ¡a otros hay que darlo!

¡Recibe hoy mismo el Amor de Dios en Jesús! ¡Aleluya! ¡Él es la única Verdad, la única Paz y el único Caminio! El Amor es infalible, porque ¡Dios es Amor!

Si aún no has recibido personalmente el regalo de Amor Eterno que Jesús te ofrece, reza la siguiente oración, y nacerás de nuevo en Su Reino celestial de Amor:

Jesús, quiero tener amor verdadero. Ahora comprendo que sólo proviene de Ti. Te ruego que me perdones mis pecados, que entres en mi corazón y que seas mi Señor y Salvador. Lléname de Tu Espíritu Santo, que me infundirá fuerzas para dar testimonio de Tu Amor y Salvación ante los demás. Lo pido en Tu nombre, Jesús. Amén.



¡PARA!... ¡MIRA!... ¡ESCUCHA!

David Brandt Berg

A la mayoría de los cristianos de hoy les interesa más que Dios los escuche a ellos que escuchar ellos a Dios. Pretenden convencer a Dios del plan que ellos se han trazado. Quieren que Él estampe Su firma en el plan que ellos le presentan. Una vez oí a alguien decir: «No se trata de presentar tu plan a Dios para que Él lo apruebe con Su firma, ni aun de estar dispuesto a que te presenten el plan de Dios para que tú lo firmes, sino de dar el paso de firmar una hoja en blanco y dejar que Él la llene sin saber siquiera cuál va a ser Su plan».

Una chiquilla exclamó una vez al oír ronronear a su gatito dormido: «¡Mira, mamá, el gatito se quedó dormido y dejó el motor en marcha!» ¡Es muy posible andar muy atareado y estar al mismo tiempo espiritualmente dormido, sin llegar a ninguna parte, «como quien golpea el aire!» (1 Corintios 9:26.) Porque a menos que guardemos silencio y tratemos de buscar al Señor, ¿cómo vamos a oír lo que nos dice Él? Estoy plenamente convencido de que he oído hablar más al Señor estando a solas y en silencio que de ninguna otra manera. Cuando estamos a solas Él nos puede hablar. En esos momentos podemos dedicarle toda nuestra atención, escucharlo y reverenciarlo como se merece. La voz del Señor es un silbo delicado y apacible. Al mismo tiempo es muy clara, muy firme y muy amorosa. ¡Pero si hacemos mucho ruido no la oiremos! (V. 1 Reyes 19:12; Isaías 30:21.)

¡El único momento en que se le puede escuchar es cuando uno se queda quieto y guarda silencio! ¡Dios casi nunca grita! Cuando se pone a gritar, ya es tarde. Cuando llega al punto en que tiene que gritarte para que lo oigas, por la bulla tan grande que estás haciendo, es probable que ya esté tan enojado, que sea demasiado tarde. Si no hacemos ningún caso de los gritos, ¡nos da un golpe repentino que lo trastorna todo para que no tengamos más remedio que escucharle!

Por eso tiene Dios que tumbar a tanta gente por medio de accidentes, enfermedades o la muerte de un familiar: para que se detenga un poco a escuchar (V. Salmo 119:67). Una de las pocas ocasiones en que mucha gente del mundo deja de correr y se detiene lo necesario para escuchar al Señor es cuando asiste a un entierro.

¡Que el Señor nos ayude a guardar silencio ante Él y escucharle! Si no pasas momentos tranquilos con el Señor, ¡no sé cómo podrás realizar tu labor! Si de verdad quieres escuchar al Señor, Él te hablará.

¡Si quieres oír al Señor, de algún modo, en algún momento, en alguna parte tendrás que pasar un rato en silencio, a solas! En el Salmo 46, versículo 10, Él dice: «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios». ¿Has aprendido a

permanecer en silencio delante del Señor, a manifestarle tu veneración? ¿Cuántos momentos de silencio dedicas a aprender a estar callado? «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza» (Isaías 30:15). ¿Sabes lo que quiere decir confianza? ¡Es fe! ¡El hecho mismo de guardar silencio es señal de que tenemos fe! ¡Demuestra que estamos a la expectativa de que Dios haga algo, en vez de tratar de hacer las cosas nosotros mismos!

Cuando no sepamos qué hacer, ¡parémoslo todo! ¡Guardemos silencio y esperemos a que Dios haga algo! ¡Lo peor que podemos hacer cuando no sabemos qué rumbo tomar es seguir adelante! ¡Ese fue el error del rey Saúl, que le costó el reino! Siguió como si nada, aun cuando ignoraba qué hacer. ¡Creía que tenía que mantenerse ocupado y seguir adelante a toda costa! (V. 1 Samuel 13:7-14.)

Hacer silencio ante el Señor demuestra que se tiene fe en que Dios va a resolver la situación, en que Él se va a encargar de todo. Demuestra que se confía en el Señor. «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera, porque en Ti ha confiado» (Isaías 26:3). Si no confiamos en el Señor, viviremos en perpetua confusión. Me recuerda lo que dice una rima: «Cuando confiamos, no reflejamos ninguna inquietud; cuando nos inquietamos, ¡no estamos confiando aún!»

¡Si estamos en un laberinto, confundidos, preocupados, impacientes y alterados, es que no estamos confiando! No tenemos la fe que debíamos. Confiar equivale a reposo, paz y serenidad total de pensamiento, corazón y espíritu. Aunque el cuerpo tenga que seguir trabajando, se tiene una actitud, un espíritu de calma.

Por eso es posible tener paz en medio de la tormenta, disfrutar de calma en el ojo del huracán. Me acuerdo de un concurso que se celebró una vez en que se pedía a los artistas ilustrar el concepto de la paz. La mayoría de los pintores presentaron escenas bucólicas de quietud y calma en las que reinaba una tranquilidad absoluta. ¡Esa es una faceta de la paz! ¡Pero la paz más difícil de alcanzar es la que retrataba el cuadro que ganó el premio! Representaba unos rápidos de un río, rugientes, atronadores, cubiertos de espuma por la violencia de la corriente, un lugar espeluznante. No obstante, en una ramita que se extendía sobre el trepidante río, se veía un bellissimo nido en el cual, a pesar de la tormenta, ¡un pajarillo gorjeaba serenamente! Es en esos momentos cuando se pone a prueba nuestra fe: en medio de la tormenta. ¡La tranquilidad es señal de fe!

Moisés tenía entre dos y seis millones de personas aguardándolo en pleno desierto, todas tirándose de los pelos, preguntándose: «¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿adónde vamos?, ¿qué vamos a hacer?» ¡Y qué

hace Moisés en ese momento? Se retira a la cima de la montaña y se pasa allí 40 días seguidos con el Señor.

¿Qué habría pasado si se hubiera pasado todo ese tiempo preocupado? «¿Y si ocurre algo? Tengo que regresar. ¿Qué va a pasar si Aarón hace un becerro de oro?» ¡Precisamente lo que sucedió! Luego, cuando Moisés se alteró y rompió las tablas, ¡tuvo que pasar 40 días más en la montaña para guardar silencio otra vez y tranquilizarse! ¿De qué le sirvió enfadarse? Tuvo que guardar silencio otra vez para oír al Señor. Más le habría valido afrontar la situación con tranquilidad y calma cuando bajó. Se habría evitado tener que pasar otros 40 días en la montaña. (El relato íntegro se encuentra en Éxodo 24:12-18 y capítulos 32 y 34.)

Jesús mismo, al empezar Su ministerio, fue y se quedó 40 días y 40 noches a solas en la montaña. Por lo que se ve, pasó buena parte de ese tiempo con el Diablo. ¡Es que primero tuvo que derrotar al Diablo! (V. S. Mateo 4:1-11.) Si uno primero no se retira, a solas con el Señor, y derrota al Diablo, ¡no consigue nada!

¡Me pregunto cuántos años no pasaría Noé orando de los 120 que tardó en construir el Arca! Tuvo que haber dedicado algún tiempo a orar. Si no, ¡no habría podido recibir todas las instrucciones para armar aquella embarcación! ¡No olvidemos que hasta entonces nunca habían visto un barco! ¡Seguramente Dios le dio las pautas y medidas exactas para cada centímetro del mismo! Hasta entonces ni siquiera había llovido. Él, sin embargo, se dedicó a construir el arca con toda parsimonia. Habría podido ponerse nervioso pensando que la lluvia iba a llegar de un momento a otro y construirla chapuceramente. En cambio, ¡se pasó 120 años montando su nave con toda la calma del mundo! ¡Caramba! ¡A nosotros a veces nos parece demasiado pasarnos 120 días preparándonos! ¡Desde luego quedó demostrado que Noé tenía fe! (V. Génesis 6:3,9-22 y capítulo 7.)

Los agricultores son un modelo de fe y paciencia. ¡No tienen más remedio que confiar en que el Señor hará crecer los cultivos, y no preocuparse! ¡La mayor parte del trabajo la hace Dios! ¡Él manda la lluvia, Él hace crecer lo sembrado! Lo único que tienen que hacer ellos es supervisarlos todo. ¡Los campesinos son la personificación del sosiego! La gente de la ciudad se burla de ellos. ¡Pero si no se lo tomaran con calma, se volverían locos, como la gente de la ciudad! El lema de los campesinos es: «¡Despacito!»

Por eso hay tan pocas personas que quieran vivir en el campo: ¡porque hay que depender mucho de Dios! No hay mucho que ellas puedan hacer. ¡Hay que dejarlo todo en manos de Dios! Gran cantidad de gente está abandonando el campo. Allá Dios controla demasiado las cosas. El silencio es excesivo. Dicen que el campo es muy aburrido, que no hay mucha actividad. ¡Pero vaya, si subiesen a la cima de uno de esos cerros se darían cuenta de que es mucho lo que se oye y lo que se ve! ¡Se puede contemplar una tormenta, estudiar los árboles, observar los animales, escuchar los truenos! Lo que pasa es que esa actividad suele ser muy serena; no se produce mucho alboroto.

¡Hay quienes siempre tienen que estar activos, siempre haciendo algo! ¡Yo creo que en parte es porque no quieren pensar! Por eso tienen tantas distracciones. ¿Sabes qué significa distraer? Apartar la atención o el pensamiento de

algo. ¡La gente le tiene pavor al silencio y la quietud, porque sabe que podría llegar a oír la voz de Dios! ¡Por eso el Diablo le llena constantemente la cabeza, ojos y oídos de ruidos, escenas y sonidos violentos!

¡Por eso son semejante maldición las ciudades! ¡Ambientes totalmente artificiales! Los que radican en las ciudades se alejan completamente de Dios. Allí apenas se encuentra un árbol o una brizna de hierba, y no se ven las estrellas, el sol, la luna ni el cielo. ¡Viven bajo tierra! ¡La estridencia y el chirrido de los trenes subterráneos, la horrible bulla del tránsito! Se dan muchos más casos de sordera entre los niños de la ciudad que entre los que viven en el campo, porque viven en un ambiente de ruido constante, mientras que los niños del campo generalmente tienen un oído muy fino.

Si uno vive en un ambiente de confusión física y espiritual, deja de oír bien la voz de Dios, ¡porque se ve obligado a ensordecer como protección contra los ruidos que lo rodean, y acaba por no oír tampoco al Señor! Sin embargo, cuando se vive en silencio, paz, calma y quietud, el oído se vuelve muy fino. Yo siempre tuve un olfato y un oído muy agudos. Quizá porque he pasado mucho tiempo en los bosques y en el campo.

Por lo general, la gente del campo es lenta, perseverante y paciente. ¡Vive junto a la creación de Dios y depende del Señor! ¡Deberíamos aprender de los campesinos! ¡La gente de la ciudad se vuelve dura de oído y de corazón! La música estrepitosa está volviendo sordos a los jóvenes. Ese continuo machaqueo endurece los tímpanos. El oído, para protegerse, forma una especie de callo.

¡Piensa en los años que pasó Abraham en el campo apacentando rebaños! Con razón oyó al Señor: ¡tuvo tiempo para escuchar! ¡Que Dios nos perdone! ¡Llevamos una vida tan ajetreada! Si de tanto que hacer no tenemos tiempo para orar, ¡es que estamos demasiado ocupados! Si estamos tan ocupados que no podemos pasar un rato a solas con Dios, orando, ¡es que estamos demasiado ocupados! ¿Qué te parecería que el sirviente de un rey le dijera: «¡Lo siento, pero hoy estoy tan ocupado sirviéndole que no tengo tiempo de escuchar sus órdenes!»?

Antes que nada, es preciso que aprendamos a escuchar al Señor. No corresponde al Rey andar detrás de Sus siervos gritando, chillándoles, para que hagan lo que Él quiere. Hay que acercarse a Él callada y respetuosamente, presentarle la petición con sinceridad, temblando, y aguardar la respuesta en silencio. Tenemos que temer, respetar y reverenciar al Señor, y tratarlo como el Rey que es. Creo que a veces algunos que están llenos del Espíritu y muy acostumbrados a ello se toman muchas confianzas con el Señor, y opino que a menudo con la mucha familiaridad se pierde el respeto. El Señor es tan tierno y lo tienen tan cerca que no lo respetan como deben.

Tu tarea más importante es escuchar al Rey: ¡parar, mirar y escuchar! De lo contrario, ¡terminarás mal!

Hay muchos cristianos que se entretienen con los dones de Dios —es decir, con los dones del Espíritu— ¡y se olvidan del propio Dios! Como cuando un padre vuelve a casa con regalos para sus hijos: ¡los niños agarran los regalos y, olvidándose de besarlos y saludarlos, se sientan en el suelo a disfrutar de los juguetes!

Son como la niña que dedicó los ratos que solía pasar con su padre a hacerle unas pantuflas para su cumpleaños, ¡y casi le parte el corazón! Es posible que Dios aprecie las pantuflas que le estás haciendo, pero ¡Él prefiere tenerte a ti! Además, probablemente ¡te saldrán muy mal si descuidas al Señor!

¡Una de las cosas más importantes que vas a tener que aprender es a esperar a que el Señor actúe! Recuerdo ciertas ocasiones en que no estaba escuchando al Señor, y la única forma en que Él logró que alzara la vista fue tumbarme en cama con una enfermedad ¡para que no me quedara más remedio que mirar derecho hacia arriba! ¡Mi madre contaba el testimonio de que llegó a estar tan ocupada trabajando para el Señor que Él tuvo que postrarla con un cáncer para obligarla a dedicarle toda su atención! El siguiente poema lo escribió ella:

EL PRIMER LUGAR

Yo anhelaba servir al Maestro,
pero ay, fui dejada a un lado
del gran campo de cosecha
donde trabajaban atareados.
Los obreros eran muy, muy pocos,
y para mí era un interrogante
por qué debía quedarme inactiva.
Eso no se ajustaba a mis planes.

Yo anhelaba servir al Maestro,
y faltaba gente allá afuera.
El trabajo para mí era fácil,
pero, uy, ¡qué pesada la espera!,
¡quedarme quieta y callada
oyendo el envidiable canto
de los obreros que, en plena siega,
continuaban faenando!

Anhelaba servir, tan sólo servir al Maestro,
pero me condujo a una zona apartada,
y al detenernos a descansar
me dirigió una tierna mirada
que reveló Su desagrado.
¿Acaso pensaba Él que el servicio
me era molesto, o quizás
que era para mí un sacrificio?

—Oh, Maestro, anhelo servir, sólo servirte.
Por muchos que haya, ¡son pocos los obreros!
Déjame ir a los campos —le rogué—.
¡Quedarme a reposar no quiero!
Me postré a Sus pies implorante
y levanté la vista a Su cara.
—Hijita —me dijo—, ¿no sabes
que tu servicio sin tu amor no es nada?

Anhelaba servir, servir a mi Maestro.
¡Cuánto acariciaba aquella idea!
Postrada ante Él, suplicaba incesante:
—¡Esto te pido que me concedas!

Pero en aquel lugar desierto,
lejos de la actividad y el gentío,
poco a poco fui cayendo en la cuenta
del gran error que había cometido.

Tan preocupada estaba por servirle
que me había alejado de Él.
¡Y Él deseaba la más dulce comunión
que dos corazones pueden tener!
Con los ojos aún turbios de pesar
busqué y obtuve Su perdón,
y ahora, aunque aprecio Su Obra,
¡el primer lugar se lo reservo al Señor!

¡Dios no acepta que lo releguemos a un segundo lugar, ni siquiera si es Su servicio lo que ponemos primero! «No tendré dioses ajenos delante de Mí. No te inclinarás a ellos ni los honrarás; porque Yo soy el Señor tu Dios... celoso» (Éxodo 20:3,5). Seguramente sea ese el error más grave de los cristianos sinceros: ¡hacer un Dios del servicio a Dios! Tanto movimiento, tanto bullicio, tanto «golpear el aire»... y sin embargo, ¡tan poco de Dios! (V. 1 Corintios 9:26.) Acostumbrábamos cantar este estribillo: «Ten fe en que Dios hará Su voluntad. Descuida, pues Él lo hará. Su Espíritu te guardará y llenará. Descuida, pues Dios lo hará.» ¡Es mucho más fácil dejar que Dios lo haga! ¡Y cuando guardas silencio delante del Señor demuestras que estás dejando las cosas en Sus manos! ¡Deteniendo toda actividad y esperando a que Dios obre, demuestras que tienes fe! «Estad quietos y conoed que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). «Que procuréis tener tranquilidad» (1 Tesalonicenses 4:11). «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza» (Isaías 30:15). «Calle delante de Él toda la tierra» (Habacuc 2:20; Zacarías 2:13). ¡En una ocasión hasta en el Cielo se hizo silencio! (V. Apocalipsis 8:1.)

¡Algunos de mi familia se ponían furiosos conmigo cuando querían hacer algo a toda prisa y yo los mandaba sentarse a escuchar al Señor por unas horas! Pero luego muchas veces descubrían que Dios ya había resuelto la situación.

Cuando Moisés era un joven muy inteligente de 40 años y se creía muy capaz, ¡se metió en un lío tremendo y tuvo que huir para salvar la vida! ¡Dios necesitó 40 años para enderezarlo y hacerle ver que tenía que recurrir a Él! (V. Éxodo 2:11-15.)

La prisa es señal de que tenemos miedo de llegar tarde, ¡lo que significa que tenemos temor, que a su vez indica que necesitamos más fe! Si te retrasas, tómatelo con calma. ¡Confía en el Señor! Cuando vamos retrasados y decidimos apresurarnos suele ser porque la culpa es nuestra, ¡y no queremos tener que pagar las consecuencias! ¡Es por orgullo! ¡No queremos que la gente sepa que nos atrasamos!

Otra razón por la que nos apresuramos es que no estamos confiando en el Señor. Tenemos miedo de que si no llegamos a tiempo nos vamos a perder algo. No somos capaces de confiar en que Dios es capaz de detener el mundo o parar el sol, como Josué consiguió que hiciera (V. Josué 10:12-15). Siempre me acordaré de la vez en que iba corriendo para tomar el tren, y el Señor me advirtió que si continuaba con esa tensión física y nerviosa acabaría matándome. Entonces le pedí al Señor que impidiera que sa-

liera el tren, lo dejé en Sus manos, me tranquilicé y me lo tomé con calma. Después de subir al vagón, me pasé 40 minutos esperando, sin saber por qué el tren, normalmente puntual, no salía de la estación. Al final se lo pregunté al Señor, y me respondió: «Me pediste que parara el tren, pero todavía no me has dicho que querías salir».

¡Vísteme despacio, que tengo prisa! Relájate, tranquilízate, no corras tanto. No te precipites... que si es preciso, ¡el Señor hará que todo vaya más despacio por ti! ¡Para qué matarse por correr!

Hay numerosos ejemplos de paciencia en la Biblia: Job, Moisés ¡y fíjate en David! ¡Se pasó 24 años trabajando para el viejo cascarrabias del rey Saúl! ¡El Señor le enseñó mucho observando a Saúl! Éste se ponía todo nervioso y apresurado, trataba de hacer las cosas por sus propias fuerzas... ¡y descubrió que no era suficientemente fuerte! ¡David aprendió que hay que dejar que Dios lo haga todo y esperar a que Él actúe!

¡Algunas personas me recuerdan al rey Saúl! Le preguntan algo al Señor, ¡y si Él no les responde al instante, siguen adelante como buenamente pueden! ¡Mira lo que pasó la vez en que el profeta Samuel tardó en presentarse, y Saúl se lanzó a la batalla sin esperar al Señor! ¡Perdió el reino a raíz de ello! (V. 1 Samuel 13:7-14.)

¡Ve más despacio, pues! ¡Para!... ¡Mira!... ¡Escucha!... ¡Espera al Señor! ¡Sobre todo cuando no sabes qué hacer y todavía no has oído al Señor! ¿De dónde surgió Juan el Bautista? ¿De la gran ciudad de Jerusalén? ¿Fue allí donde cursó sus estudios, donde recibió su unguimiento, su gran poder? ¡Nada de eso! ¡Vino del desierto, del monte, de lugares inhóspitos, donde pudo pasar tiempo apartado de las masas y escuchar al Señor! Y cuando saltó a escena, ¡menudo mensaje transmitió! (V. S. Lucas 3:1-21.)

¡Jesús estuvo 30 años preparándose, y apenas poco más de tres ejerciendo Su ministerio público! ¡Cuánta prisa tenemos! San Juan, para escribir su evangelio, ¡algún tiempo debió de pasar con el Señor! No obstante, su obra maestra, el Apocalipsis, fue escrita por el Señor estando Juan exiliado en una isla. Su mayor realización fue el fruto de dejar que Dios lo dirigiera todo, le mostrara todo y lo hiciera todito. ¡Vayamos más despacio! ¡Paremos!... ¡Miremos!... ¡Escuchemos!... Si no, ¡terminaremos mal!

¡El mundo vive en una prisa constante! Es una conjura del propio Diablo: ¡acelerar el mundo, hacer lo que sea para que todo se mueva más rápido! ¡Dios creó el mundo hace 6.000 años, y casi ni ha variado su velocidad desde entonces! A Dios nunca le entró prisa: ¡la tierra todavía gira a la misma velocidad cada día! Dios no ha acelerado las estaciones ni los años en lo más mínimo. ¡El hombre es el que lo está acelerando todo, abocado a la destrucción! Aminora la marcha. Sosiégate. ¡Pero ante todo para, mira, escucha y espera! ¡En algunos países se ven letreros así en lugares peligrosos, cruces, pasos a nivel, en puntos críticos, cuando se produce una alteración de lo habitual, una interrupción del rumbo que llevamos o la carretera o autopista por donde transitamos! Si no, atravesaríamos la vía férrea como si nada, ¡y nos podría arrollar un tren expreso!

Algunos dirán: «¡No tengo tiempo para parar, mirar y escuchar!» ¡Pero si no lo hacen, es posible que no lleguen a su destino! ¡Más vale tarde que nunca! ¿Qué es más fácil? ¿Tra-

tar de cruzar antes que pase el tren, abrirse paso por en medio del tren, saltar por encima de él, o simplemente parar, observarlo mientras pasa, aguardar unos minutos hasta que se haya alejado y proseguir tranquilamente el viaje? ¡No da ningún resultado tratar de forzar la situación y empeñarse en abrirse paso uno mismo! ¡De nada sirve correr de un lado para otro, impacientarse y ponerse nervioso por tratar de llegar a algún sitio para hacer algo, cuando lo que hay que hacer es esperar las instrucciones del Señor y así averiguar sin asomo de duda dónde quiere que estemos y qué quiere que hagamos!

El Señor quiere enseñarnos a tomar decisiones. No empezemos a hablar entre nosotros. ¡El primer paso es preguntar al Señor! A Dios le gusta que le honren un poco a Él. ¡Orar no es solamente arrodillarse uno y decir todo lo que quiere, sino más que nada, dejar que Dios diga todo lo que quiere, esperando en silencio y confianza a que Él responda!

No sólo hay que ponerse a orar, sino además llenarse del Espíritu. Entonces el Señor nos dirá a cada uno lo que debemos hacer. Uno tiene que ser consciente de que no puede hacerlo por su cuenta, ¡y desear a toda costa la respuesta y solución divinas, detener todo lo demás y escuchar! Guardar silencio ante el Señor demuestra que se tiene fe en que la situación está en manos de Dios, en que Él va a resolver las cosas. Dedicemos tiempo a escuchar a Dios y Él dedicará tiempo a solucionar el problema. Nuestra actividad febril no sirve para nada. Nuestro servicio no vale nada si no prestamos atención al Rey, si no le dedicamos tiempo, si no le demostramos nuestro amor y no vivimos en comunión con Él.

Recuerda que la prisa es falta de fe, y ¡la inspira el Diablo! Si andamos con prisas, apurados, angustiados e impacientes, nos resultará imposible concentrarnos por completo —la atención, la vista, el oído, el corazón y los pensamientos— en el Señor para encontrar la solución al problema, recibir la respuesta a la pregunta o tomar la mejor decisión. En cambio, cuando hayamos aprendido a parar, mirar, escuchar, esperar en comunión con el Señor y recibir Sus respuestas, ¡habremos aprendido a tomar decisiones! Habremos aprendido a orar y a seguir verdaderamente a Dios. «¡Dios da lo mejor de lo mejor a los que dejan que Él elija!»

Si aún no lo has hecho, ¿por qué no paras en este momento, miras, y escuchas a Jesús tocar a la puerta de tu corazón? Ábrele tu vida ahora mismo haciendo esta sencilla oración:

Querido Jesús, ayúdame a vivir con más calma y a dedicar tiempo a escucharte para saber qué decisiones tomar. Te necesito, y te ruego que me ayudes y me perdones. Por favor, entra en mi corazón y dame Tu regalo de Vida Eterna. Lléname de Tu Espíritu Santo para que sea capaz de hablar a otros de Tu magnífico Amor. Lo pido en Tu Nombre, amén.



¡POBRE DE MÍ!

Por el padre David

No podía decírtelo antes de haberla superado. Si hablas de la prueba por la que estás pasando, no hablas sino de dudas, frustración y desaliento. Que no se te ocurra expresarlo como lo hice yo esta mañana al cantar: «¡Rendíos, santos de Dios, no hay motivo para alegrarse!» Eso me pegó un sacudón y me despatilló. A veces, si dices lo que no debes, caes en la cuenta del mal estado en que estás y te asusta tanto que te dan ganas de cambiar. Lo estaba diciendo medio en broma, aunque eso expresaba más o menos lo que sentía, y por un rato hasta me pareció gracioso. «¡Pobre de mí!»

Generalmente lo que intentamos es llamar la atención y que los demás se compadezcan de nosotros, pues somos egoístas. Cuando los hijos de Israel murmuraban en el desierto, pretendían que Moisés y el Señor sintiesen lástima de ellos. Nuestro orgullo está herido, nuestro amor propio se ha desinflado, la confianza en nosotros mismos ha flaqueado un poco y empezamos a preguntarnos si no habrá sido todo un error. A lo mejor es que desde un principio estábamos equivocados. Entonces aparecen don Dudas y su señora, arrimamos unas sillas y los invitamos a conversar, y terminamos dándoles la razón: «Admítelo. A fin de cuentas nunca fuiste muy buen cristiano. ¿De qué vas a servirle tú a Dios? Nunca tuviste mucha entereza, y no estás ni cerca de ser perfecto; seguro que Él ni te necesita. Eres una calamidad; mejor será que abandones.»

Eso nos pasa porque fijamos los ojos en nosotros mismos en vez de en el Señor. Nos miramos a nosotros mismos en vez de al Cielo. Pensamos tanto en nosotros mismos y nuestras faltas, debilidades, errores y pecados que nuestra realidad nos hunde. El Diablo puede decirnos muchas crudas verdades sobre nosotros mismos, y no hablemos ya de las mentiras con que nos bombardea. Si nos ponemos a escucharlo, acabaremos mal. Por naturaleza ya somos bastante malos, y si le prestamos oído, puede hacernos parecer aún peor... hasta peor de lo que somos en realidad, que ya es decir. Luego escuchamos a quienes nos critican, incluso a algunos de nuestros presuntos amigos, y a veces nuestros propios familiares nos desaniman sin

querer con alguna observación mínima hecha a la ligera que el Diablo abulta haciendo una montaña de un granito de arena; todo por algo que dijeron con otra intención o que malinterpretamos. Nos deprimimos, nos sumimos en el abatimiento y nos entran ganas de darnos por vencidos.

Eso me recuerda lo que dijo el rey David: «Algún día seguramente moriré a manos de Saúl» (1º de Samuel 27:1). Sería imposible poner música a semejante murmuración; sonaría horrible: «Algún día me matarán. Terminarán por derrotarme. Al final el Diablo acabará conmigo. Un día mis enemigos me asesinarán. Pensándolo bien, tal vez no valga la pena. Dios me ha defraudado. Soy un fracasado. Más me vale darme por vencido.» Esa es precisamente la intención del Diablo al abrumarnos con esa andanada de dudas y lástima de nosotros mismos.

Pero, ¿cómo se va a componer una canción con semejante letra? Supongo que por eso no se encuentra nada por el estilo en ninguno de los salmos de David. «Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl». Evidentemente David lo dijo, ya que según el libro de Samuel esas fueron sus palabras textuales. Fue uno de esos pequeños exabruptos inspirados por el Diablo que se nos escapan antes de que podamos reaccionar y descubrir lo mal que suenan. Al menos tuvo la sensatez de no ponerle música ni ponerse a cantar en esa tónica. Por el contrario, David adopta en los Salmos una actitud positiva, hace frente a sus enemigos y alaba al Señor a pesar de sus dificultades, sabiendo que al final Dios lo solucionará todo, puesto que siempre lo ha hecho y ha prometido hacerlo.

Esta mañana, cuando estaba desalentado y me sentía vencido, confundido y decepcionado, el Diablo empezó a meter su cuña; comenzó con unas cuantas verdades para luego descargar toda una sarta de mentiras. Alguien percibió que yo estaba un tanto descorazonado y se puso a cantar alegremente: «Animaos, santos de Dios, no os preocupéis. No hay nada que temer, nada que os haga dudar. Nuestro Dios nunca ha fallado. ¿Por qué no confiáis en Él y cantáis victoria? Mañana os alegraréis de haber confiado en Él.»

Sin embargo, cuando estás desanimado, el Diablo te hace enojar con la verdad, pues está a punto de verse derrotado por ella. Entonces te suscita enojo precisamente hacia las personas que te quieren ayudar, pues como intentan alegrarte no te dejan disfrutar tanto de tu desdicha. Tu derrotismo queda tan mal frente a la actitud victoriosa de esas personas que te da vergüenza y tratas de parapetarte tras un arranque de furia; o si no, las criticas, buscando faltas en los demás y en todo, hasta en Dios, para justificar al gran pecador que eres.

Tentado, pues, a enfadarme con la persona que quería animarme, dije: «Ah, ¿sí?», y en son de broma me puse a cantar la canción al revés: «Rendíos, santos de Dios; nada hay de qué alegrarse; todo es temible, todo te hace dudar...» Hasta ahí sonaba un poco cómico, pues evidenciaba mi rebeldía y mi pecado. Pero cuando llegué al siguiente verso y vi a lo que conducía la canción a la inversa, me asusté y preferí no seguir cantándola; porque sabía que Dios no estaba equivocado y que nunca había fallado. ¿Cómo iba a cantar: «Nuestro Dios siempre ha fallado; murmuremos y desconfiemos; mañana te pesará haber confiado en Él?» Si hay algo de lo que estoy seguro, es de que Dios nunca ha fallado, y después siempre me he alegrado de haber confiado en Él. Sabía, pues, que aquello era mentira, y por muy deprimido que me sintiera no podía interpretar la canción al revés, ya que sencillamente no era verdad.

Fíjate en la mentira tan horrenda en que se convierte esa misma cancioncilla cantada al revés. El Diablo siempre actúa así: al principio se muestra muy inocente y veraz; se infiltra con una tontería de nada que no parece grave; pero viendo el horror al que nos lleva, empezamos a reaccionar, a despabilarnos, y nos produce tal conmoción que tomamos conciencia de lo mentiroso que es el Diablo y el estado tan deplorable al que estamos llegando.

Gracias a Dios por los tratamientos de electroshock que nos da a veces, cuando nos damos cuenta de las barbaridades que estamos diciendo y haciendo a causa de alguna duda inicial, algún resquemor o desobediencia insignificante. Entre otras cosas, me detuvo en seco el darme cuenta del pésimo ejemplo que estaba dando a alguien más débil y joven que yo en la fe, y que intentaba infundirme valor y ánimo mientras yo me resistía porfiadamente. Aunque lo dije medio en broma, la verdad era innegable y el peligro de hundir a esa persona junto conmigo terminó por sobresaltarme y hacerme caer en la cuenta de que tenía que obtener la victoria aunque sólo fuese por el bien de ella.

Mi abuelo decía: «Si te vas a ir al infierno, ¡vete solo! Por lo menos no hagas caer a otros contigo.» Pero eso es imposible; en caso de irte al infierno es seguro que te llevarás a otros contigo, ya que todos influimos en los demás. «Ninguno vive para sí, y ninguno muere para sí» (Romanos 14:7). Tu vida afecta inevitablemente a los demás. Nadie puede vivir aislado. Todos influimos en alguien, aun cuando parezca que estamos solos. A veces una simple palabra,

una mirada o una sonrisa, nuestra expresión, tono de voz o actitud tienen mucha importancia. De no ser alegre, victoriosa y alentadora, es seguro que va a abatir y hacer tropezar a otro junto con nosotros. No hay punto intermedio, la neutralidad no existe. Una de dos: o levantamos a los demás a nuestro nivel o los hacemos caer a nuestro estado de abatimiento. En última instancia se es frío o caliente. Y la tibieza es la peor forma de frialdad, porque no se reconoce como tal. (Véase Apocalipsis 3:15.)

Aquel antiguo poema sobre el sendero alto y el bajo es muy engañoso: «Ante toda alma se abre un sendero: para el alma elevada, uno alto; y para el alma mezquina, uno bajo. Mas la vasta multitud oscila entre las nebulosas planicies intermedias.» Para que sepas, la inmensa mayoría no oscila entre uno y otro, sino que va asentándose en el fondo tan gradualmente que ni se da cuenta. Una ligera duda, una pequeña vacilación, queja o desaliento puede arraigar cada vez más hasta dejarnos muy abatidos y llevarnos a ejercer una influencia horrorosa en los demás.

Al principio parece muy inocente, y el Diablo intenta persuadirnos de que no es tan grave. Pero tiene un final amargo. Es imposible estar inmóvil. O vamos escalando y alcanzando la cumbre o inevitablemente nos hundimos y deslizamos hacia abajo. Y cuando se empieza a bajar ya no hay donde parar. No frenamos hasta dar contra el fondo, a menos que nos arrepintamos, pidamos perdón a Dios, nos sacudamos ese yugo de desaliento y nos saquemos de encima la maldita carga de mentiras diabólicas, de dudas, temores y depresiones; a menos que renunciemos a todo y sigamos a Jesús, Su Palabra y Sus promesas. El futuro es tan halagüeño como las promesas de Dios. Es imperativo mantener la vista fija en Jesús, pues no hay otra dirección hacia donde mirar, excepto hacia abajo; o sea al abismo tétrico y horrible de vaciedad.

Nuestra actitud es positiva o negativa, lo uno o lo otro. Es imposible que sea algo intermedio. El Diablo intentará decirte lo contrario: «No hace daño estar algo deprimido, sentir un poco de pena de uno mismo. Al fin y al cabo, mereces disfrutar de cierta aflicción para que los demás se compadezcan un poco de ti. ¿Por qué no? A la amargura le encanta estar acompañada. Amarguemos también un poco la vida a los demás para disfrutarlo todos juntos. Pidámonles que se sienten todos un rato y nos tomen de la mano para poder llorarles en el hombro y lamentarnos.»

Mira, en cuanto nos ponemos a escuchar al Diablo estamos perdidos, porque es el cuento de nunca acabar. No se detendrá hasta habernos sumido en la más honda desesperación, de manera que quedemos totalmente desmoralizados y seamos un oprobio para la causa y una calamidad para cuantos nos rodean. Esa es la forma en que él predica. Ése es el fruto de expresar las dudas y temores del Diablo y de comentar sus mentiras con los demás. Produce justamente el efecto contrario que dar testimonio de la verdad de Dios y de Su Palabra. Abate y mortifica a los demás, los desanima, los hace dudar y les infunde temor. Al final ter-

minan murmurando y quejándose igual que nosotros.

Las palabras inevitablemente tienen efecto. Bendicen o maldicen. Alientan o abaten, salvan o condenan. No hay término medio. Tendremos que dar cuenta de toda palabra ociosa. Por eso es tan importante lo que dijo el Señor de nuestras palabras: «Yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.» (Mateo 12:36-37.)

A sí pues, amigo, cuando estés desanimado, por lo que más quieras, no lo expreses verbalmente. «Confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros» (Santiago 5:16). Ciertamente, pero no debemos diseminar dudas, desaliento y preocupaciones entre gente ingenua. Guárdatelos y cuéntaselo únicamente a Dios si es necesario. Los demás ya tienen bastantes problemas propios como para que les echemos encima además los nuestros. Puede que ya estén abrumados de preocupaciones. La nuestra podría ser la gota que hiciera derramar el vaso.

El Señor dijo lo que debemos hacer: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros» (Gálatas 6:2). No se refería a las de esa índole, a cargas de ansiedad, de falta de confianza y de fe en Dios. Hablaba de ponerse bajo las cargas de los demás y ayudarlos a levantarlas; no de echar las nuestras sobre otro que ya está sobrecargado. Significa ayudar a levantar, no dificultar; aliviar la carga. La de otro, no la nuestra.

En cuanto a lo que debemos hacer, se nos dice: «Que cada uno lleve su propia carga» (Gálatas 6:5). Todo lo puedes en Cristo que te fortalece (Filipenses 4:13). Pídele ayuda a Dios, y si de veras estás sobrecargado, Él te aliviará. Si realmente necesitas ayuda, antes que nada pídesela a Jesús. Acude a Él. «Echa sobre el Señor tu carga y Él te sustentará» (Salmo 55:22). Échala sobre Jesús y tú date la vuelta y duérmete; deja que sea Él quien se pase la noche en vela. No te preocupes, déjale la preocupación al Señor. Sus hombros son lo bastante anchos como para llevar cualquier carga; todas las cargas juntas, incluida la Suya.

Como dijo una niña: «Cúdate, Señor, que si te pasara algo todos estaríamos perdidos». Eso es muy cierto, teniendo en cuenta que todos somos un desastre. Como no fijemos la vista en el Señor y pensemos constantemente en Su Palabra, estamos destinados a la derrota, la duda, la desilusión y el fracaso.

A veces no sabemos a quién creer: unos te dicen: «¡Aguantal!»; y otros, «¡Abandona!» Pues verás que tomando cada frase en su debido contexto las dos están acertadas. Debemos abandonar esas malditas dudas, temores, desalientos y cargas diabólicas que nos impone el Diablo y aguantar aferrados al Señor. Engánchate a Su estrella, y nada te detendrá. En cambio, si te cargas con las

pedras que el Diablo quiere echarte encima, te hundirás irremediadamente. Échalas por la borda, déjalas atrás y sigue adelante con el Señor.

En ocasiones creemos que Él no es capaz. Algunos tienen tanto miedo de que Dios no esté a la altura de las circunstancias que se parecen a aquel tipo que iba cruzando a gatas un río congelado por temor a ahogarse si el hielo se quebraba. De pronto vio venir un doble tiro de caballos trotando confiadamente con un cargamento de hierro macizo sobre el mismo hielo por el que él se arrastraba con tanta vacilación. Te aseguro que Dios es capaz de llevar cualquier carga que le echemos encima, la que sea. Lo resiste todo menos nuestros condenables temores, dudas y falta de fe. Eso no lo aguanta. «Sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que quien se acerca a Dios crea que Él existe y que recompensa a los que lo buscan» (Hebreos 11:6).

Necesitamos algo de fe y confianza en Dios, o de lo contrario estamos perdidos. Sin Él estamos acabados. Separados de Él nada podemos hacer. (Véase Juan 15:5.) Si no nos aferramos al Señor, nos hundimos. Cualquier cosa o persona nos pueden deprimir, de hecho, la cosita más insignificante. La menor provocación, la insinuación más mínima, la más ligera exageración, la más nimia observación, y nos deshacemos. Nos ponemos tan susceptibles que no lo aguantamos. Nuestro fino acabado cristiano no resulta ser más que un barniz superficial que al más leve rasguño revela el horror de lo que hay por dentro. O si no, nuestro equilibrio espiritual es tan delicado que nadie se atreve a tocarnos, pues nos tambalearíamos y caeríamos hacia un lado u otro y nos haríamos añicos.

Hay personas tan terriblemente frágiles que no soportan la menor presión. Se derrumban porque no están aferradas al Señor, no se afirman en la Palabra de Dios ni creen Sus promesas. Se basan en alguna condenada santurronería, en una depravada grandeza que creen tener. Pues te advierto que esa hipocresía mojonada no aguanta los electroshocks del Diablo. Se desmenuza fácilmente. Y entonces queda a la vista el desagradable panorama de la porquería que llevamos por dentro, porque no nos aferramos al Señor ni fijamos los ojos en el Cielo.

«Si quieres ser feliz en la vida compañero, pon la mira en el roscó y no en el agujero». Fijemos la mirada en el Cielo, no en el abismo. Mantén los ojos en la meta y la victoria en el alma; nunca dudes, siempre aclama. Cuando el Diablo te tiente con el desaliento y la depresión, ¡lucha! No le escuches, ni mucho menos te rindas. Ponte a hacer algo positivo. Di algo alegre y alentador, como hizo esa muchacha conmigo esta mañana cuando se puso a cantar en su estilo suave y melodioso, poniendo todo su empeño en recordarme que confiara en el Señor.

No te quedes cruzado de brazos: ¡Canta, aclama, alaba

Las palabras inevitablemente tienen efecto. Bendicen o maldicen. Alientan o abaten, salvan o condenan.

al Señor, cita las Escrituras! ¡Pégale duro al Diablo con la Palabra de Dios! Eso fue lo que hizo Jesús cuando el Demonio lo tentó y mintió; sencillamente citó las Escrituras: «Escrito está». El Diablo es un mentiroso y el padre de la mentira, y no soporta la Palabra de Dios. «Someteos, pues, a Dios; resistid al Diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7). Vuelve la espalda y sale corriendo despavorido. Ponte el yelmo de la salvación, la coraza de la justicia y el escudo de la fe para apagar todos los dardos de fuego del Maligno, cíñete de la verdad, cálzate el Evangelio de la paz, empuña la ardiente espada del Espíritu —que es la Palabra de Dios— y hiere en lo vivo al Diablo. (Véase Efesios 6:10-17.) ¡Zúrrale! ¡Dale duro! ¡Espántalo! Dile que se aparte de tu presencia y huya, que no tienes nada que ver con él ni él contigo.

Ponte manos a la obra. Sal a testificar. Ayuda a alguien. Ocupate tanto con los problemas ajenos que no puedas ni pensar en tu pecadora persona. Ocupate tanto de alegrar a los demás que no puedas menos que alegrarte tú mismo. ¡Alaba al Señor! «¡Orad sin cesar!» (1ª a Tesalonicenses 5:17).

Hablemos de Jesús. ¡Seamos positivos! Hablemos de las necesidades ajenas. Hablemos de lo bueno. «Todo lo que es honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8). No hablemos mal de nadie, ni siquiera de nosotros mismos.

Mantén la fe. ¡Gloria a Dios! Y la mira en Jesús. Dedicuémonos a ayudar a alguien que lo necesite y olvidémosnos de nuestra condenable y pecadora personalidad. Claro que eres un fracasado, un desastre total. ¡Todos lo somos! Si ponemos los ojos en nosotros mismos, nos deprimimos tremendamente.

Pongámonos en marcha con Dios. Él es el único que puede sacarnos adelante. Y lo hará si le damos la oportunidad, nos afianzamos en Su Palabra y dejamos que Él se afiance en nosotros. Cede y déjalo en manos de Dios. Me vino a la memoria un himno que decía: «Firmemente Él me sostendrá». Yo solo no puedo sostenerme. Por mí mismo no puedo; solo Dios puede. Él es mi única esperanza.

«Y a Aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría», encomiéndale tu camino, vida, mente, pensamientos y tiempo (Judas 24, 25). «Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2ª a Timoteo 1:12). ¡Aleluya! Solo Jesús puede. Dale la oportunidad. Despreocúpate y confía en Dios. Fija los ojos en Jesús. Hablemos de Jesús. Hablemos del amor, de Su amor. A medida que derrames, Él te llenará, y nunca se te agotará.

El otro día estaba estudiando la manera de quitar las impurezas que flotaban en la superficie de una olla de agua. Cada vez que intentaba derramarla yo mismo era peor: la

porquería se mezclaba más con el agua. Al final se me ocurrió la feliz idea de colocar la olla bajo el chorro de agua para que al subir el nivel de esta, se desbordase. Y toda la suciedad que flotaba en la superficie se derramó y se fue por el desagüe.

Eso mismo hace Dios por medio de los fuegos purificadores de las pruebas y tribulaciones. Nos pone al fuego y nos hace hervir para que los residuos y la escoria afloren a la superficie y queden a la vista de todos. No es preciso que se lo contemos a los demás; ya nos verán pasar por la prueba. La verdad es que seguramente ya lo sabían. Lo que pasa es que no se manifestó hasta que Dios nos sometió al fuego. Para eso es el fuego: para sacar a relucir lo malos e imperfectos que somos y luego librarnos de esas características, eliminarlas a fuego, tirarlas por el desagüe, quitárnoslas de encima. Deshazte de todo eso, pero por Dios, no se lo echés encima a otro. Podría quemarlo y dejarle una cicatriz que tardaría años en sanar.

Por el amor de Dios, no les cuentes a los demás lo malo que eres. ¡No les interesa! ¡Queremos pensar en Jesús! Hablemos de Él. No pregones tus dudas, temores, falta de fe, delitos y pecados. ¡A nadie le interesan! Todos quieren oír hablar de Jesús, fijar los ojos en Él.

Me vino a la memoria este himno: «Solo Cristo satisface, sólo Él y nadie más. Cada carga en bien se torna cuando sé que Él cerca está.» «Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos» (1ª a los Corintios 10:11).

Jesucristo dijo: «Estas cosas os he hablado, para que Mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (Juan 15:11). Si aún no tienes la alegría que nos da Jesús cuando tenemos vida eterna, haz hoy mismo esta breve oración:

Jesús, te doy gracias por haber muerto por mis pecados. Te ruego que perdones todas mis ofensas y me des el regalo de la vida eterna. Lléname de Tu Espíritu de Amor para que pueda dar a los demás testimonio de Tu amor y Tu alegría. Amén.



¿SE EQUIVOCÓ DIOS?

David Brandt Berg

¿Se equivocó Dios al poner a Adán y Eva en el Paraíso y permitirles que tomaran su propia decisión, que resultó ser desacertada? (V. Génesis 3:6.) ¿No reconoció Dios Su fracaso cuando tuvo que aniquilar a la humanidad por su impiedad mediante el Diluvio Universal? (V. Génesis 6:5-7.) ¿Fue la torre de Babel un desastre total, y la confusión de lenguas una catástrofe? ¿O fue todo ello necesario para cumplir el propósito divino de enseñarle humildad al hombre y dispersarlo sobre la faz de la tierra? (V. Génesis 11:1-9.)

¿Fue un error que Moisés matara al egipcio y tuviera que huir para salvar la vida, con lo que acabó pasando cuarenta años en el desierto aprendiendo a ser un humilde pastor y cuidar de las ovejas? (V. Éxodo 2.) ¿No fue aquello un terrible contratiempo para la causa y la liberación de su pueblo? ¿O fue necesario que Moisés terminara en el exilio a fin de que aprendiera lo que Dios tenía que enseñarle y se transformara en la persona que tenía que ser para liberar a su pueblo? Es decir, en un hombre que ponía toda su confianza en Dios y no en sí mismo.

¿Se equivocó Dios cuando escogió a Saúl como rey de Israel, teniendo en cuenta cómo salió? ¿Fue Saúl un fracaso? ¿O sirvió para cumplir el plan divino y preparar al rey que Dios realmente buscaba, David? (V. 1 Samuel.) Dios obtiene algunas de Sus mayores victorias de aparentes derrotas, ¡y hace que la ira del hombre le alabe!

¿Se equivocó Dios cuando dejó que David cayera en los brazos de Betsabé, cayera en desgracia delante de sus súbditos, cayera del trono por causa de su propio hijo rebelde, Absalón, y se marchara a otro país en medio del oprobio y el escándalo, escoltado por unos pocos amigos? (V. 2 Samuel 15.) ¿Cayó de verdad David? ¿O será que acabó subiendo a raíz de todo eso? Algunas veces, con Dios para subir hay que caer... de hecho, ¡casi siempre! ¡Exactamente lo contrario de lo que pensamos! ¡A Dios le encanta hacer las cosas al revés de lo que uno se espera, porque eso requiere un milagro y demuestra que son obra de Dios y no del hombre! Gracias a aquello, David fue humillado, junto con todo el reino, ¡lo que les recordó que todo lo que eran y tenían se debía al Señor!

¡De esos aprietos y quebrantamientos que sufrió David brotaron la dulzura de los Salmos y la fragancia de sus alabanzas al Señor por la misericordia que tuvo con Él! ¡Todo fue obra de Dios, todo fue por gracia, nada de sí mismo ni de su propia justicia! ¡Es una enseñanza que desde entonces ha animado a muchos otros grandes pecadores como yo y como ustedes!

¿Se frustró la misión de Elías cuando huyó de Jezabel después de su gran victoria en el monte Carmelo? ¿Quedó en nada la gran valentía exhibida en aquella ocasión cuando se escondió cobardemente en el desierto? Después de matar a cientos de falsos profetas, ¡huyó de una simple mujer! ¡Qué cuadro! (V. 1 Reyes 18,19.) ¡Aquel profeta audaz, formidable e impresionante, que había descollado entre todos los demás

por estar lleno del poder y la fortaleza de Dios, el mismo que en la cima del Carmelo había hecho descender fuego de los cielos, huía esta vez —temerosa y deshonrosamente— de la vil y perversa reina Jezabel! ¡El profeta de Dios con miedo de una mujer! ¿O será que Dios pretendía enseñarle algo que haría de él un profeta mejor, más humilde, que al regresar no temería siquiera al rey, y mucho menos a la reina?

¿No fue un desprestigio y un terrible golpe para la causa de Dios que Jeremías, el gran profeta de males y destrucción, fuera puesto en un cepo frente a la puerta del templo, para que sus hermanos le escupieran en la cara? ¿O que sus enemigos lo hundieran hasta las axilas en barro, y tuviera que ir a rescatarlo en secreto su buen amigo Ebed? Finalmente, ¿no fue lo más ignominioso y escandaloso de todo que terminara en la cárcel, tildado de traidor y delincuente, acusado de ser desleal a su patria y a su pueblo? (V. Jeremías 38.)

Sí, ¡pero no para Dios! Todo ello formaba parte del plan de Dios, que se proponía mantener a Jeremías humilde y evitar que se distanciara de Él, de manera que pusiera toda su confianza en Él y no en su familia o sus amigos, ni siquiera en sus hermanos o el rey. Dios lo tuvo allí entre rejas para mantenerlo a buen recaudo hasta que lo liberaron los babilonios. Fue protegido, sustentado y alentado por aquellos de quienes menos cabía esperar un trato benigno, ¡los crueles enemigos paganos de su pueblo! ¿Fue todo una equivocación? ¿No habría habido acaso una mejor opción, un modo más correcto de hacerlo?

¡Qué importa lo correcto! ¡Los que se preocupan por hacer las cosas correctamente son los hombres! ¡Dios más bien suele obrar de maneras inesperadas, incorrectas, poco tradicionales, poco ortodoxas y poco ceremoniosas, al revés de como nos imaginamos! «Porque Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos, dijo el Señor. Como son más altos los cielos que la tierra, ¡así son Mis caminos más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos!» (Isaías 55:8,9). ¿Quién puede conocer la mente del Señor? Y ¿quién puede enseñarle algo a Él? (V. 1 Corintios 2:16.)

¿Quiénes nos creemos que somos para decirle a Dios lo que tiene que hacer y cómo? ¡Dios sabe lo que hace, y Su forma de proceder no es asunto nuestro! ¡No nos corresponde a nosotros decirle a Dios cómo tiene que hacer las cosas! «Mira, Señor, debes hacerlo de esta forma o de esta otra, para que la gente nos acepte y nos comprenda.» ¡No se preocupen por los que no entienden! ¡A los amigos no hace falta darles una explicación, y los enemigos de todos modos no la van a creer! ¿Para qué meterse entonces a explicar? ¡Confíen en que Dios sabe lo que hace! «Fíate del Señor de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas.» (Proverbios 3:5,6)

¡A Dios le encanta hacer las cosas al revés de como nosotros pensamos que debería hacerlas! Pero ¿es eso un error?

¿Está Dios equivocado? ¿Falló? ¿Por qué no se valió Dios de los 32.000 hombres de Gedeón para destruir el ejército de los madianitas? Así habrían podido alabarse a sí mismos y jactarse de ser un pueblo superior. En cambio, mandó a una ridícula cuadrilla de 300 hombres que rompieran vasijas en plena noche, montaran un espectáculo luminoso, hicieran sonar sus trompetas y gritaran como desesperados. Mas ¡eso hizo que les temblara la barba a los soldados enemigos, los cuales acabaron matándose unos a otros! (V. Jueces 7.)

¡Qué manera más ignominiosa de ganar una batalla! ¡Qué forma más vergonzosa de vencer al enemigo! Fue una bufonada, un disparate, no tenía sentido, pero ¡fue todo cosa de Dios! ¡Gedeón y su cuadrilla no pudieron hacer otra cosa que dar gracias a Dios por la victoria, pues lo único que se les podía atribuir a ellos eran tonterías como romper platos, agitar antorchas y soltar alaridos mientras Dios se encargaba del enemigo! ¿A quién, sino al Señor, se le podría reconocer el mérito de la victoria en semejante batalla? ¡Desde luego no a un bobo como Gedeón, que tuvo la intrepidez de creer y obedecer lo que Dios le había dicho! ¡Pero con tal de cumplir su misión, no le importó hacer el ridículo ni que se rieran de él!

Quien trate de analizar racionalmente los planes del Señor, más vale que desista, ¡porque de todas formas las cosas probablemente no saldrán como piensa! «No sea que diga: “¡Mi mano me ha salvado!”» (Jueces 7:2)

Y qué más diré? Porque el tiempo me faltaría contando de Barac, ¡y del loco de Sansón! ¡Ése sí que dio un pésimo ejemplo! ¡Era un melencólico mujeriego, pendenciero, parrandero, bromista y aficionado a las apuestas! Mató a mil filisteos con una quijada de burro, ¡y a veces él mismo hacía burradas! (V. Jueces 14-16.) ¡Esa forma de salvar Dios a Su pueblo, por medio de semejante rebelde revolucionario, fue muy imprudente, insólita y alocada! ¿Cometió Dios un error? ¿O será que con todo ello quería demostrar que Él puede servirse de cualquiera, hasta de personas como ustedes, y para alentarnos nos puso como ejemplo a esos desastres que tuvieron éxito, esa gente calamitosa pero fabulosa, esos audaces marginados Suyos que se atrevieron a confiar en Dios a pesar de sí mismos y a atribuirle toda la gloria a Él, a sabiendas de que sin Él nada podían hacer!

No habría sido mucho más respetable y correcto que el Rey de reyes, Jesús, naciera en un palacio, en presencia de ilustres cortesanos, y que lo agraciasen con los honores y alabanzas de la sociedad? En cambio, ¡vio la luz en el suelo sucio de un establo, entre vacas y asnos, y lo envolvieron en trapos para acostarlo en un comedero, rodeado de un abigarrado grupo de pastorcitos pobres hincados de rodillas en el suelo! Desde entonces, la gente ha venerado tanto el pesebre que olvida el uso que tenía: ¡era simplemente un cajón tosco del que comían las vacas!

¿No habría sido más ventajoso que Su padre fuera un eminente potentado en lugar de un simple carpintero? De haber recibido el espaldarazo del orden establecido, ¿no se les habrían facilitado mucho las cosas a Jesús y a Sus seguidores y se habría agilizado la propagación de Su Obra? ¿Y no fue un tanto bochornoso para Sus humildes padres convertirse en fugitivos de la injusticia y salir huyendo del país como delincuentes comunes por haber traído al mundo al caudillo de un gobierno revolucionario opositor, el Reino de los Cielos? (V. S. Mateo 1,2.)

Por lo mismo, ¿no le habría convenido vivir un poco más

decente y aceptablemente en lugar de nacer en un establo que ni siquiera era de Él, gorronear comida en campos de otros hombres, dormir en casas ajenas —particularmente en la de un par de adorables hermanas solteras— y ser sepultado en la tumba de otro? (V. S. Lucas 10:38-42; S. Juan 19:38-42.) ¿Era necesario que estuviera constantemente enfrentándose a las instituciones religiosas, rompiendo convencionalismos, derribando tradiciones y amenazando el statu quo, de tal manera que tuvo que terminar ejecutado junto a delincuentes comunes, dejando atrás la mala reputación de haberse codeado con publicanos y pecadores, de haber sido un comilón y bebedor de vino, de andar con frecuencia con borrachos y prostitutas, de infringir la ley, de ser un agitador, de alterar el orden público, de ser un fanático endemoniado y un falso profeta descarriado! ¡Así lo calificaron a Él! ¿No habría podido recurrir Dios a tácticas menos controvertidas y procedido de forma más pacífica, respetable y aceptable? ¿No habría podido el Rey de reyes empezar con mejor pie en lugar de hacerse odiar desde el principio? ¿No se equivocó Dios?

¿Por qué ofender deliberadamente a la sociedad, al orden establecido? ¿Para qué escoger a propósito, por discípulos, a unos malolientes pescadores melencólicos y a un odiado recaudador de impuestos? Jesús, ¿no habría sido más ventajoso actuar a la manera de los hombres y elegirlos de entre los eruditos del Sanedrín —el seminario del lugar— con la aprobación de las sinagogas, la venia de los principales sacerdotes y la autorización de Roma por intermedio del gobernador? Jesús, ¿no te habría ido mejor desde el comienzo de haberlo hecho así? Señor, ¿no crees que Tus tácticas habrían podido pulirse un poco? ¿No crees que te creaste muchas dificultades desde el principio, Jesús, y te acarreaste penas y persecuciones totalmente innecesarias e innmerecidas con Tus temerarios métodos y Tu imprudencia?

¿Era preciso que te marginaras de tal manera y que escogieras tal amalgama de inútiles, entre ellos algunas de las peores ramera y algunos de los personajes más radicales de la ciudad? ¡Seguro que habrías podido adoptar mejores procedimientos! ¡Hombre, no tenías por qué hacer tantas cosas de forma tan horrible! Se comprende que cometieras algunos errores, pero ¿no fue una tontería que actuaras sistemática y testarudamente contra la lógica, la razón y las buenas costumbres, Señor? Dicho sea de paso, debieras haber sabido que aporrear una vez a los cambistas del templo era algo que podrían haber pasado por alto como una atolondrada excentricidad de un demente, de un tipo al que le faltaba algún tornillo; pero echarlos a latigazos, destrozarse los muebles y esparcir todo el dinero tres veces... ¡Tú sabes muy bien que eso ya fue pasarse! ¡Era inevitable que alguien se enfureciera y terminara eliminándote! (V. S. Juan 2:13-16; S. Mateo 21:12,13; S. Marcos 11:15.)

Señor, ¡hiciste las cosas de tal modo que nos resulta muy difícil explicar a la sociedad respetable por qué tuviste que ser tan inconformista y polémico, semejante iconoclasta! ¿No crees que habrías podido transigir un poco en algunas de estas cuestiones para no enfrentarte tan de plano a las autoridades eclesiásticas con Tus doctrinas revolucionarias? ¿No habrías podido refinar un poco Tu estilo y Tu mensaje, para que no resultaran tan difíciles de tragar? ¡Como cuando dijiste a Tus discípulos que comieran Tu carne y bebieran Tu sangre! ¡Santo cielo, habrían podido pensar que comenzabas a profesar el canibalismo! (V. S. Juan 6:48-63.)

Señor, ¡seguro que había una mejor forma de proceder! ¡Es indiscutible que habrías podido vivir en mejores condiciones! ¡Cómo se te ocurre acampar en el prado debajo de los

árboles! Eras perfectamente consciente de que con eso sin duda alguna motivarías gestos de extrañeza y levantarías sospechas sobre Tu carácter y moralidad y la de Tus discípulos, ¡que ya de por sí eran un grupo de personas de dudosa conducta! ¡Es evidente que te debiste de equivocar en algunas de estas cosas, Señor! ¡Algunas habrías podido hacerlas mejor!

¡Y para colmo, tuviste que elegir al fanático de San Pablo como uno de Tus principales apóstoles! ¡Tenías que haber sabido que a los judíos no les iba a hacer ninguna gracia que les arrebataras a uno de sus hombres clave y lo convirtieras en cristiano radical! Te habrías debido percatar de que Tus mismos discípulos dudarían de la sinceridad de semejante hombre y de que les iba a costar creer que hubieras hecho semejante barbaridad: ¡escoger a su peor perseguidor y esperar que, después de todo el daño que les había hecho, se convencieran de que a partir de entonces sería su íntimo amigo!

Francamente, Señor, ¡dificultas bastante las cosas! ¡Por lo menos parte de todo esto fue un error! Era lógico que Tus estúpidos e incultos seguidores cometieran algunos disparates de ese tipo; pero ¡Tú, Señor, que eras su jefe! ¿Cómo es posible que Tú incurrieras en una conducta tan deshonrosa? ¿Qué esperabas que la gente pensase? ¡Es normal que te acusaran de ser un borracho, un comilón, un libertino y un extremista revolucionario! La verdad es que no hiciste mucho de Tu parte para que te aceptaran, pues para los que estamos acostumbrados siquiera a un mínimo de honorabilidad, Tus métodos y Tu mensaje resultaron muy difíciles de aceptar. ¿Es que no te importaban nada las opiniones de los hombres? ¿No te interesaba acaso lo que la gente pensara de Ti y de Tus seguidores? ¿No tenían para Ti ninguna importancia los chismes que circulaban en torno a Tu persona y a los hombres y mujeres que te seguían?

Señor, ¿cómo pudiste hacernos esto? ¡Nos complicaste las cosas! ¿Cómo hacemos ahora para que la sociedad te comprenda? ¿Qué esperas que crea la sociedad, si Tus actos fueron prácticamente inexcusables? La gente se basa en lo que ve y oye, y en Tu caso, ¡eso de por sí es terrible!

Señor, por lo que más quieras, ¡déjanos mejorar Tus métodos, pulir un poquito Tu mensaje y eliminar algunos rasgos irreconciliables y polémicos de Tu ministerio! ¡Nosotros no queremos cometer los mismos errores que Tú, Señor! ¡Por favor, ayúdanos a ser mejor vistos por el mundo! ¿No entraría eso en las «mayores obras» que dijiste que haríamos (V. S. Juan 14:12), el hecho de que nosotros, a diferencia de Ti, consigamos ser aceptados por la sociedad, más aún, que podamos granjearnos el reconocimiento y la bendición de la misma y hasta cooperar con ella? ¿No nos permitirías, en este caso, «unirnos en yugo desigual con los incrédulos»? (V. 2 Corintios 6:14.)

¿No podrías, en nuestro caso, igualar ese yugo sólo un poquito para que no tengamos que padecer la dura persecución que Tú y Tus primeros seguidores sufrieron? ¿No te parece que algo deberíamos haber aprendido del pésimo ejemplo que diste Tú, para evitar caer en los mismos errores? ¡Está claro que se podría sacar alguna lección de Tus metidas de pata! De otro modo, Señor, si a lo largo de la historia Tus discípulos imitan Tu modelo de inconformismo, se verán en constantes aprietos. ¡Tú sabes que el mundo no va a tolerar esas cosas y que el cristianismo quedará totalmente eliminado!

Otra cosa, Señor, es que debiste haber manifestado mucho más respeto por el templo y las sinagogas, pues sabes bien que los edificios constituyen la base de toda religión, y sin ellos ¿qué sería de la nuestra? Válgame Dios, ni siquiera podríamos

celebrar cultos. Y si careciéramos de una organización eclesiástica, ¿a qué diríamos que pertenecemos? Nos quedaríamos en la calle, sin otra cosa que hacer que divulgar Tu mensaje. No tendríamos más apoyo y respaldo que el Tuyo, Señor. Pero obrar así no resulta muy eficiente, y de esa manera ¡no duraríamos mucho! ¡Fíjate en lo que les pasó a todos Tus seguidores de todas las épocas que se empeñaron en prescindir de las instituciones religiosas y quisieron predicar en las calles, sin medios económicos tangibles, sin empleo, sin vivienda, sin contar con el reconocimiento del gobierno! ¡Casi todos sin excepción—desde Tus primeros profetas hasta Tus mártires más recientes— fueron ridiculizados, escarnecidos, tratados con incredulidad, encarcelados, multados, azotados y hasta muertos!

Pero ¡era de esperarse, Señor! ¡Tenías que haber sabido que la gente no toleraría eso, que la sociedad no accedería a que personas de esa clase andaran sueltas sin imponerles limitaciones y controles! Podrían socavar todo la organización social y minar la confianza que tiene la gente en su religión, sus templos y su clero. ¡Tú sabes que esas cosas no se pueden consentir, Señor! Todo debe hacerse decentemente y con orden, y es inconcebible dejar que todos esos fanáticos anden sueltos gritando: «¡Jesús te ama!» Lo considerarán una alteración del orden, ¡porque no coincide con el orden que ellos han establecido, el orden tradicional!

¿No te habrás equivocado, Señor? ¿No habrá una mejor manera de trabajar, con gente un poquito más distinguida, métodos algo más aceptables y un mensaje menos ofensivo, algo que no moleste y disguste tanto a la gente y que no la ensañe contra Ti? ¡Por lo general aspiramos a tener un mínimo de reputación y a ser bien vistos y respetados por nuestros vecinos! ¡A la mayoría no nos hace mucha gracia aparecer en los titulares de los periódicos, Señor! Y menos de una forma francamente desagradable. A pocos les atrae la idea de que se los considere fanáticos religiosos. ¿No crees, Señor, que Tú y Tus primeros seguidores sentaron un ejemplo más bien equivocado, que les acarreó a los demás una mala reputación ya de entrada? Soy consciente, Señor, de que tuvieron mucho éxito en la difusión del Evangelio, pero ¡menudo Evangelio!

¿Y qué tiene de malo hacer estudios superiores? ¿No crees que de haber sido Tú y Tus discípulos un poco más letrados, cultos y versados en los asuntos del mundo y en todas aquellas cosas que se espera que conozcan unos dirigentes religiosos, habría sido mucho más fácil que tuvieran buena acogida entre la gente de bien?

¡Y mira que afirmar que su templo sería destruido! ¿No era acaso sacrílego y blasfemo decir que lo que a juicio de ellos era la mismísima casa de Dios estaba condenada a la destrucción? (V. S. Mateo 24:2.) ¿Quién crees que nos seguiría si nosotros dijéramos barbaridades así, Señor? Sólo la chusma, como la que te seguía a Ti, a Jeremías, a San Francisco y a algunos de esos otros rebeldes inconformistas que te siguieron. No nos beneficiaría nada ante la sociedad y el gran público, como tampoco los benefició en nada a ellos. ¡No los condujo sino a la cárcel, a su juicio y ejecución! ¡Estoy seguro de que algo tuvimos que haber aprendido de todo ello, Señor! ¡No tenemos ningún interés en repetir Tus errores! En este mundo nuestro, tan moderno y civilizado, ¡es menester aplicar métodos nuevos, más avanzados y refinados, más a tono con la era científica que vivimos, caracterizada por la cultura y el bienestar económico!

Por último, Señor, ese asunto de que demos marcha atrás, luego de miles de años, y volvamos a una sociedad pri-

mitiva y cooperativa como la que formaron Tus discípulos, en la que la gente comparte todas las cosas, lo tiene todo en común, lleva una vida colectiva y se dedica exclusivamente a rezar, alabar a Dios, estudiar la Biblia y testificar... ¡esas son prácticas retrógradas, que por lo que sabemos no dieron resultado, visto que las grandes confesiones religiosas las abandonaron! ¡Tú entiendes que para la mayoría de las personas esas costumbres no resultan atractivas! ¿Cuánta gente se anima a compartir con otros individuos no tan afortunados el dinero conseguido a base de tantos esfuerzos? ¡Que se lo procuren por sus propios medios! ¡No se puede negar que es necesario contar con unas cuantas posesiones privadas y algún sitio en que recostar la cabeza! (V. Hechos 2:44-47; 4:31-35.)

¡No podemos ser unos vagabundos como Tú y Tus discípulos, Señor! O incluso como Tu gran apóstol Pablo —¡habráse visto!— que «no tenía morada fija» (1 Corintios 4:11). ¡Algo así sería inconcebible en estos tiempos que corren! ¡Hoy en día ya no se hace! ¡Tú sabes que este estilo de vida no puede menos que atraer críticas y antipatía de parte de la sociedad moderna, que sostiene que la vida del hombre consiste en la abundancia de los bienes que posee, ¡no en simples valores espirituales nebulosos e inconcretos!

Señor, ¿hace falta que el mundo nos censure de manera tan tajante para poder mantenernos separados de él y firmes en nuestras convicciones, y no ser absorbidos otra vez por él? ¿Es que tiene que rechazarnos por completo a fin de que acudamos afanosamente a Ti? ¿Es necesario cortarnos la retirada de esta manera tan total, con lo cual nos resultará imposible regresar? Señor, ¿no es eso pedimos demasiado, convertimos en la hez de la humanidad, como lo fue Pablo y como declaró él que eran los apóstoles? ¡La escoria de la humanidad, al estilo de Tus primeros seguidores, Señor! ¡Unos inadaptados, gente rara, fanática y chalada, Señor! (V. 1 Corintios 4:13.) Si llegamos a ese extremo, ¡ya no podremos volver atrás! La sociedad no nos aceptará si decidimos regresar. Tal postura podría originar una división y dar lugar a que ciertos elementos desleales nos traicionen, ¡como hizo Judas contigo! ¡Podría hacer tropezar a cantidad de hermanos débiles, y nos quedaríamos con muy pocos! ¡No lograríamos persuadir a casi nadie a imitar tales extremos de lealtad, dedicación y doctrina! ¡Sucedería algo parecido a lo que te pasó a Ti después del sermón aquel sobre la carne y la sangre! (V. S. Juan 6:48-66.)

Es cierto que Gedeón, por ser tan extremista, despachó a la mayor parte de su ejército, ¡pero eso fue hace muchos siglos! ¡Las cosas han cambiado! ¡Señor, hoy en día no debes poner pruebas tan difíciles que te hagan perder la mayor parte de Tu ejército! ¿Qué sería de la iglesia oficial si procediera así en estos tiempos? ¡No quedarían muchos fieles! ¡Tus propios discípulos te abandonaron a raíz de algunas de Tus duras Palabras! (V. S. Juan 6:66.) ¡Es pasarse de la raya, Señor! ¡Así nunca lograrás reunir un ejército muy grande! ¡Recurriendo a extremismos como esos jamás llegaremos a tener muy buena acogida entre la gente! ¡Nunca disfrutaremos de la aceptación del público si predicamos y practicamos todo lo que dice la Biblia! ¡Vamos, Señor, no nos vas a pedir eso! ¡Sería excesivo! ¡Te habrás equivocado! ¡No nos exijas eso a nosotros, te lo suplicamos! ¿Tenemos que ser tan diferentes? ¿No estarás cometiendo un error, Señor? ¿No habrá otra vía, algún otro camino?

* * *

¿**Q**ué dice la Biblia acerca de todo esto?: «Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida; nadie viene al Padre sino por Mí... Estrecha es la puerta, y angosto el camino que

lleva a la vida, y pocos son los que la hallan... Muchos son los llamados, ¡y pocos los escogidos!... No sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo neccio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte... Al oír esto, muchos de Sus discípulos dijeron: “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”... ¡Desde entonces muchos de Sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con Él! Dijo entonces Jesús a los doce: “¿Queréis acaso iros también vosotros?”» En otra ocasión, la Escritura refiere que «los discípulos dejándole, huyeron».

«Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando Su vituperio... Se despojó a sí mismo [de toda honra], tomando forma de siervo... Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; por cárcel y por juicio fue quitado... y se dispuso con los impíos Su sepultura, mas con los ricos fue en Su muerte... y seréis aborrecidos por todas las naciones por causa de Mi Nombre... y entonces vendrá el fin... Porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán... El que a vosotros recibe, a Mí me recibe; y el que me recibe a Mí, recibe al que me envió... El discípulo no es mayor que su maestro, ni el siervo mayor que su Señor.» (S. Juan 14:6; S. Mateo 7:14; 22:14; 1 Corintios 1:26,27; S. Juan 6:60,66,67; S. Mateo 26:56; Hebreos 13:13; Filipenses 2:7; Isaías 53:3,8,9; S. Mateo 24:9,14; S. Juan 15:19,20; S. Mateo 10:40,24)

Dios no se equivoca, y hasta «lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres». No hay otro camino que el de Dios. «A Él oíd... Y les dijo: “Venid en pos de Mí y os haré pescadores de hombres”. Ellos entonces, dejando al instante todo, le siguieron... hasta la muerte, y muerte de cruz... El que se avergonzare de Mí y de Mis Palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él cuando venga en la gloria de Su Padre con los santos ángeles.» ¡Cuidado «cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!»! (1 Corintios 1:25; S. Mateo 17:5; S. Mateo 4:19,20; Filipenses 2:8; S. Marcos 8:38; S. Lucas 6:26)

¿Estás dispuesto a pasar por la puerta estrecha que lleva a la vida, así quedes en ridículo y desprestigiado a los ojos del mundo? Si acaso no lo has hecho todavía, pero quisieras aceptar hoy mismo el Amor y Salvación que Jesús te ofrece, ánimate a rezar esta sencilla oración:

Querido Jesús, Sé que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te pido que perdones todos mis pecados. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar. Por favor, dame Tu regalo, la Vida Eterna. Entra en mí, Jesús. Ayúdame a leer Tu Palabra, la Biblia, y a vivir por Ti. Te ruego que me llenes de Tu Espíritu Santo y me ayudes a hablar de Ti a los demás, para que también ellos te encuentren. Lo pido en Tu Nombre. Amén.



¡SÍ HAY VERDADES ABSOLUTAS!

Contrariamente a lo que enseña la educación moderna...

Por el padre David

Meditando sobre el estado actual de la juventud del mundo y cómo ha perdido el respeto a Dios y a la humanidad, he llegado a la conclusión de que la educación moderna es en gran medida responsable de la pérdida de valores morales. A los jóvenes de hoy en día se les enseña que no hay verdades absolutas. Por ejemplo, en los años cincuenta y sesenta se les enseñó a mis hijos lo que se denominaba *matemáticas modernas*, que se basaba en la teoría de conjuntos y sistemas numéricos distintos al decimal. Y dado que carecía de valores absolutos, todo era muy confuso y eran pocos los profesores —no digamos ya los padres y los alumnos— que la entendían. La idea central de la matemática moderna es no hay valores absolutos. Estoy convencido de que su finalidad ulterior es socavar la fe en Dios, el cual representa la concepción de lo absoluto por excelencia. La verdadera matemática demuestra que hay orden en el universo. Es una ciencia que prueba que en todo hay orden y concierto. La matemática era algo infalible a lo que uno podía ceñirse. Hasta que de pronto comenzaron a enseñar a los chicos que ni siquiera esa ciencia era infalible. Ese es el principio fundamental de la educación moderna, la cual se opone al concepto de Dios: ¡no hay valores absolutos, todo es relativo!

Así como han minado la fe en la Biblia, en Dios y en la Creación, también tenían que minar la fe en las matemáticas. Las ciencias exactas representan la perfección. Tuvieron que socavar la fe en lo perfección: porque si existe algo perfecto, se deduce que tiene que existir Dios. Por tanto, tenían que tratar de demostrar que las ciencias exactas no eran tan exactas. Dicen que, al contrario de lo que se pensaba, no hay valores absolutos en las matemáticas. Por ende, las operaciones no arrojan necesariamente resultados correctos o incorrectos. Es que, si no hay valores absolutos no hay respuestas, y en consecuencia, no tiene por qué existir una diferencia entre lo correcto y lo erróneo, el bien y el mal.

Es el mismo razonamiento que intenta emplearse para acabar con la fe en Dios. Si se destruye la fe en Dios —es decir, en Su existencia—, al no haber nadie que fije las pautas, cómo van a existir entonces el bien y el mal. Si no existe Dios, no habrá quién fije unas normas, y al no haber normas ni leyes, ¡no existirán el bien ni el mal! Dicho de otro modo: de lograrse que en las matemáticas no haya valores absolutos, se habrá desechado todo un campo en el que imperan ciertas leyes y cierto orden. O sea, que si no existen leyes matemáticas, estamos ante una esfera de conocimiento más en la que nada es correcto ni errado.

Es de notar cómo han vapuleado las principales disciplinas que demuestran la existencia de un Dios perfecto: ¡lo primero que atacaron fue la propia religión! Comenzaron por vilipendiar la religión eclesíástica. Como es lógico, no resultó muy difícil demostrar que en gran parte estaba errada. Pero la sutileza de la crítica a la religión reside en la afirmación de que no necesariamente es dable la existencia de una religión acertada, y por lo tanto tampoco existe por necesidad una creencia errónea. En definitiva, las diversas religiones no son más que eso:

religiones que sin duda alguna fueron creadas por el hombre. En vista de eso, ¿cómo se puede determinar cuál es verdadera y cuál falsa?

En resumidas cuentas: se trata de afirmar que en materia de religión nada es absoluto. Evidentemente, a lo que se apuntaba era a acabar con la fe en Dios. Si Él no existe, la conclusión inevitable es que ninguna religión es verdadera ni falsa, y en consecuencia ninguna puede dictar leyes por las que deba uno regirse.

Yo diría que el siguiente blanco fue probablemente la filosofía, que en cierto sentido constituye la religión del amor fraternal, es decir, la fraternidad del hombre. Habiéndose deshecho de Dios y de la religión, el siguiente blanco de los ataques era por lógica la filosofía, ya que esta abraza también el principio del amor. Por eso tuvieron que desacreditarla. Trataron de demostrar que no existía una filosofía perfecta, que ningún pensamiento era acertado ni erróneo.

Todo se resume en la premisa atea de que si no hay Alguien que fije unas normas, no habrá tales normas. Si se logra demostrar que no hay leyes, se puede desmentir la existencia de un Legislador, y se demostrará así que Dios nos existe. De llegar a probar que cada una de esas disciplinas es imperfecta, se estaría en condiciones de afirmar que lo perfecto no existe, y por consiguiente tampoco existiría Dios.

La historia es otra ciencia que demuestra claramente la existencia del Creador y Sus leyes de justa retribución, es decir, el auge y caída de los imperios según se conduzcan estos con rectitud o impiedad. Esa es una de las pruebas más irrefutables de la existencia de Dios y de que hay unas leyes determinadas por Él, así como del cumplimiento de las profecías. ¿Qué se vieron obligados a hacer, pues, con la historia?

Tuvieron que desmentirla. Se ha puesto muy de moda decir que algunos personajes históricos eran unos réprobos, echándose con ello por tierra a los próceres. Es un pasatiempo preferido de los historiadores inicuos afirmar que las cosas no fueron necesariamente como lo que se nos dijo toda la vida sobre los distintos personajes, que no fue así ni mucho menos.

Lo mismo hicieron con la música, a tal punto que esta ha dejado de ser arte para convertirse en puro ruido. No tiene por qué ser armoniosa, no tiene por qué ser agradable. Por lo tanto, no existe música buena ni mala, ya que ya no hay reglas.

Fijémonos en el arte: el arte moderno es confusión total. ¡No hay reglas ni belleza ni nada! Es pura confusión. Ni siquiera hace falta que tenga sentido u orden. Es que, si se elimina todo sentido, si no hay orden, no hay propósito ni plan, y por consiguiente tampoco habrá Quién trace ese plan.

Antes, tanto el arte como la música se regían por cánones muy estrictos a los que había que atenerse para que hubiese verdadera belleza. Sin embargo, en uno y en otra se han abandonado las reglas, se han desechado esos cánones, y la consecuencia es una confusión total y grotesca: ruido, caos, anarquía, crudeza y fealdad. La música ya no es música, sino meros

ruidos sin coherencia. La pintura ya no es pintura, sino un caos de manchas de colores y figuras de aspecto desagradable carentes de todo sentido.

Para atacar el concepto de la Creación se valieron de lo mismo. Tenían que demostrar que en la naturaleza no hay orden ni concierto alguno, que no se rige por ninguna ley ni se atiene a plan alguno, que no cumple una finalidad, de donde se deduce que no existe un Ente superior que disponga un plan y un orden de cosas. De ahí que la Creación se interpretara como un proceso evolutivo caótico y desprovisto de sentido: «Todo se produjo por casualidad». Todo lo que tuviera orden o reglas, siguiera un plan o cumpliera algún propósito predeterminado era prueba de la existencia de una Autoridad Superior que fija las reglas, impone orden y lo planifica todo con un propósito. Por tanto, los partidarios del Diablo tenían que socavar la fe en lo Absoluto, y consecuentemente, en Dios.

Su lema es: *No tiene por qué ser como afirman. Lo que afirma la Biblia no es necesariamente como dice; la historia no tiene por qué ser como la conocemos; la religión no tiene por qué ser la verdad; la filosofía no es por fuerza cierta.* Lo han desacreditado todo: *la creación no tiene por qué ser cierta, la música y el arte no obedecen forzosamente a unas reglas, ¡porque no hay tales!* Dicho de otra manera: *no hay nada seguro porque la verdad no existe.*

Pilato preguntó a Jesús: «¿Qué es la verdad?» Cristo ya había dicho: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Juan 14:6). Si nada es tal como se afirma, entonces —según querían hacernos creer algunos— nada es cierto, y por lo tanto la verdad no existe, es decir, Cristo no existe. ¡Nada es seguro! ¿Comprendes? Para negar la existencia de Dios tuvieron que negar el concepto de verdad y poner en tela de juicio la armonía, el orden y los designios, leyes y normas divinas.

Para desechar a Aquel que dispone las reglas tuvieron que echar por tierra las reglas mismas, y a raíz de ello predominó una anarquía total. Para abandonar a Aquel que da las órdenes tuvieron que hacer caso omiso del orden, y la consecuencia es un caos total. Para deshacerse de Dios tuvieron que desembarazarse de las verdades absolutas —de lo cierto y lo falso— y del sentido y razón de ser de todo. Y el fruto de ello es la demencia, la locura generalizada. Aunque, por supuesto, los perpetradores de ese atentado contra la humanidad no coincidirían conmigo en ello.

Es que la corriente más moderna de la psicología afirma que en realidad nadie es cuerdo ni loco; ¡simplemente es distinto! Porque para diagnosticar que alguien es demente es necesario que haya quienes no lo sean, ¿y quién puede erigirse en juez para dictaminar quién sufre de locura y quién no? Como se deshicieron del Juez, ya no hay patrones de cordura ni de locura, de lo cual deducen que el loco solo es *diferente*. Dado que en realidad nadie está cuerdo, tampoco se puede afirmar que nadie sea demente.

Ser borracho yo no es ser borracho. Ahora no se trata más que de una enfermedad o problema que se llama alcoholismo. Las perversiones sexuales ya no se consideran pecado, sino simples opciones o modos de vida. Se afirma que a algunos les gusta ser diferentes, y que eso no quiere decir necesariamente que hagan mal.

No es de extrañar que los sectores políticos que se oponen a Dios y a Cristo terminen por adoptar la postura ideológica más extrema, que es la anarquía total, de modo que no existan reglas de juego para la política y el gobierno. Porque para haber gobierno tiene que haber leyes y normas; y para que las haya, quienes las formulen deben considerar que ciertas cosas están bien y otras están mal; lo cual, de ser cierto, obedecería a la existencia de un Legislador Supremo, ¡que no puede ser otro que Dios!

Por consiguiente, en última instancia los ateos tienen que acabar por convertirse en anarquistas acérrimos que no obedecen ninguna norma ni ley ni reconocen orden alguno,

plan, propósito ni nada. El resultado es una situación caótica. Con ello se cumple el objetivo final que persigue el Diablo: generar el desorden y la confusión sin límites y acarrear la destrucción total de la Creación de Dios. Si se desechan todas las reglas y se abandona al Legislador, la consecuencia no puede ser otra que un desmantelamiento caótico y total de las cosas.

En conclusión, hoy por hoy una enseñanza revolucionaria sería la que nos hiciera volver a Dios. ¡Eso sí que sería radical! En el aspecto religioso debemos volver a la fe; en materia de ciencia, al creacionismo; en filosofía, al amor auténtico; en cuanto a la historia, a un plan; en el lenguaje, a la verdad; en el arte, a la belleza, en la música, a la armonía; en las matemáticas, a las reglas; en materia de ética, al concepto del bien y del mal; en lo que hace a gobierno, al orden. Para que la vida vuelva a cobrar sentido, es preciso que en todo volvamos a Dios, el Creador de cuanto existe, Aquel que lo ideó y planificó.

Dios es el único que puede dar verdadero sentido a la vida. En lo que a educación se refiere, debemos volver a Dios, en todas las materias y campos. Yo fui docente por muchos años y hacía ver la intervención de Dios en todo. Demostraba que en todo había perfección y que se veía la mano del Perfecto en toda la Creación, así como que para todo había un propósito.

Volvamos a la cordura y la razón, a un designio para la vida trazado por un Diseñador divino que lo forja conforme a ciertas reglas. Por medio del gobierno, dispone orden en lugar de anarquía y desorden. Da sentido al universo, propósito a los planetas, paz interior y amor al corazón, salud física, reposo espiritual, felicidad y alegría al alma, y el entendimiento que nos permite saber que «el temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Proverbios 9:10). El conocimiento en sí no basta. Lo importante es saber emplear ese conocimiento para la gloria de Dios.

Para que haya sentido, razón, propósito y plan —la perfección del Reino de Dios—, debemos verlo a Él reflejado en todo. Los ateos nos llevarían al desorden y a la destrucción total. Pero los creyentes debemos tratar de establecer la paz, el orden y el modelo de vida que nos brindó el Gran Diseñador con Sus normas y leyes, con su concepto del bien y el mal y con valores absolutos, sin los cuales no puede haber paz, orden ni felicidad.

Gracias a Dios por las verdades absolutas y por las reglas que Él ha establecido para que sepamos distinguir entre el bien y el mal, y en consecuencia hallemos la felicidad por medio de Su amor, Sus reglas racionales y las leyes que nos legó por amor. ¡Que Dios te ayude a conocerlo a Él, dado que conocerlo es vida eterna! ¡Y absoluta! (Véase S. Juan 17:3)

¿Te gustaría que se te perdonaran todos tus pecados y estar absolutamente seguro de que tienes vida eterna? En ese caso, no tienes más que abrir el corazón a Jesús y rezar ahora mismo la siguiente oración:

Jesús, te ruego que perdones mis pecados y entres en mi corazón. Dame tu regalo, la vida eterna, para que encuentre paz interior, solaz para mi alma y un propósito en la vida. Amén.

Él dijo: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (S. Juan 17:3).



TODO CAMBIA, PERO JESÚS NUNCA

David Brandt Berg

Ayer, hoy y por la eternidad, ¡Jesús es el mismo! Todo cambia, pero Él permanece invariable. ¡Gloria a Su nombre! (V. Hebreos 13:8.)

Las transformaciones que experimenta la sociedad —ya sean de índole económica, política o religiosa—, al igual que los cambios geológicos, provienen siempre de abajo, no de arriba, porque los encumbrados se resisten a cambiar, quieren permanecer siempre en lo alto. Sin embargo, por más que intenten sellar la olla para conservar el *statu quo*, no podrán, y ésta estallará y se destruirá a causa del fuego.

Tiene que haber circulación constante para no desembocar en un estancamiento y corrupción totales. Lo que está arriba es lo primero en fermentarse, agriarse y podrirse; y lo de abajo, lo que está en el fondo, se sedimenta, y si se deja acumular se solidifica y detiene el proceso circulatorio. Entonces lo que está en la superficie se convierte en residuo y espuma. Al igual que en la elaboración de una buena cerveza, hay que revolver sin cesar a fin de impedir que se asienten impurezas y se acumulen sedimentos. Para que haya una distribución equitativa de todos los ingredientes e impedir el estancamiento, debe haber movimiento y circulación constantes causados por el fuego o por la espada.

Este es un principio fundamental de la vida en sociedad, de las relaciones entre los seres humanos, tan cierto como las leyes de la física. ¡Así lo ha dispuesto Dios! Es tan inmutable como la ley de la gravedad: lo que sube ha de bajar. Y tan válido como la ley de circulación de líquidos y gases: lo que está abajo tiene necesariamente que subir. Los lugares altos serán allanados y los bajos exaltados; los fuertes serán humillados y los débiles engrandecidos. Los que a espada viven, a espada perecerán; mas los mansos heredarán la Tierra. (V. S. Mateo 26:52 y 5:5).

Así como la noche sigue al día, también la luz sigue a la oscuridad. Tan innegable como que el sol sale es que ha de ponerse. Tan seguro como que la lluvia cae, volverá a ascender. Tan cierto como que «polvo eres, y al polvo volverás» (v. Eclesiastés 12:7). Debe haber un continuo nacer, vivir, morir y resucitar. El ciclo —el círculo perfecto de la eternidad— tiene que consumarse para culminar la creación de

Dios, de la que Él es artífice, principio y fin, Alfa y Omega (v. Apocalipsis 1:8).

Así pues, «Aquel que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el fin» (Filipenses 1:6). Debe haber lo uno y lo otro: «en el principio» y «en los postreros días», como lo expresa la Biblia. «No te impacientes a causa de los malignos» (Salmo 37:1), porque sus grandes mansiones serán desoladas y sus palacios terminarán devastados, la grandeza que alcanzó Grecia caerá en ruinas y la gloria de Roma se desvanecerá en el olvido, para que el Eterno se manifieste junto con la belleza de Su creación, la gloria de Su poder y la eternidad de Su amor, a fin de que Él sea todo y en todo, y Dios sea glorificado.

De no fundirse y licuarse a causa del intenso calor de los castigos divinos —la persecución, las privaciones y el sufrimiento— y de no verse agitadas sobre el fuego por la espada con que Dios nos disciplina, la sociedad, la economía y la política —al igual que la iglesia— tienden a solidificarse.

Dios se mueve. Es un Dios de acción. Jamás permanece inmóvil. Está constantemente activo, obrando, hablando y efectuando cambios en todos los ámbitos de la creación. A excepción de Su esencia misma —«Yo el Señor, no cambio» (Malaquías 3:6)—, Su Palabra —«Para siempre, oh Señor, permanece Tu Palabra en los Cielos» (Salmo

119:89)— y el futuro, es decir, las promesas que ha hecho a Sus hijos —«Queda un reposo para los hijos de Dios» (Hebreos 4:9)—, Dios nunca permanece estático.

En cuanto a todo lo demás, «los montes serán allanados, lo que Él ha exaltado será humillado y los lugares bajos serán exaltados (v. Isaías 40:4). El que es de corazón humilde y contrito, en su momento será grandemente exaltado, hasta que el tiempo deje de ser y haya venido el Reino de nuestro Señor, cuando el que gobierna con rectitud juzgará la Tierra y establecerá la paz eterna, y Su Reino nunca caerá, ni será dejado a otros.» ¡Perdurará para siempre! Entonces regiremos y reinarémos en la Tierra con Él, y gobernará a las naciones con vara de hierro. La sociedad del Reino de Dios será inflexible, in-

Dios se mueve. Es un Dios de acción. Jamás permanece inmóvil. Está constantemente activo, obrando, hablando y efectuando cambios en todos los ámbitos de la creación.

mutable y eterna. «Pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2Corintios 4:18).

«Todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre ello no se añadirá ni se quitará; y lo hace Dios para que delante de Él teman los hombres» (Eclesiastés 3:14). Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes (v. S. Lucas 1:52).

¿Te estás anquilosando como los que procuran preservar el *statu quo* y convertir el mundo en un témpano de hielo? ¿O te mueves con los fuegos incandescentes del Espíritu de Dios? ¿Eres ardiente, te fundes, te mueves y te dejas moldear? ¿Fluyes, derramas y compartes en esta era de Acuario, la del agua de vida, la de los que dan agua y reparten vida?

¿Intentas congelarte, preservarte y solidificarte en la inmovilidad del hielo, que representa la muerte? ¿O eres cálido, amas a tu prójimo, compartes con él y conquistas su corazón? ¿Siembras y concibes a raíz de la simiente que da vida, que conduce a un renacimiento y da origen a nuevas criaturas y un nuevo mundo, en el que «las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas»? (2Corintios 5:17.)

Más vale que te muevas ahora, con la vida divina, o te quedarás atrás en la muerte de este mundo. Carlos Marx tenía razón; este mundo tiene que cambiar en la dialéctica de su materialismo, en el cual nada es permanente. Pero Marx, en su miopía, no previó la eternidad, la inmutabilidad, del ámbito espiritual. Éste nunca cambiará. «Lo que es carne, carne es; y lo que es espíritu, espíritu es» (Juan 3:6), y «la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios» (1Corintios 15:50), dado que «Dios es Espíritu», eterno, inalterable en los cielos, y «los que lo adoran, es necesario que lo hagan en espíritu y en verdad, porque el Padre tales adoradores busca que le adoren», no en este lugar, ni en aquel monte, sino en el Espíritu eterno de Dios (v. Juan 4:21-24).

Todo cambia, pero Jesús permanece invariable. ¡Gloria a Su nombre!

«No me abandones; la noche está al llegar.

Cada vez más reina la oscuridad.

Veo ante mí cambio y degradación.

¡Tú que nunca cambias, no me dejes, Señor!»

LOS PLANÍCOLAS

Por el padre David

En esta charla vamos a entrar de lleno a la dimensión misteriosa de las realidades eternas, el mundo viviente de lo perpetuo en lugar del mundo agonizante del presente, el dominio imperecedero de la eternidad por oposición al espacio pasajero del tiempo, esa dimensión fascinante y en gran medida imperceptible para nuestra visión mortal, tan terrena y temporal.

La Biblia nos exhorta así: «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la Tierra, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (Colosenses 3:2). «Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija del Faraón —pudo haber llegado a ser rey de Egipto—, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; ¡porque se sostuvo como viendo al Invisible!» (Hebreos 11:24-27).

Desde los albores de la Historia, todos los que son hijos de Dios por la fe han buscado un mundo invisible, «una ciudad que tiene fundamentos», cimientos eternos, «cuyo arquitecto y constructor es Dios. Sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos [...]. Confesando que son extranjeros y peregrinos en la Tierra que buscan una patria mejor, esto es, ¡celestial! Por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad»; ¡nada menos que la Ciudad Celestial que descenderá

de lo alto, de Dios, y estará entre los hombres! (V. Hebreos 11:10,13-16, Apocalipsis 21:2,3.)

Esta es la esperanza de todos los tiempos: ese mundo eterno, que ahora mismo es invisible, donde moraremos con Dios para siempre, la Ciudad Celestial descrita en Apocalipsis 21 y 22 y mencionada en muchos otros pasajes en la Biblia. En eso tenemos todas cifradas nuestras esperanzas; no se trata de castillos en el aire, sino de un paraíso terrenal, un Cielo nuevo y una Tierra nueva con esa Ciudad Eterna.

Sin embargo, en este momento ese invisible Reino Celestial ya existe y actúa. No sólo nos rodea, sino que está dentro de nosotros. Jesús dijo: «El Reino de Dios está dentro de vosotros. [...] Si Mi Reino fuera de este mundo, Mis servidores pelearían, pero Mi Reino no es de este mundo» (V. Lucas 17:21; Juan 18:36.) Es decir, no a la manera de este mundo, con sus reinos terrenales formados por hombres de carne y hueso, reinos de gente malvada, de espíritu malvado, sino un Reino del Espíritu de Dios, invisible por ahora, que ya mora en nuestro interior, y que «vemos como por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conocemos en parte; pero entonces conoceremos como somos conocidos» (1Corintios 13:12). El fascinante mundo espiritual, el Reino de Dios, donde todo es mucho más claro, más verdadero y eterno. ¡Porque la apariencia de este mundo pasa, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre! (V. Lucas 17:21; Juan 18:36, 1 Corintios 7:31.)

Es poco menos que imposible describir esa dimensión espiritual del presente —sin hablar ya de la del futuro—, pues todo lo que conocemos sobre ella es lo que dice la Biblia, lo que sabemos por testimonio de otras personas y lo que hemos experimentado nosotros mismos, todo lo cual es bastante limitado. Aunque es cierto que les he contado algunas cosas al respecto, y es posible que el Señor me permita decirles más y ayudarlos a entender.

Para simplificarlo, podríamos presentarlo desde una perspectiva algo infantil y con cierto enfoque científico. Con nuestra limitadísima capacidad, intentemos comprender en alguna medida esa realidad casi inabarcable; no la del futuro, sino la que ocupamos ahora; no la física, sino la espiritual, la quinta dimensión. Como todos sabemos, según la ciencia hay cuatro dimensiones inherentes a la existencia de la materia: para que sea posible su existencia, todos los objetos físicos deben contar con longitud, anchura y altura. Estas tres dimensiones determinan el espacio. Hay una más llamada tiempo. Las teorías de Einstein demostraron que tiempo y espacio están estrechamente ligados. Según su teoría de la relatividad, nada puede ocupar un espacio físico sin que exista tiempo. Para que algo exista es esencial el tiempo.

Tengo en las manos una tarjetita postal muy llamativa que presenta una bella escena subacuática de la hermosa y colorida creación de Dios. Lo curioso de esta tarjetita es que si la miro de costado no veo sino dos dimensiones: la longitud y la anchura. Me ubico así en el territorio del planícola, que sólo comprende su reducido mundo bidireccional carente de profundidad. ¡No ve nada más! Al observar esta tarjeta de costado, yo tampoco veo nada más. Si fuera un planícola insistiría en que no hay ninguna dimensión aparte las dos mías, sólo porque no las percibiría visualmente.

Sin embargo, desplacémonos en una dirección nueva y desconocida para el planícola: la altura. Ascendamos al nuevo mundo de la tercera dimensión. Ahora contemplamos la postal desde arriba y descubrimos un mundo sorprendente. Esta tarjetita que para los planícolas es bidimensional resulta ser tridimensional. Es muy singular, pues de costado parece tener sólo dos dimensiones —largo y ancho—, pero vista desde arriba de repente adquiere una dimensión totalmente nueva, llamada profundidad. De hecho, me da la impresión de que puedo penetrar en la imagen con la vista. Ciertos objetos aparecen delante de otros. Hay un junco que crece delante de un precioso coral rojo; entre ellos nadan los peces, y el lecho sembrado de piedrecillas se desvanece en la distancia, ¡más allá de donde alcanzo a ver con mi nueva perspectiva tridimensional!

Hemos penetrado en un nuevo mundo, fuera del alcance del pobre planícola —en el supuesto de que existiera—, que sólo puede ver en dos direcciones. Miramos en una nueva dirección que aporta altura y profundidad, y nos presenta todo un mundo por explorar. «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios, e inescrutables Sus caminos!» (Romanos 11:33.)

Ahora somos como un dios a los ojos del planícola, un ser que escapa por completo a su comprensión.

Desde el punto focal en que ahora estamos situados, por encima de su plano inferior de apenas dos dimensiones, nos ha perdido por completo de vista, pues él no ve ni hacia arriba ni hacia abajo, y a menos que buenamente tengamos la gentileza de descender hasta su nivel no podrá vernos en absoluto y mucho menos entender nuestra nueva dimensión.

Para ponernos a su nivel tenemos que situarnos en un plano exactamente igual al suyo, que se ajuste por entero a sus dos dimensiones, en una zona muy limitada. Entonces sí que nos vería. Pero en el instante en que variemos nuestra posición saliéndonos una pizca de su órbita, nos perderá de vista.

Esto sí que es alucinante. Ahora nuestro mundo tridimensional adquiere unas proporciones espaciales casi infinitas, mucho mayores y superiores. Es tan vasto, profundo y elevado que el planícola jamás podría entenderlo ni entendernos a nosotros. Escapa por completo a su esfera, tiene una profundidad de la que él carece, y es mucho más amplio que su reducido plano, un mundo enteramente nuevo, un mundo espléndido y grandioso cuya existencia ignora, por la simple y sencilla razón de que no lo ve. Es un mundo en el cual vivimos y existimos gracias a la cuarta dimensión, el tiempo.

El planícola no puede vernos excepto cuando descendemos por unos instantes a su angosto plano y nos colocamos dentro de su limitadísimo campo. En cambio, nosotros podemos verlo a él en casi todo momento y desde cualquier ángulo, ya sea dentro o fuera de su dimensión; desde arriba, desde abajo o desde su propio plano.

Como nuestra dimensión está totalmente fuera del alcance de la ciencia de Planolandia, su chato y reducido cerebro no conoce otra cosa que sus propias magnitudes. Por tanto no entiende nuestra dimensión, no sabe nada de ella. Nunca la ha visto ni mucho menos se ha visto inmerso en ella. Lo que hace es mirar con desdén tales disparates y afirmar que ni nosotros ni nuestra dimensión existimos.

Aun si fuera posible mostrársela, estaría tan fuera del alcance de su percepción bidimensional que probablemente haría como aquel campesino que, la primera vez que vio una jirafa, exclamó: «¡Eso no existe!» O como mis hijos cuando eran pequeños y queríamos que comieran algo nuevo. Uno de ellos dijo una vez, cuando tenía 4 ó 5 años: «¡Sé que no me gusta porque nunca lo he comido!»

«El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura» (1 Corintios 2:14). Para él no hay tal cosa, porque nunca lo ha visto; y sabe que no le va a gustar porque jamás lo ha probado.

La verdad es que a nuestro pobre planícola —con capacidad de actuar en un solo plano— el orgullo le impide reconocer que puede haber un nivel superior al suyo en el que nunca ha estado y al que de hecho no puede acceder a menos que se le dote de alas tridimensionales y se le conceda tiempo para visitarlo.

Pobre hombrecillo! ¡Qué limitada es su visión, qué estrecho su mundo, qué restringido su radio de acción! Como no puede ir a ningún otro sitio, ¡no quiere ad-

mitir que exista esa dimensión! Se indigna con cualquier planícola que le diga que en alguna ocasión fue elevado a ese otro mundo ayudado por una criatura tridimensional, para echar un vistazo a lo que hay más allá de su reducido plano. Si no lo ha visto, ¡no existe! Se niega a reconocer nada que no pueda ver en su limitado plano bidireccional. Sólo conoce la geometría plana; para él no hay medidas cúbicas. «¡Al diablo con los cubistas!», dice el planícola.

¡Qué insensato! ¡Cómo puede asumir semejante actitud cuando no tiene ni idea de lo que pasa! En todo caso, el hecho de que no crea en algo no anula la existencia de ello.

Lo mismo pasa con el hombre cúbico natural de cuatro dimensiones. Es un cabeza dura, un cerrado de mollera que se resiste a creer que exista lo que llamamos quinta dimensión, un mundo espiritual, por la sencilla razón de que nunca lo ha visto o no ha estado en él. Se enfurece con todo el que asegure haber estado ahí, pues eso lo hace quedar mal parado, por debajo de esa quinta dimensión, del mundo espiritual, del ámbito celestial, que según él no existe, simplemente porque él no lo ha visto ni ha estado ahí.

Eso sería tan absurdo como decir: «¡No creo en la existencia de Nueva York o de Londres porque nunca he estado en esas ciudades! Aunque los viajeros en el tiempo y el espacio afirmen que Nueva York y Londres existen, y que han salido de mi mundo, han visitado dichas ciudades y las han visto con sus propios ojos, me niego rotundamente a creerlos, porque yo nunca las he visto ni he estado en ellas.» ¿Puede haber mayor ridiculez?

Así de necio es el hombre natural que rechaza la existencia del ámbito espiritual. Por mucho que se le lean pasajes sobre el tema en la Palabra de Dios y se le relaten experiencias personales que se hayan tenido allí y de lo que se ha presenciado en el país de la quinta dimensión, en el mundo de las maravillas del Espíritu, él seguirá negándose a creer. No le hace ninguna gracia admitir que otro posee una visión y una dimensión de las que él carece, una percepción espiritual que a él le falta: la de la Eternidad, que su diminuta mente temporal no puede ni quiere comprender, puesto que lo rebajaría a un nivel inferior. Preferiría morir antes que aceptar la existencia de un plano superior a él. ¡Pobre planícola estrecho de miras! ¡No lo soporta!

No te quepa duda de una cosa: ¡no es que yo haya oído simplemente hablar de esas cosas, haya leído sobre el tema o haya visto escenas de ese mundo, sino que he estado allí y sé que existe, por increíble que parezca. Si no estás dispuesto a admitir que tengo algo de lo que careces y que también te gustaría recibir... si no inquieres humildemente en cuanto a la verdad, confiesas tus limitaciones y pides a personas espirituales que te ayuden a descubrir una nueva dimensión, jamás conocerás las indescriptibles alegrías, las bellas visiones, los preciosos sonidos o las extáticas sensaciones de ese mundo maravilloso y celestial.

Es posible que Dios, misericordiosamente, te deje vislumbrar el Cielo por la ventana del espíritu; pero si te niegas a aceptarlo o a creerlo y lo rechazas, es probable que nunca lo vuelvas a ver.

Es ese brillo que ves en nuestra mirada y que no entiendes; esa luz que refleja nuestro rostro y que no alcanzas a comprender; esa atmósfera de felicidad, casi palpable, que emana de nosotros y que te resulta difícil creer. Te sientes como pez fuera del agua, como un planícola fuera de Planolandia. O inicias una vida nueva y adquieres una nueva perspectiva mediante el Espíritu, o morirás. Volverás a tu mundo natural y seguirás tan insensible espiritualmente como antes. ¡Pobrecito! ¡Qué pena! ¡Jamás sabrás lo que te perdiste! Casi lo alcanzaste... ¡pero se te escapó!

En fin, todavía ni he empezado siquiera a relatar mis experiencias en este sentido. En realidad, nunca podré contarlo todo. Hemos llegado casi al final de esta breve disertación, pero permíteme repasar algunos ejemplos bíblicos de esta quinta dimensión: Así comenzó todo, con un Espíritu: ¡Dios! «Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4:24). «En el principio creó Dios los cielos y la Tierra [...] Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Génesis 1:1,2). Este tema es tan ilimitado que sería imposible agotarlo en esta charla. ¡Pero lee la Biblia, y hallarás a lo largo de ella pruebas, relatos y declaraciones categóricas de la existencia de ese mundo espiritual pentadimensional! Incluso hubo casos en que sus personajes inmortales, luego de trasponer el glorioso umbral de la muerte, regresaron para narrar su vivencia.

Otros fueron elevados al mundo espiritual para ver un atisbo del mismo; muchos captaron mensajes del más allá. ¡Y otros hemos estado allí! ¡Es extraordinario, tan paradisíaco que es algo del otro mundo! ¡Te va a encantar! ¿Por qué no te adentras en él? No tienes nada que perder.

«No es de necios cambiar una vida pasajera por un amor imprecedero.» ¿Te animas?

«El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (S. Juan 3:8). Si quieres entrar a esa quinta dimensión de la que habla Jesús, recíbelo hoy mismo en tu corazón haciendo esta sencilla oración:

Jesús, quiero ser ciudadano de Tu Reino espiritual. Te ruego que me perdones todos mis pecados, entres a mi corazón y me regales la vida eterna. Lléname también de Tu Espíritu Santo, para que me ayude a dar testimonio de Ti y de Tu amor ante los demás. Amén.



TOMMY

David Brandt Berg

Jamás debemos subestimar el efecto de la palabra escrita. ¿Dónde estaríamos hoy en día sin ella, sin los primeros cinco libros de Moisés y las crónicas de la Historia registradas en la Palabra de Dios, sin los salmos de David y las profecías contenidas tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, sin los Evangelios y el libro de los Hechos de los Apóstoles? ¿Qué habríamos hecho sin las epístolas de los apóstoles, conservadas para nosotros en el Nuevo Testamento gracias a la previsión de aquellos hombres, sus escribas, secretarios, asistentes, alumnos y seguidores, de tal manera que nos han sido legadas hasta el día de hoy, ¡constituyendo así un apostolado perpetuo entre los millones de hijos de Dios de todas las épocas!

¡Me atrevería a decir que ninguno de ellos se dio cuenta en su momento de la importancia que cobrarían aquellos escritos en los años y generaciones posteriores! ¡Es casi imposible que San Pablo comprendiera el alcance total de siquiera una de sus epístolas en el momento de escribirla! No hacía más que escribir cartas para inspirar, confortar, alentar, adoctrinar, advertir, exhortar y orientar a sus propios amigos y a grupos de creyentes a quienes conocía o a quienes había atendido antes. Entre ellos estaban los que él había convertido al Señor, las iglesias que él había establecido —así como los conversos de éstas— y otras que habían surgido a consecuencia del apostolado de aquellas, ¡es decir, la reacción en cadena ocasionada por la explosiva difusión del Evangelio!

Por eso, ¡nunca tengan en menos el apostolado de la palabra escrita! Mediante la palabra escrita aquellas epístolas se han reproducido por miles de millones desde hace casi 2.000 años. ¿Qué habríamos hecho sin la Biblia, la misiva de amor que Dios nos dirige a nosotros? Qué maravilloso es que hayamos llegado a conocer al Autor por medio de las Palabras que nos ha comunicado. Recordemos que «la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios» (Romanos 10:17). ¡La fe incluso puede venir por oír tu palabra, tu testimonio, tu testificación, una carta tuya que contenga las Palabras de Dios dirigida a un amigo, familiar o alguna otra persona interesada!

Me recuerda a una historia verídica que me contaron cuando era pequeño acerca de un niño llamado Tommy. Tommy era vendedor de periódicos y estaba lisiado. Su cuerpo desfigurado yacía casi inmóvil en un viejo catre desvencijado junto a una ventana del tercer piso de un edificio muy pobre, ubicado en una transitada calle de una gran ciudad. ¡Un día pidió a un vendedor de periódicos amigo suyo que le trajera el libro del hombre que iba por todas partes haciendo el bien! El muchachito buscó y buscó para su amiguito inválido aquel libro del cual no sabía el título. Finalmente, un vendedor de una librería cayó en la cuenta de que debía de tratarse de ¡la Biblia y la historia de Jesús!

El muchachito juntó las pocas moneditas que tenía y aquel buen vendedor proporcionó un ejemplar del Nuevo Testamen-

to, el cual el muchachito llevó presurosamente a Tommy.

Juntos se pusieron a leerlo hasta que Tommy halló el gozo de la Salvación por medio de las Palabras allí escritas. A raíz de ello, él también quiso dedicarse a hacer el bien, como el Hombre del libro. El problema es que era lisiado y ni siquiera podía salir del humilde apartamento en que vivía con su anciana tía. Con todo, rogó a Dios que lo ayudara, ¡y Él le indicó qué hacer!

Laboriosamente, comenzó a anotar versículos alentadores de la Biblia en unos trocitos de papel. Luego los arrojaba por la ventana de aquel tercer piso. ¡Éstos descendían lentamente hasta caer en aquella calle transitada! Los transeúntes los veían descender y movidos por la curiosidad los recogían para ver qué eran. Así leían las palabras de un Hombre que iba por todas partes haciendo el bien: ¡Jesucristo! Muchas personas recibieron ayuda espiritual, cobraron ánimo, fueron consoladas e incluso encontraron la Salvación por medio del sencillo apostolado de aquel muchachito y su Biblia.

Cierto día, un empresario adinerado halló la dicha de la Salvación al leer uno de aquellos versículos. Luego de conocer a Jesús, retornó al lugar donde había encontrado el trocito de papel que lo había conducido al Señor, pues quería averiguar algún indicio de cómo había llegado hasta allí. De golpe observó otro papelito que descendía como balanceándose en el aire hasta caer en la acera. Vio que una pobre y cansada anciana se agachaba con gran esfuerzo para alzarlo y que al leerlo se le iluminaba el rostro, ¡luego de lo cual sus pasos parecían haber cobrado nuevos bríos!

¡El empresario se quedó inmóvil en aquel lugar mirando fijamente hacia arriba, decidido a averiguar de dónde provenían aquellos papelitos! Tuvo que esperar un buen rato, ya que a causa de su impedimento físico, al pobre Tommy le tomaba varios minutos de penosos esfuerzos anotar aunque fuera un solo verso en uno de aquellos papelitos. De repente, la mirada del empresario se vio atraída hacia cierta ventana, desde la cual asomó una manecita escuálida que dejó caer un papelito semejante al que había transformado la vida de aquel caballero. Tomó nota de la ubicación de la ventana y raudamente subió las escaleras del ruinoso edificio hasta encontrar el cuartucho del pequeño Tom, ¡el misionero de los transeúntes!

De inmediato, él y Tommy se hicieron amigos, y el caballero brindó al muchachito toda la ayuda y asistencia médica que pudo. Un día le preguntó si le gustaría irse a vivir con él a su lujosa mansión situada en las afueras de la ciudad.

Sorprendiendo al empresario, Tommy contestó: «Tengo que preguntarle a mi Amigo», ¡refiriéndose a Jesús!

Al día siguiente, el empresario regresó ansioso de saber la respuesta de Tom. Extrañamente, éste le hizo algunas preguntas un tanto inusuales: «¿Dónde dijo usted que quedaba su casa?»

«Uy —contestó el caballero— queda lejos, en la campiña,

en una hermosa extensión de tierra. Tendrás una habitación lindísima para ti solo, sirvientes que te atiendan, comidas deliciosas, una buena cama, todas las comodidades y atenciones imaginables. Es decir, todo cuanto desees. Mi esposa y yo te queremos entrañablemente y te criaremos como si fueras nuestro propio hijo.»

Dubitativo, Tommy inquirió: «Y... ¿pasaría alguien debajo de mi ventana?» Extrañado y un poco perplejo, el empresario respondió: «Pues... no. Únicamente alguno de los empleados domésticos, de tanto en tanto, quizás el jardinero. Es que no comprendes, Tommy. Se trata de una finca bellísima, en la campiña, ¡lejos del mundanal ruido de la ciudad y el tumulto! Allí tendrás paz y tranquilidad, podrás descansar, leer y hacer todo lo que quieras, lejos de toda esta mugre, contaminación, ruido y de las multitudes bulliciosas.»

Tommy se quedó pensativo y al cabo de un prolongado silencio, su expresión se tornó apesadumbrada. No quería ofender a quien hacía poco le había ofrecido su amistad. No obstante, respondió con firmeza pero en voz tenue y con los ojos llenos de lágrimas: «Lo siento, pero... nunca podría vivir en un lugar donde no pasara nadie debajo de mi ventana.»

Estoy convencido de que ese sencillo relato verídico marcó un hito en mis años mozos. Cuando mi madre me lo contó me propuse en ese mismo momento que, por la gracia de Dios, ¡jamás viviría en sitio alguno donde no pasara nadie debajo de la ventana del apostolado del Amor de Dios que Él había dispuesto para mí! Como dijo Tommy: «¡Nunca podría vivir en un lugar donde no pasara nadie debajo de mi ventana!» ¿Y tú?

Habiendo conocido al Hombre que iba por todas partes haciendo el bien a *quienes pasaban por su ventana*, ¿cómo podía yo volver a llevar una vida egoísta, en la que la gente no pasara *debajo de mi ventana* y pudiera recibir lo mismo? «De gracia recibisteis, dad de gracia» (S. Mateo 10:8). Y «a todo aquel a quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará» (S. Lucas 12:48).

¿Vives tú donde la gente pasa debajo de tu ventana? ¿Atiendes a los que pasan? ¡Todo el tiempo transita gente debajo de nuestra ventana! ¿Obtendrá lo que necesita?

Este es el relato verídico de una personita tan sencilla, tan desvalida y aislada que uno pensaría que jamás estaría en condiciones de realizar apostolado alguno. En esas circunstancias tenía sobradas excusas para no asistir a los demás. Más bien era él quien necesitaba asistencia. ¡Pero el amor halló la forma de hacerlo!

¡Alguien pasa debajo de tu ventana ahora mismo! ¿Has hallado por amor alguna forma de ayudarlo? ¿Te ha indicado Dios, por medio de su amor, la manera de brindarle asistencia? Sean cuales fueren las circunstancias o tus limitaciones, lo hará si de veras lo procuras. Recuerda que Dios también tiene una ventana, y nos ha prometido que si le obedecemos y abrimos la de nuestra vida a los demás, Él abrirá la Suya, la «de los cielos y derramará bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). ¡Gloria a Dios!

¿Eres diligente con todas las ventanas de tu vida? ¿Apacientas a las ovejas de Jesús, las llevas a los delicados pastos y a las aguas de reposo? ¿Dejas pasar los rayos del sol del Amor de Dios por las ventanas de Su Palabra? ¡No te atreverías a fallar a los demás! ¡Tienes que darles lo que necesitan! Pero,

¿cómo? ¿Qué más puedes hacer que no estés haciendo ya? ¡Puedes dar aún más! ¡No debes detenerte! ¡Los hijos de Dios no pueden estarse quietos! O avanzan o se quedan rezagados! ¡Te urge seguir avanzando! Tienes que dar aún más y «hacer las obras del que te envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» (S. Juan 9:4). «Aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Efesios 5:16). Da más, testifica más, y Dios mismo hará más, ¡más de lo que hayas soñado!

Si retienes egoístamente, no te valdrá de nada. «Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado» (Proverbios 11:24,25). Todo lo que des Dios siempre te lo devuelve con creces.

David Livingstone —el famoso misionero inglés que renunció a sus posesiones para emprender un apostolado en las junglas del África y murió allí de rodillas— dijo cierta vez: «¡Jamás hice sacrificio alguno!» Descubrió que no podía ganarle a Dios en generosidad. Aunque dio su vida, segará la vida eterna y cuantiosos dividendos: almas inmortales, ¡miles de ellas salvadas para siempre! ¿Cómo podemos dar más de lo que Dios nos devolverá?

¡De todos modos nos costará! Como dijo el rey David: «¡No daré al Señor lo que no me ha costado nada!» (2° de Samuel 24:4). ¡Hay que dar algo, hay que verter lo que uno tiene, hay que vivir junto a una ventana y ser fiel! ¡Hay que dar algo para obtener algún provecho! Hay que dar para recibir, derramar a fin de recoger, sembrar para segar, invertir para obtener dividendos, ¡morir a fin de vivir, enterrar a fin de resucitar!

Si aún no has conocido y aceptado al «Hombre que iba por todas partes haciendo el bien» —Jesús— y anhelas descubrir el Amor de Dios por medio de su Hijo Jesucristo, ¡puedes invitarlo a formar parte de tu vida ahora mismo! Además de poder gozar de Su Amor y Salvación, puedes llenarte hasta rebosar de Su Espíritu de Amor a fin de ser una bendición para otros que necesitan ese Amor. Jesús dijo: «El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (S. Juan 7:38).

Por medio de la siguiente oración puedes pedir a Jesús que entre en tu corazón y así comenzar una vida nueva, plena de amor y felicidad:

Jesús, perdóname mis pecados y dame el regalo de la vida eterna. Lléname de Tu Espíritu Santo, para que yo también —al igual que Tommy— pueda hallar formas de ayudar a quienes pasan bajo mi ventana. En el nombre de Jesús. Amén.

Si has hecho sinceramente esta oración, tienes lo que acabas de pedir; porque Jesús prometió: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3:20).



¡VIVE FELIZ!

Por el padre David

Un pobre muchacho se proponía impresionar a una acaudalada señora demostrándole lo hambriento que estaba. Pensó que de ese modo le darían una buena comida. Así que se puso a andar a gatas en el césped fingiendo que comía hierba. Cuando la señora salió a la puerta y lo vio, le dijo: «¡Dios mío, pobre muchacho! ¿Por qué no vas al jardín de atrás?... ¡Allí el pasto está mucho más crecido!» ¡Así de generosos son algunos ricos!

A todos nos viene bien tener sentido del humor. «El corazón alegre constituye buen remedio» (Proverbios 27:22). Dios nos creó con sentido del humor y capacidad para reírnos de las cosas graciosas. Por eso, estoy seguro de que Él mismo tiene sentido del humor, ¡sobre todo cuando veo algunas de las cosas y personas que ha creado y las situaciones tan graciosas en que las deja caer! ¡Se ha dicho que el sentido del humor es la aptitud de ver el lado gracioso de una situación seria y de reírse cuando las cosas no marchan como deberían!

Me recuerda a un predicador muy formalista que conocí, que siempre salía a predicar con un traje de levita de lo más protocolario, parecido a un esmoquin. Era tan cuidadoso con la raya de los pantalones que mientras esperaba en su despacho para dar inicio a su parte del culto se los quitaba y los colgaba para no sentarse con ellos puestos. Y un domingo por la mañana, justo cuando estaban despidiendo la escuela dominical, repentinamente recordó que tenía que hacer un anuncio importante a los niños, así que salió corriendo de su despacho gritando. «¡Niños, niños! ¡Esperen un momento! ¡Tengo algo muy importante que enseñarles!»

Cuando los niños se volvieron y lo vieron sobre el estrado, por un momento hubo un silencio casi sepulcral. Acto seguido, al ver al pastor allí de pie con el anuncio en la mano y sus rodillas desnudas claramente visibles sobre la barandilla, ¡estalló un estruendo de risotadas! Por lo visto su congregación tenía mucho sentido del humor.

Sin embargo, él no lo tenía. Porque al mirar hacia abajo y darse cuenta del motivo de las risas, por poco se desmaya. En vez de ser capaz de reírse de sí mismo y de lo ridículo que había sido olvidarse de sus pantalones antes de salir, a duras penas y a los tropezones llegó a su despacho, donde se derrumbó.

A veces nos ponemos demasiado serios y solemnes con ciertas cosas; las tomamos con excesiva seriedad, ¡en particular a nosotros mismos! Es una gran ventaja ser capaz de reírse de uno mismo y de los disparatados errores que comete. Lo ayuda a mantenerse humilde. Pero el que es incapaz de reírse de sus equivocaciones, o de tomar las de los demás con sentido del humor, es demasiado orgulloso o tiene un concepto de la vida demasiado austero.

Dios nos creó con la intención de que gozáramos de la vida. Nos ha capacitado para ello, nos ha dotado de los sentidos y ha creado las condiciones necesarias. El propósito principal de nuestra vida es, como dijo Martín Lutero, «amar a Dios y disfrutar de Él eternamente». Y a eso añadiría yo: Ayudar al prójimo a hacer lo mismo, dándole a conocer el amor de Dios y la vida feliz que Él nos ofrece.

Ni siquiera los mártires murieron con pesadumbre o congoja, sino cantando, dando gloria a Dios y alabándole. Si hay algo que se espera de los cristianos, es que seamos gente feliz, pues tenemos más razones que nadie para ser dichosos. Contamos con el amor feliz de Jesús, que lleva todas nuestras cargas, soporta nuestros pesares y alivia nuestras penas. De nuestro servicio a Él, dice incluso que Su yugo es fácil y Su carga ligera, y que es el camino de los transgresores el que es duro. (Véase S. Mateo 11:28-30; Proverbios 13:15; Salmos 144:5.)

Si te parece que el yugo del Señor es demasiado difícil o la carga de servirle demasiado pesada, tal vez estés cometiendo la transgresión de no obedecerle; quizás no estés «echando toda tu ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de ti» (1ª de Pedro 5:7). «Echa sobre el Señor tu carga y Él te sustentará» (Salmo 55:22). Tal vez estés tratando de sobrellevar demasiadas cosas y de esforzarte demasiado! Cede y deja actuar a Dios. Deja que Jesús lo haga. ¡No te esfuerces tanto! Simplemente deja que obre el Señor a través de ti. Quizás es que te esfuerzas demasiado en lugar de dejar que Dios actúe por medio del poder, el amor, la gracia y la fuerza de Él. No somos la Unión de Esfuerzos Cristianos. Es decir, que no somos de los que se esfuerzan por sí mismos, sino de los que dejan obrar al Señor. Porque sin Él nada somos y por nosotros mismos nada podemos hacer.

Deja de esforzarte tanto. Debes ceder y dejar a Dios obrar. Tómatelo con calma. Deja de emplear tus propias fuerzas trabajando tanto. No te tomes a ti mismo tan en serio. Detente a alabar al Señor, y riéte con ganas de tus defectos y de tu ridícula ineptitud para alcanzar o lograr algo para Él, porque sabes bien que si se logra algo, será el Señor quien tenga que hacerlo por medio de ti.

Si Dios se puede valer de nosotros, se puede valer de cualquiera, porque no somos nadie. Al fijarte en ti mismo y darte cuenta de lo ridículo que eres, deberías partirtte de la risa en lugar de ser tan solemne y de verte a ti mismo con tanta seriedad. Si la burra de Balaam pudo serle útil a Dios, ¡hasta tú y yo podemos servir de algo! (Véase Números 22:23-31.) ¡Aleluya! ¡Qué sentido del humor tiene Dios! Eso debería levantarle el ánimo a cualquiera. En vista de ello, ¿por qué no te carcajeas de ti mismo y admites que es

Dios quien lo hace todo por intermedio de ti? Una vez conocí a un misionero de edad avanzada que había pasado veinticinco años evangelizando en el Tíbet, país vedado al Evangelio —cuatro de ellos infiltrado entre las líneas comunistas—, y me maravillé de su humildad, su gracia y su espíritu alegre y vivaz. A mi juicio se trataba de un gran hombre que había realizado una magnífica obra y que merecía haber alcanzado la celebridad. Sin embargo, ahí estaba a mi lado, realizando la humilde tarea de lavar platos.

Como yo aspiraba a ser misionero, le hice una pregunta, dando por sentado que si había alguien que supiera la respuesta, sería él: «Para usted, ¿cuál debe ser la mayor virtud del misionero?» Aguardé alguna respuesta solemne y profunda, producto de su extraordinaria sabiduría y de su vasto caudal de años de experiencia. Cuál no sería mi sorpresa cuando, deteniéndose un momento, con las manos inmersas en el agua jabonosa, me miró sonriendo pícaramente y dijo: «¡Sentido del humor! Ser capaz de reír cuando se tienen ganas de llorar.» Muchas veces, me dijo, sufriendo la tensión casi insoportable de situaciones verdaderamente aterradoras, una buena carcajada los había ayudado a conservar la vida y la cordura a él y a sus compañeros. Al fin y al cabo, si uno sabe que el Señor va a resolver las cosas, puede permitirse una sonrisa e incluso reírse de lo imposible de la situación y de lo absurdo de las circunstancias, porque sabe que Dios no tendrá más remedio que obrar un milagro.

Cuando era niño, mi familia realizaba un apostolado itinerante. Recuerdo cómo nos emocionábamos cuando se nos acababa el último centavo, porque sabíamos que era el momento de que Dios hiciera un milagro. ¡Nuestra expectativa era prácticamente incontenible! Mirábamos esperanzados en una y otra dirección, aguardando gozosamente para ver por dónde proveería Dios y qué cosa diferente o extraordinaria haría para sacarnos del apuro una vez más... ¡En algunos casos era muy cómico! A veces encontrábamos un billete de un dólar en un bolso viejo o en el fondo de un cajón, o en la calle misma. En otras ocasiones nos topábamos con algún viejo amigo que nos invitaba a cenar y nos daba un lugar donde pasar la noche.

Todavía me acuerdo de una vez en que necesitábamos diez centavos para comprar una botella de leche a fin de desayunar, y no teníamos ni un centavo. Mi madre dijo: «¡No se preocupen, niños, el Señor proveerá! Vamos a dar un paseo antes del desayuno.» Al detenernos en una esquina, ¡una moneda nueva de diez centavos cayó del cielo y retió en la acera! Nunca supimos cómo ocurrió o de dónde salió, ni quién la dejó caer, ¡a menos que fuese Dios mismo! ¡Qué gracioso! El colmo, que Dios haga caer una moneda del cielo. ¿Quién más administraría Sus asuntos de esa manera? Pero a Dios le gusta hacer las cosas de modo diferente y de maneras que a nosotros nos parecen ridículas, en apariencia imposibles y lisa y llanamente irrisionarias, todo con el solo fin de demostrar Su Poder y que Él no está limitado por convencionalismos, tradiciones, costumbres ni ningún otro impedimento.

Por eso, cultiva la virtud de saber reírte de ti mismo. Eres de lo más cómico que Dios pudo haber creado. ¡No podrías ser más caricaturesco! Tomar conciencia de eso

debería ayudarte a ser muy humilde. El humor sin duda contribuye a hacernos humildes. No hay nada como una buena ridiculización de nosotros mismos para evitar que nos volvamos demasiado farisaicos, solemnes y serios.

A todos nos hace falta reírnos con ganas. Ten un buen sentido del humor. Deja que el humor te mantenga humilde. ¡Ríete de ti mismo! Pero no te pases. Todo tiene su momento. Hay momentos para reír y momentos para llorar; todo tiene su tiempo. (Véase Eclesiastés 3:1-4.) Eso sí, seamos siempre capaces de sonreír a través de nuestras lágrimas. Un rayo de sol es aún más hermoso en medio de la lluvia. En lugar de ser tan sombríos y pesados, ¡demostramos más lugar al buen humor y dejemos que brille más el sol! En vez de que la gente tenga que sufrir tanto, démosle a conocer un poco del Cielo. La escritora Ellen Wheeler Wilcox dijo: «Si ríes, el mundo reirá contigo... Si lloras, ¡lo harás a solas!»

El mundo conoce de sobra el infierno; mostrémosle un poco más cómo es el Cielo. Es decir, el amor, la alegría y la paz eterna... ¡y que se puede ser libre hoy mismo! ¡Aleluya! ¡Gloria a Dios! «Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos» (S. Mateo 5:12).

¡Seamos alegres! No seas terco ni lleves la contraria como la mula Juana. Luego de haberse pasado un domingo de prohibiciones en casa de su abuelo —un viejo de cara larga, excesivamente religioso y estricto, que le prohibía jugar en domingo—, el pobre Pepito se acercó pensativo a la mula y, acariciándole su prolongado hocico, le dijo: «Pobre Juana, con esa cara tan larga que tienes —como la del abuelo—, ¡debes de ser muy religiosa!» Así entienden algunos la religión. Por lo que más queramos, ¡no hagamos nosotros lo mismo!

Dice la Biblia: «El gozo del Señor es vuestra fuerza» (Nehemías 8:10). Si quieres cambiar de vida y recibir el gozo de la salvación que nos da Jesucristo, haz esta sencilla oración:

Jesús, Te agradezco que murieras por mis pecados. Te ruego que entres en mi corazón y me hagas el regalo de la vida eterna. Dame Tu Espíritu Santo a fin de tener la autoridad para dar testimonio de Tu amor y gozo ante los demás. Amén.



¡Y SI NO...!

¡Qué hacer cuando Dios **no** contesta tus oraciones!

David Brandt Berg

Hace poco recibimos una carta de una joven que nos decía: «Un par de años atrás comencé a servir al Señor. Estuve ocho meses dedicada a ello y luego lo dejé, porque la cara se me llenó de granitos. Sé que es una bobada, ¡pero era una batalla tremenda para mí! Le pedí a Dios que me sanara, pero por alguna razón no lo hizo. Hace unos dos meses empecé a trabajar de nuevo para el Señor, ¡y la cara se me ha vuelto a llenar de barros! Esto me tiene tan irritada que me impide oír y obedecer a Dios como debería. ¡A veces se me llena toda la cara de pústulas! He implorado a Dios tantas veces que creo que he perdido la fe de tanto orar.

»Mi depresión ha sido tan profunda que a veces me han entrado ganas de quitarme la vida. Pero sé que si tú oras por mí, Dios me sanará. Deseo servir a Dios, quiero ser libre, quiero dejar de pensar en mí misma y ganar al mundo para Jesús, pero no sé cuánto más pueda seguir así. Por favor, compréndeme. No digas simplemente que es mi orgullo; ¡apiádate de mí! Esta es mi última esperanza. Quedo esperando tu respuesta. Sabré que has orado por mí cuando la cara se me mejore.

»Cariñosamente, Susana»

Pobrecita. ¿No vas a creer que he orado por ti a menos que se te mejore la cara? ¡Tampoco parece que seas capaz de creer que Dios te ama a no ser que te sane! ¡El Diablo tiene la misión de causarte esas pruebas y tribulaciones e intentar convencerte de que Dios no te ama y que no responde a la oración! ¡Pero sí te ama, y nosotros también!

¡El mismo hecho de que esto te suceda cada vez que empiezas a servir a Dios demuestra que es una prueba del Enemigo, que está tratando de disuadirte de seguir adelante! ¡En realidad lo que sucede es que el Señor está permitiendo que el Enemigo te haga esto para probar tu fe y ver cuánto amas de verdad al Señor y qué precio estás dispuesta a pagar por servirle! Por supuesto que en parte podría deberse a tus hábitos alimenticios. Cuando mi esposa era más joven tenía el mismo problema, hasta que dejó los dulces. ¡Ahora está bellísima!

¡Pero me parece que tu caso se debe claramente a una reacción demoníaca, del Diablo, para disuadirte de servir al Señor! En otras palabras, ¡al Diablo no le gusta que trabajes para el Señor! ¡Oh Jesús, ten misericordia de ella y hazle ver lo que sea que le estás queriendo enseñar!

Es probable que con esto el Señor te quiera ayudar a superar tu orgullo; ¡justo lo que temes que se descubra y que no quieres confesar! Es que el orgullo es siempre la raíz de todo pecado. Al permitir que esto te impida servir a Dios,

pareciera que estás poniendo antes tus intereses que el servicio al Señor.

Es una prueba, y muy humillante, ¡pero tienes que servir al Señor a pesar de todo! Cuando demuestres que el Señor y Su servicio son más importantes para ti que tu cutis, entonces probablemente te sane. Lo que has hecho hasta ahora es supeditar tu fe y tu servicio a Dios a lo que Dios haga primero, cuando en realidad debería ser al revés.

¡La fe y la obediencia van primero!

Primero hay que demostrar fe y obediencia, ¡y entonces Dios responde las oraciones! Muchos me han dicho: «Si Dios me cura, entonces le serviré, entonces creeré». ¡Lo que está haciendo el que tiene esa actitud es poner primero sus propios intereses, tratar de hacer un arreglo con Dios! «Si Dios me sirve a mí primero, entonces le serviré a Él. ¡Dios, trabaja Tú primero para mí, y después yo trabajaré para Ti!» ¡Pero con Dios no se hacen las cosas así!

Él sigue aplicando la misma fórmula de siempre: «Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia; y entonces todas esas cosas os serán añadidas» (S. Mateo 6:33). Las bendiciones no preceden a la obediencia. Uno no dice: «Señor, bendíceme, y entonces te obedeceré». Primero Dios te prueba para ver si vas a obedecer, y luego puede bendecirte. ¡Es un error muy común entre la gente!

Supone una verdadera prueba, que lamentablemente en muchos casos termina con murmuraciones. ¡La gente le toma en cuenta a Dios que no la sane! «Si me curara, entonces le serviría; ¡pero como no me cura, significa que no me ama ni le importo!» Muchas veces hasta yo siento ganas de desistir, cuando las cosas no marchan como quiero; ¡pero no abandono! Sigo adelante con perseverancia, y a su debido tiempo el Señor resuelve las cosas.

Es una actitud tipo yo primero, que da a entender: «Cúrame a mí primero, y entonces creeré en Ti, entonces te obedeceré». En realidad es una manifestación de que uno se cree muy bueno, porque el origen está en el orgullo. Es lo mismo que los dirigentes religiosos, los escribas y fariseos, decían a Jesús: «¡Haznos un milagro, y luego creeremos!» ¡Pero Jesús ya había hecho un montón de milagros, y ellos seguían sin creer! Por eso les dijo: «¡Aunque levantas a uno de los muertos, no creeríais, porque no habéis creído lo que ya he dicho!» (Véase S. Lucas 16:27-31.) El caso es que después resucitó a alguien —a Lázaro—, ¡y ahí fue precisamente cuando decidieron que tenían que matarlo! (V. S. Juan 11:37-53.)

¡Para quien tiene fe, la cosa es «creer para ver»!

Es o de fundar la fe en la respuesta que dé Dios y no en la Palabra es como quien tiene una religión basada en sus obras. Es como decir: «¡Demuéstramelo!! Para poder creer tengo que verlo primero! ¡Ver para creer!» Pero la fe no es así. ¡Para quien tiene fe, la cosa es «creer para ver»! ¡La fe obra por obediencia ciega, independientemente de que Dios responda o no! No se puede condicionar el servicio a Dios a que se reciba determinada respuesta de Él. Aunque tengas la cara completamente purulenta, ¡aun así debes servir a Dios! ¿Quién sabe? ¡Eso podría animar a servir al Señor a otros pobres que tienen peores problemas que el tuyo! Si ven que tú estás dispuesta a servir al Señor a pesar de tus males, y que no te avergüenzas de ello, ¡a lo mejor ellos se animan a hacer lo mismo!

¡Fíjate en Job! Según el relato del Antiguo Testamento, que aparece en el libro con ese nombre, ¡él lo perdió todo!: su familia, su fortuna y finalmente su salud. Quedó cubierto de pústulas desde la coronilla hasta la planta de los pies, ¡pero aun así dijo que no importaba! Aunque Dios lo matara, ¡seguiría confiando en Él!

Uno no puede supeditar su obediencia al Señor a las condiciones que uno mismo haya impuesto, o al hecho de que Dios responda de la manera que uno considera que debe hacerlo y todo vaya bien. ¡No se puede ser amigo de Dios sólo en tiempo de vacas gordas! ¡Hay que seguir sirviendo al Señor también cuando todo sale mal! Si sólo vas a creer y obedecer al Señor mientras te vaya bien, ¡no le crearás ni obedecerás mucho, porque en el servicio del Señor muchas cosas salen mal! «¡Muchas son las aflicciones del justo!» (Salmo 34:19).

Si cada vez que tienes una dolencia dejas de servir a Dios, ¡te pasarás la vida haciendo eso! Claro que también hay veces en que los demás le hacen sentirse a uno incómodo porque no sana. Le echan la culpa a uno, ¡lo mismo que le hicieron a Job sus consejeros! Los tres le dijeron: «¡Tiene que ser que en algo estás fallando!» Pues en el caso de Job sí resultó que algo que no andaba bien: estaba dominado por la soberbia y la santurronería: se enorgullecía de su fe, de su bondad y de haber servido a Dios toda la vida, se sentía muy satisfecho de sí mismo por todo eso. Por eso Dios tuvo que permitir que el Diablo lo derumbara, ¡para demostrarle que sin el Señor nada era!

A veces nos avergonzamos porque los demás se avergüenzan de nosotros y preferirían no tenernos a su lado, les parece que causamos mala impresión. A Jesús, sin embargo, lo siguieron toda clase de enfermos y minusválidos, y curó a todos los que pudo. Pero, ¿quién sabe si todos sanaron? Sin embargo, ¡la Biblia abunda en ejemplos de personas que persistieron en seguir a Jesús a pesar de los pesares y que a la postre fueron curadas, aun cuando Jesús parecía no hacerles caso! Está, por ejemplo, el caso del mendigo ciego, y el de la mujer que tenía una hija enferma. (V. S. Marcos 10:46-52; S. Mateo 15:21-28.) Claro que los que desistieron antes que los curara, ¡no se llegaron a curar!

¡Sigue creyendo!

Antes de curarte, Dios quiere poner a prueba tu fe, y ver si estás dispuesta a obedecer. ¡Quiere ver si seguirás creyendo en Él y obedeciéndole aunque pienses que nunca te vas a curar! ¿Acaso tienen que depender tu fe y tu obediencia

de tu curación? ¡No! ¡Pero tu curación sí depende mucho de tu fe y obediencia! ¡El creer y servir al Señor debe ser independiente de que te cures o no!

¡Tienes que creer y obedecer al Señor aunque nunca te cure! ¡El apóstol Pablo tuvo su aguijón en la carne hasta su muerte, para mantenerlo humilde! (V. 2 Corintios 12:7.) Ni siquiera se le pudo confiar una salud perfecta, ya que probablemente se habría hinchado de orgullo, pues el Señor lo había honrado en muchos otros aspectos. ¡Pero su aguijón en la carne no le impidió servir a Dios! Y mientras te sea posible, ¡tú debes seguir sirviendo al Señor, tanto si Él cree conveniente curarte como si no! ¡Tal vez le seas más útil al Señor con la cara llena de granos —o mucho más humilde y creyente con todo el cuerpo lleno de pústulas, como Job— que si el Señor te curara!

Mucha gente sólo quiere aprovecharse de Dios. ¡Conozco muchos a quienes Dios sanó con demasiada facilidad y que luego siguieron su vida sin hacerle ningún caso! Lo que hicieron fue mentir a Dios: juraron y rejuraron que si el Señor los curaba, entonces le servirían. ¡Pero apenas los curó, se largaron y se olvidaron del compromiso contraído! En el Antiguo Testamento, Israel siempre hacía eso. Prometían: «¡Oh Dios, sálvanos, y te serviremos para siempre!» No obstante, apenas los salvaba se olvidaban del juramento que habían hecho y ¡se volvían más descreídos, murmuradores y desobedientes que nunca!

Yo nunca me he curado de esa manera. Las veces en que estuve más cercano a la muerte le dije al Señor: «Mira, quisiera que me curaras para poder servirte mejor; pero no voy a dejar de servirte por el simple hecho de que no me cules». Al igual que Job, en muchas ocasiones le he dicho al Señor: «Si me curas, ¡muy bien! Pero aunque acabe muriéndome, seguiré creyéndote y amándote. Mi deber es creer en Ti, amarte y servirte pase lo que pase. ¡No voy a echarme para atrás sólo porque las cosas se hayan puesto difíciles y me dé la sensación de que Tú me has abandonado!» (V. Job 13:15.)

¡Creer y obedecer pase lo que pase!

Del mismo modo que Dios probó a los hebreos en el desierto en tiempos de Moisés, a lo mejor es simplemente que está poniendo a prueba tu fe, ¡para ver si vas a creerle y obedecerle pase lo que pase! Con ellos sucedió, sin embargo, que apenas se les presentó una pequeña prueba, desistieron de creer y de obedecer, y por eso murieron y fracasaron en su empeño, como ocurre hoy en día a muchos que se dicen ser cristianos. La gente que se cree muy buena y justa, y que pretende dictarle a Dios lo que debe hacer, siempre dice: «Oigan, si Dios es tan bueno, ¿cómo es que nos deja sufrir tanto? Si Dios se portara mejor con nosotros, ¡entonces le serviríamos! Pero como nos trata tan mal, ¡lo odiamos!» La verdad es que en cuanto Dios se porta un poco mejor con ellos, ¡se van a vivir su vida por su cuenta y se olvidan por completo de Él! ¡Dios no puede darles un mejor trato, pues defraudarían Su confianza! ¡Tal vez hasta prefiera que lo odien a que lo olviden! ¡Así por lo menos recuerdan que Él aún está presente!

En mi academia de estudios bíblicos tuve una vez una alumna que padecía de una erupción similar en la piel. ¡Para colmo tenía dos niños y estaba sin marido! Siempre decía: «¿Por qué, por qué? ¡No me explico por qué me ha hecho esto Dios! ¿Por qué me hace sufrir de esta manera? Yo pensaba que al venir a

esta escuela a lo mejor Dios me curaría, ¡pero sigo sufriendo! ¿Cómo es eso?» Cuando la gente se pone a interpelar a Dios con esa actitud, es simplemente porque se considera más justa que Él. Recibí del Señor para ella las mismas palabras que dijo a Job: «¿Se justificará el hombre delante de Dios?» (V. Job 40:8.)

Lo que dice en el fondo la gente que asume esa actitud es que se cree mejor que nadie: «¡Mira, Dios, si yo fuese Tú, haría mejor las cosas! ¡Yo sería más justo! ¡Me curaría!» Es como esa canción que estuvo de moda hace unos años: ¡Si yo fuese rey! La letra decía algo así como: «¡Si yo fuese rey, no dejaría que en el mundo ocurrieran tantas desgracias!» Dicho de otra manera: «¡Yo soy más justo que Dios! Dios no es bueno; si no, ¡no dejaría que ocurrieran todas estas calamidades!»

Lo que pasa es que no comprenden lo que hace Dios ni por qué. ¡Y no lo entenderán hasta que tengan fe para confiar en que Él sabe lo que hace! ¡Es la misma confianza que un niño debe tener en sus padres! Así no entienda por qué debe hacer esto o aquello, ¡tiene que obedecer porque papá lo dijo! El niño tiene que creer y obedecer aunque no le guste, porque papá sabe qué es lo que más conviene. ¡Y a la larga lo más probable es que se dé cuenta que papá tenía razón! Si no obedece, seguramente de todas maneras llegará a darse cuenta de que papá tenía razón... ¡pero a fuerza de sinsabores, por las malas! ¡Es así de sencillo!

¡La fe, más valiosa que el oro!

Dios prueba nuestra fe para ver si es de oro puro y si vamos a seguir creyendo en Él y obedeciéndole pase lo que pase. ¡Dios dice que la prueba de nuestra fe es «más preciosa que el oro, que mucho oro afinado!» (1 Pedro 1:7; Salmo 19:10). Sometido a la acción del fuego, ¡el oro puro no deja de ser oro! Si es auténtico, ¡sale aún más refinado!

Así como en la Biblia la fe auténtica se iguala con el oro, la fe de circunstancias puede compararse con el papel moneda actual, que carece de valor propio. Si sometes esa fe de papel al fuego, ¡verás lo que ocurre! ¡Esa presunta fe —que sólo presuntamente tiene valor, igual que el papel moneda— queda en nada una vez que es sometida a prueba!

¡Este ejemplo ilustra claramente el motivo de que todo el sistema financiero del mundo está derrumbándose en estos momentos! ¡Es porque está basado en papel moneda en vez de estar respaldado por el buen oro de Dios! ¡Basta con hacer pasar a ambos por el fuego para ver cuál sale mejor! El oro legítimo, por muy intenso que sea el fuego o por mucho tiempo que se vea expuesto al calor, sigue siendo oro. De hecho, ¡sale aún más refinado, porque el fuego quema todas las escorias e impurezas! En cambio, cuando llega la hora de la prueba, ese papel moneda que aparenta mucho precio ¡no vale ni lo que pesa! ¡Apenas le toca la más ligera llama, se hace humo y queda reducido a cenizas!

Esta precisamente es la diferencia entre la fe auténtica y la fe pretendida. La fe verdadera resiste la prueba, pasa por el fuego y sale mejor que antes, ¡como el oro! Por otra parte, lo que parece fe —como en el caso del dinero de papel—, apenas entra en el fuego, ¡ya ves lo que queda!

En la gran depresión de los años 30, los ricos que tenían toda su fortuna en papel, en papel moneda, en papeletas de acciones y en bancos que sólo tenían valores de papel, ¡se fueron a pique! Los grandes financistas que habían estado especu-

lando con dinero de papel saltaban de las ventanas de sus rascacielos porque habían perdido todo lo que consideraban valioso —los papelitos que tanto apreciaban— y que a la hora de la verdad no valían un rábano; ¡y lo mismo está por repetirse hoy en día! ¡Todo se esfumó! En cambio, ¡los campesinitos que no tenían sino una humilde parcelita en la que cultivaban sus alimentos y criaban unos cuantos animales para sustento de sus familias, salieron adelante!

«Aunque Él me matare, ¡en Él esperaré!»

Los que habitan en las divinas moradas de la fe son capaces de sobrevivir a cualquier cosa, ¡incluso a la muerte! Y aun así decir, como Job: «Aunque Él me matare, ¡en Él esperaré!» (Job 13:15). Y gozarán por siempre jamás de moradas de oro verdadero en la Ciudad de Dios, que es realmente de oro, mientras que los que sólo simulan tener fe en Dios se irán en humo entre las llamas del Infierno, porque su fe es paja, madera y hojarasca, incapaz de soportar la purga de los fuegos de Dios: los sufrimientos y pruebas de fe que nos hace pasar. (V. 1 Corintios 3:11-15.)

Si tu fe es verdadera, seguirás adelante por Dios ¡aunque eso acabe contigo! ¡Y acabará contigo, en el sentido de que tendrás que sacrificar tus intereses personales y tu orgullo, y renunciar a tu ideal de perfección conforme vas muriendo cada día (V. 1 Corintios 15:31) al servicio del Señor! ¡Muchas veces a mí mismo me han entrado ganas de darme por vencido porque soy tan torpe y pecador y cometo tantos disparates! No comprendo cómo puede nadie, ni Dios mismo, amarme o soportarme. ¡Sin embargo, Él me ama, y eso me inspira a seguir adelante! ¡Rehúso darme por vencido porque creo lo que dice Dios! ¡Por eso sé que tengo que obedecerle! ¿Cómo podría abandonar?

¡Somos el único cuerpo que tiene Dios!

¿Qué pasaría si Dios se diera por vencido cada vez que los cristianos le damos muchos problemas? ¡Todos las pasaríamos negras! ¡La Biblia dice que nosotros, los cristianos creyentes, somos el Cuerpo de Cristo! (V. 1 Corintios 12:27.) ¿Qué pasaría si Dios se diera por vencido cada vez que nosotros —Su rostro— nos llenásemos de feos granitos, barros, pústulas, acné y qué sé yo? ¡Nosotros somos el único rostro que posee Dios, y Él tiene que seguir adelante por muy feos que estemos y por muy mal que a veces se conduzca Su Cuerpo, faltando a lo que Jesús le dice!

¡Dios tiene que seguir adelante aunque nos enmarañemos y acabemos hechos un desastre! ¡Tiene que seguir ayudándonos a desenredarnos, tiene que enseñar coordinación a cada parte de Su Cuerpo, enseñarle a trabajar y moverse bien, con gracia y agilidad, no con esos espasmos, retorcimientos y gestos grotescos que caracterizan a los discapacitados, que es lo que somos tantas veces en sentido espiritual!

¡Dios no tiene más remedio que seguir tratando de enseñarnos a hablar, aunque parezca que siempre se nos traba la lengua! ¡Tiene que seguir gritando bien alto para que le escuchemos, por mucho que nos tapemos los oídos queriendo evitarlo! Tiene que empeñarse en hacernos ver la Verdad y en que la leamos en la Biblia, aun cuando estamos tan adormecidos espiritualmente que preferiríamos cerrar los ojos y sumirnos en el mundo de ensueños del Diablo! Al mismo tiempo, ¡tiene que hacernos producir fruto, bebitos espirituales, nuevos cris-

tianos, aunque algunos resulten enfermos y contrahechos, porque eso es preferible a que no tengamos ninguno! ¡Todo esto teniendo en cuenta que gran parte del tiempo la mayoría de quienes conforman Su Cuerpo o Esposa, movidos por su rebeldía hacia Dios, hacen todo lo posible por evitar dar a luz a estas criaturas, de tal manera que Él ni siquiera puede tener relaciones amorosas con ellos! ¡Esa es la clase de cuerpo que Dios tiene que soportar! ¿Crees, entonces, que tú deberías quejarte de unas cuantas dolencias? Fíjate en el Cuerpo de Dios: ¡está hecho una calamidad! Sólo la gracia, la misericordia y el amor divinos pueden sacarlo adelante, por medio de la fe y la obediencia a Su Palabra. De lo contrario, ¡fracasaría!

¡Ejemplos de hombres fieles!

Nosotros, los creyentes, ¡tenemos que seguir adelante, seguir creyendo, seguir obedeciendo! Como los tres hijos de Dios que fueron a parar al horno de fuego. Dijeron: «¡Nuestro Dios puede librarnos. Y si no, si no lo hace, ¡aun así no nos postraremos ante tu ídolo pagano!» Aquello parecía el fin, pues al horno fueron a parar. ¡Tanto así que hasta los verdugos murieron! Pero como esos hijos de Dios tuvieron fe y fueron obedientes, Él también los acompañó allí dentro, ¡y salieron sin despedir siquiera olor a humo! (V. Daniel 3:17-27.)

Lo mismo se puede decir de Job. El Señor dejó que el Diablo por poco lo destruyera. Acabó con su familia y con sus bienes, y casi con él también. ¡Pero ni aun así se rindió ante el Diablo, ni siquiera cuando su mujer lo intimó a que maldijera a Dios y se muriera! (V. Job 2:8-10.) Mantuvo la fe y la obediencia, cubierto de pústulas de pies a cabeza, postrado sobre un montón de cenizas, resignado a quitarse el pus y las costras de las heridas con un tiesto roto, y diciendo: «Aunque Dios me matare, ¡en Él esperaré!» ¿Tú dirás lo mismo? ¡Ojalá no tengas que llegar a estar tan mal como Job! Pero si así fuera, por lo que más quieras ¡no te rindas!

¡Sigue luchando por Dios! ¡Sigue creyendo y obedeciendo pase lo que pase! Tal vez salgas sin despedir siquiera olor a humo, como Sadrac, Mesac y Abed-nego. A lo mejor terminarás con una familia más grande, con mayores riquezas y más salud, felicidad y sabiduría que nunca, como Job. ¡Simplemente aguanta un poquito más, como hizo él, y no te rindas!

Piensa en John Paul Jones, un ilustre capitán de la marina de guerra norteamericana del siglo XVIII. Cierta vez se encontraba herido, con la mitad de la tripulación muerta o agonizante y su barco en llamas y naufragando. Cuando sus enemigos le preguntaron si accedía a rendirse, exclamó desafiante: «¡No, maldita sea! ¡No hemos ni empezado a luchar!» Y a la larga, ¡venció! ¡Tú tal vez ni siquiera hayas empezado a luchar contra el Demonio! ¡Tal vez todavía no hayas resistido hasta la sangre y muerte en la cruz, como Jesús! (V. Hebreos 12:4.) Aunque aquello significó la muerte, ¡apenas tres días después resucitó triunfante del sepulcro! ¡Ni la muerte pudo con Él!

En medicina se habla de la tolerancia del dolor; el dolor máximo que puede soportar un ser humano sin morir. ¡Algunos tienen muy poca tolerancia! ¿Qué intensidad de pruebas puedes resistir tú sin rendirte?

El Señor dice que si no te avergüenzas de Él ni de Sus Palabras en esta generación adúltera y pecadora, te confesará delante de Dios y de todos los santos ángeles, aunque te cueste la vida; ¡como les sucedió a los mártires, que viven para siem-

pre! (V. S. Marcos 8:38.) ¿Qué vas a hacer? ¿Dudar, desobedecer y renegar?, ¿o crear, obedecer y difundir la Verdad, aunque lo pagues con la vida!

¡Morir cada día redundando en gloria eterna!

Si das la espalda al servicio cristiano, ¡pondrás enfermo a Dios! ¡Pero si sigues adelante aunque tú tengas una enfermedad, complacerás a Dios al final, aunque ello determine tu fin en la tierra! Hay cristianos que siempre dicen: «¡Muerte repentina es gloria repentina!» ¡Ellos quieren morir así! ¡Sin dolor, sin sufrimiento, sin morir cada día! No obstante, aunque tu servicio al Señor signifique una lenta agonía, la del morir cada día (1 Corintios 15:31) para ayudar a otras personas, ¡redundará en gloria eterna!

¿Qué vas a hacer? ¿Luchar o desertar? «Muchas son las aflicciones del justo, ¡pero de todas ellas le librará el Señor!» (Salmo 34:19). Por otra parte, te aseguro que «el camino de los transgresores es duro» (Proverbios 13:15), ¡muchísimo más duro! ¡Un infierno en la tierra y un infierno en el más allá!

¿Qué vas a escoger, pues? ¿Te vas a rendir a causa de unas cuantas pruebas, aflicciones y dificultades de poca magnitud, y no hablemos ya de torturas o crucifixión? ¿O vas a seguir luchando para Dios, aunque al Diablo se le permita matarte como testimonio de tu fe y obediencia a Dios? ¡Ojalá caigas como mártir de ser necesario, ya que esa palabra significa dar testimonio! ¿Qué mejor testimonio puedes dar que vivir y morir por Jesús? Que Dios te bendiga y te guarde... y si no lo hace, ¡«y si no»!, ¡muere por Él y te guardará para siempre!

¡Ojalá que esto te ayude a superar esta prueba y salir adelante! ¡Te queremos mucho! ¡Y Dios también! Tenlo presente ¡pase lo que pase! ¡Él quiere sanarte y ayudarte si puede confiar en que vas a obedecerle! «Y si no», si no te cura o no te ayuda aún, sigue luchando por Dios hasta que lo haga o mueras en el empeño, como Job, que creyó que su vida tocaba a su fin, ¡pero terminó doblemente bendecido y vive para siempre!

¿Seguirás luchando? ¡Inténtalo! ¡Rezaremos por ti, y esperamos que salgas adelante! ¡Piensa en todo el bien que ha hecho ya tu sufrimiento al inspirar esta charla, que ayudará a otros! ¡Tu fidelidad también puede lograr mucho! ¡Que Dios te bendiga y te ayude a persistir sin desistir!

¿Te gustaría recibir la vida eterna que te ofrece Jesús, así como amor verdadero y una fe maciza de oro puro? Puedes. Basta con que hagas ahora mismo la siguiente oración:

Querido Jesús, sé que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te pido que perdones todos mis pecados. Te abro la puerta y te invito a mi corazón. Dame Tu regalo, la Vida Eterna. Por favor, entra en mí, Jesús. Ayúdame a leer Tu Palabra, la Biblia, y a vivir para Ti. Te ruego que me llenes de Tu Espíritu Santo y que me ayudes a hablar a otros de Ti, para que ellos también te encuentren. Lo pido en Tu Nombre, amén.